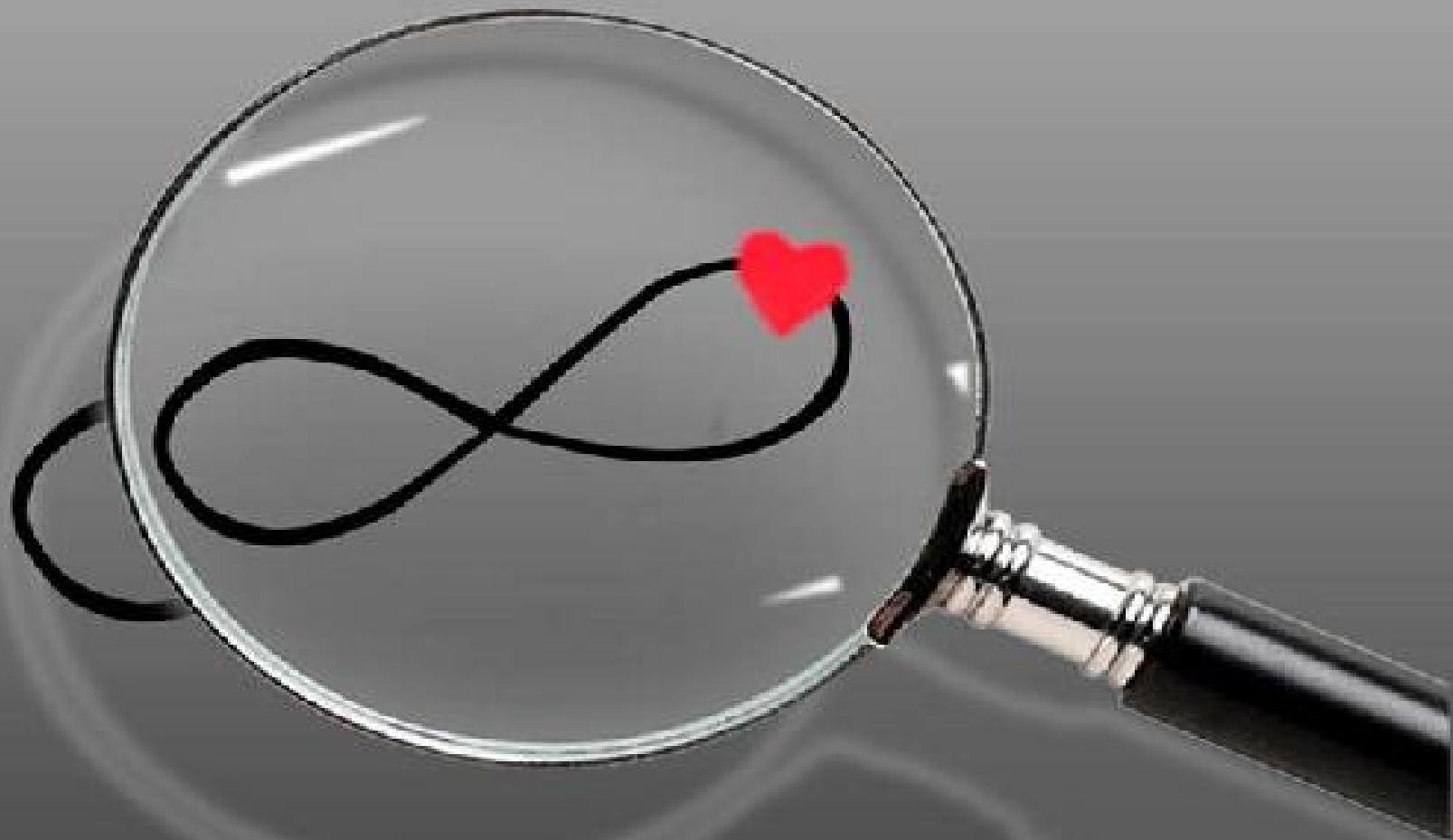


May Dior



Pecados del alma

Pecados del alma



Bilogía vida y muerte

Pecados del alma



Bilogía vida y muerte

May Dior

Título: Mi demonio

Diseño de la portada: Tania Lighling Tucker

Primera Edición: agosto 2014

Segunda Edición: abril 2020

© 2019, May Dior

© 2019, Tania Lighling Tucker

Obra registrada en el registro de la propiedad intelectual de Mallorca.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. Dirijase a Cedro si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice



[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

A la que me dio la vida, sin ti no sería quien soy.

Capítulo I



Nada más estar lista agarro las llaves del coche y me dirijo a la dirección que Scott me había enviado parando unos segundo ante el amplio espejo que adornaba la enorme entrada de mi querido apartamento, uno en el que no paso ni la mitad del tiempo que en realidad deseo. Me atuse el cabello ya que no me apetecía recogermelo como tantas otras veces. Una vez más me habían llamado a mí. No me creo que no haya más detectives en la comisaria aparte de mí.

He visto las ojeras que adornan mis ojos por no descansar las horas necesarias y mi mente vuela a ese sueño en el que me encontraba cuando mi dichoso móvil comenzó a sonar.

Lo único que conseguía recordar del sueño eran esas fastidiosas palabras «*Él es de los tuyos, él te ayudará*». Nunca puedo reconocerlos al principio, es algo a lo que ya estoy acostumbrada, demasiados años viviendo con ello, pero nada más despertar sé que tengo un nuevo caso y estoy segura de que la víctima será una mujer. Siempre sucede igual, un sueño inquietante y en menos de dos horas ya hay un caso que ocupa todo mi tiempo.

Aparco el coche al llegar a la escena del crimen, no me ha costado nada llegar, unos minutos, las calles a esas horas son como mis sueños. Escenarios vacíos de cualquier sentimiento o emoción, al igual que mis fantasmas.

La zona ya estaba acordonada, y en un primer vistazo puedo ver a Suárez con unos muchachos, lo más seguro es que sean los pobres idiotas que se han encontrado con la víctima. Desde donde estoy se les notaba bastante afectados, posiblemente la víctima en si es el escenario más dantesco con el que se habrán encontrado en su corta vida. No deben de tener más de unos diecisiete o dieciocho años, no van muy arreglados y uno de ellos, el más alto, está

agarrando un monopatín en la mano derecha. Es rubio con rastras, el otro es un poco más bajo y lleva el pelo corto. La imagen típica de los chicos de su edad, vamos, sin nada a destacar. Camisetas grandes, pantalones caídos enseñando la ropa interior y deportivas demasiado llamativas. Al pasar por su lado, nada más mirarlos me doy cuenta de que van fumados hasta decir basta. «Pero ¿qué se creen estos chicos de hoy? No se puede ir por la vida de esa manera», pienso.

Mis ojos recorren el escenario, lleno de policías uniformados perdidos sin saber bien lo que tienen que hacer, en definitiva, una panda de inútiles. Noto un escalofrío en mi nuca y busco algún otro indicio que me señale su presencia. La niebla se aposenta en el suelo frío y húmedo y allí junto a uno de esos policías esta mi víctima, el fantasma que me está rondando. Es un joven e imberbe muchacho que no lleva más de un mes en el cuerpo, puedo vislumbrar una sombra difusa y confundida sin ser consciente de lo que le estaba sucediendo.

Ella no tiene la culpa de lo que le ha sucedido, simplemente estaba en el sitio equivocado en el momento menos oportuno y ello la llevo a perder la vida a manos de un monstruo. No esos a los que todos tememos cuando somos unos niños inocentes que creen tanto en las cosas buenas como en las malas. No, más bien un monstruo de carne y hueso, un desequilibrado mental que esa misma mañana se había levantado con el convencimiento de que ese era su momento, el día en el que sabría lo que es acabar con una vida inocente, viendo como sus ojos exhalan su último brillo.

Me acerco a ellos esperando poder ver el rostro de la muchacha.

—Buenas días, Scott. ¿Estos son los que han encontrado a la víctima? —Una pregunta un poco estúpida, pero qué le puedo hacer, nunca he tenido mucho de qué hablar con este muchacho.

—Buenos días, detective Young —Ya está. Se puso colorado como un tomate. Siempre igual, nada más mirarme, *boom*—. Sí, estos son los chicos. Según ellos, pasaban por aquí para atajar de camino a casa, cosa que no suelen hacer a menudo, y nada más verla nos han llamado. Afirman que no han tocado nada. La verdad es que se han llevado un buen susto.

—Vale, sigue con lo que estabas. Esto, ¿sabes si ya ha llegado el forense?

—Pues la verdad, no estoy seguro.

Comienza a ponerse nervioso, como si no estuviera seguro de hacer las cosas bien, y se queda callado esperando a que le diga cómo ha de proceder, si no espabila no le veo mucho futuro en el cuerpo.

—Tranquilo, ahora me enteraré —Alzo la mano para despedirme—. Sigue con lo tuyo, Scott, ya me las apaño—. Intenta que no se te olvide nada por preguntar, y coge sus teléfonos y direcciones por si los volvemos a necesitar.

—Sin problema, detective Young.

Me dirijo directamente hacia las bandas de protección del escenario del crimen y allí está Ari, agachada delante del cadáver. En el momento en que mi mirada se dirige al cuerpo un escalofrío me recorre la espina dorsal. Tengo una mala sensación, estoy completamente convencida de que tiene que ver con mi sueño, lo que no me extraña para nada ya que de esa manera he llegado a mi puesto.

Todo en esta escena me parece grotesco. En medio del callejón hay una mesa dispuesta con un mantel a cuadros, de esos que salen en las películas italianas para una cena. La víctima está reclinada sobre algo. Al acercarme me doy cuenta de que es un plato, la mesa está preparada. Cena para dos. Han cuidado hasta el mínimo detalle. Está perfectamente preparada para una velada romántica.

El entorno del cadáver parece estar bastante despejado y limpio, hecho a propósito, ya que está en medio de un callejón. Quitando lo macabro de la preparación, la víctima no va vestida para una cita, lleva una túnica de un morado pálido que parece de seda, y debajo no lleva nada más.

No hay nada en el suelo de la calle, como si se hubiera barrido. A unos metros hay unas tablas apoyadas en la pared, da la sensación de que se han colocado con premeditación.

Las paredes del callejón parecen muy limpias, el escenario ha sido preparado a conciencia, de eso ya no me cabe ninguna duda.

Me vuelvo para dirigir mi vista nuevamente al cadáver. No me puedo creer que alguien pueda hacer algo así. Por mucho tiempo que pase, las náuseas y el asco nunca se acaban cuando te encuentras frente a casos como este. En la academia dicen que con los años te endureces, que con el paso del tiempo no te afectará tanto. Pues yo debo de ser un bicho raro, pues a mí me sigue afectando tanto o más que el primer cadáver.

Noto que alguien pone su mano sobre mi hombro. Es una mano femenina, así que me relajo enseguida, pues sé que es Ari.

—Ella, ya llegaste. Has tardado lo tuyo, ¿te pilló el caso un poco liada?

Me giro a mirarla con una media sonrisa en el rostro. Ya sé por qué camino me quiere llevar. Me levanto y sonrío.

—No Ari, aquí la única pervertida ninfómana eres tú.

—Qué bien me conoces —Se ríe—. Y sí, me han estropeado uno de los mejores polvos de mi vida, chica.

Como siempre que está delante de la escena de un crimen, lleva el pelo en un recogido alto, pantalones vaqueros negros y una blusa blanca con un escote que no deja nada a la imaginación, algo muy típico en ella, junto con sus inseparables botas de tacón, lo cual es una seña identificativa de Ari. Siempre le ha encantado ser más alta que un hombre, cosa que nunca he entendido. Su rostro, como siempre fresco y juvenil, lo lleva maquillado, pero no en exceso, ya que sus ojos no necesitan nada de eso. Su madre era coreana y, aunque yo no la llegué a conocer, ella sacó sus ojos y su físico. Cuando éramos pequeñas me enseñó fotos de su madre y, la verdad, siempre han sido como dos gotas de agua. Perdió a su madre siendo muy pequeña, por lo que ella y su padre se mudaron al bloque de edificios donde yo vivía con mi familia. Siempre ha sido una persona muy feliz y madura para su edad. Su padre trabajaba mucho, y ella pasaba mucho tiempo con nosotras. Tuvimos mucha suerte, pues, aunque vivíamos en un buen barrio, no faltaron las bandas que venían reclutando chicos y chicas. Aun así, a nosotras nunca nos faltó de nada y pudimos evitar meternos en líos. Cuando mi madre me faltó ella fue mi mayor apoyo junto con mi tía y mi abuela. Ellas son mi familia, ella es mi hermana.

—Todos los tíos que te tiras siempre son el mejor polvo de tu vida. —Le guiño un ojo, riéndome cómplice.

—Ya no te puedo sorprender, detective, no tengo secretos para ti —Ari me guiña el ojo, correspondiendo a mi guiño y rompe a reír.

Por el rabillo del ojo veo una sombra acercárase y me giro lentamente hacia mi derecha.

—Bueno, bueno, ya llegó la súper detective Young. ¿Quién te ha llamado? Este caso es mío.

—Me ha llamado Scott.

—Maldito novato, ¿quién cojones se cree este que es? Le va a caer una buena.

—Me parece que el agente Scott se ha dado cuenta de que este caso podría quedarte grande, Johnny.

—Para ti sargento Parker, bonita.

—Ay, perdón sargento Parker, me pareció que sería más apropiado llamarlo Johnny, ya que tengo entendido que es como le gusta que le llamen.

En ese momento la cara de Parker empieza a hincharse y a cambiar de colores hasta acabar con un tono morado. Aguantarme las ganas de explotar de la risa se me hace bastante difícil, ya que noto como Ari no se puede aguantar y arranca a reír a carcajadas.

—¡Tú! tetona, deja ya de reírte —Este empieza a elevar el tono de voz, y en ese momento la mirada de Ariadna empieza a expedir fuego.

—Ya quisieras tú poder tocar a estas dos —Ari se agarra los pechos para reafirmar lo que acaba de decir ante la atónita mirada del sargento, a mí ya no me sorprende con sus salidas fuera de tono —. ¿Qué pasa, que esas a las que les pagas para tener algo de cariño en tu vida no las tienen así? Lo primero que tendrías que hacer es ducharte y vestirte con un poco más de gusto y elegancia para poder presumir de tener a un pedazo de tía como yo a tu lado.

En ese momento me levanto interponiéndome entre estos dos. Yo lo he iniciado y me corresponde pararlo ya que no sería justo que Ari se lleve una amonestación por culpa del incompetente de Parker.

—A ver, chicos, vamos a calmarnos —Miro a Ari, pidiéndole paciencia con los ojos—. Sargento, ve a ver si Scott necesita ayuda

con las declaraciones de los chicos, controla que no se le olvide nada. Y más vale que no le menciones al chico nada de lo sucedido aquí, sabes que me enteraré. Y si intentas tomar represalias contra el muchacho, yo puedo tomarlas contra ti, ya que, como es evidente, este caso es de los míos. Tú, Ari, cuéntame todo lo que sepas sobre la víctima.

—Ya te he dicho, Young, que este caso es mío. Yo llegué antes.

—No, sargento, este caso es mío. Si tienes algún problema, ya sabes lo que tienes que hacer. Llama al capitán, he estado hablando con él antes de llegar así que no lo despertarás. Está en la comisaria desde hace un buen rato. Este caso es claramente un asesinato ritualista, basándonos en la apariencia que da a primera vista, y no creo equivocarme al decirte que no tiene nada que ver con bandas callejeras ni con narcos, que son tu especialidad. Así que, sin lugar a duda, el caso es mío.

—No me dejas otra que ponerte una queja, Young.

Cada vez está más cabreado e hinchado, parece que el botón de la chaqueta de vestir le va a explotar.

—Otra más para la colección —Mi risa no tiene ni pizca de diversión en ella, es más bien puro sarcasmo—. Venga, ponla, a ver si hago pleno esta semana. Ya solo me quedan dos para llegar a las siete.

Intento imprimir un tono de burla a mi voz y me sale bastante bien. Aun así, se nota que me está cabreando a base de bien y que va a acabar con la mandíbula rota.

No va a servir de nada ese maldito curso al que me veo obligada a ir, y encima el capitán me la va a liar. Cuento hasta diez y me giro en dirección a Ari que, al mirarme, se da cuenta de que como me diga una sola cosa más, la más mínima, este tío va a acabar muy mal esta noche.

—¿Qué me puedes decir de la víctima? —Le pregunto cambiando así de tema, ignorándolo sin importarme lo más mínimo su presencia ¡a lo mejor sí que funciona eso de contar hasta diez! Unas semanas atrás le habría partido la mandíbula de un solo golpe.

—Lo primero y principal, es que aún no sabemos quién es. No han aparecido ni bolso ni ningún tipo de efecto personal que pueda identificarla. Ya hemos recogido las huellas, y antes de que llegues a la comisaría estarán allí para ti. No la han matado aquí, es evidente, tal y como se aprecia no hay sangre ni evidencia alguna de lo contrario. Está muy pálida y aun así no estoy segura ya que podría ser por muchas causas, pero creo que la han desangrado, aunque hay algo más. ¿Ves estas abrasiones alrededor de la boca?

—Me señala con un bolígrafo el entorno de los labios.

—Sí ¿Crees que la obligaron a ingerir algo que la mató?

—No tengo ni idea de qué decirte por ahora. La verdad, se me hace extraño que esté todo así, preparado. El escenario está muy logrado, no veo evidencias de que se defendiera. No estoy muy segura, aunque sí, sospecho que ha muerto por ingestión de alguna o algunas sustancias raras, aunque eso te lo verifico cuando le abra el estómago —La veo levantar la cabeza de la víctima del plato. No puedo evitar la cara de asco, aunque en este no haya nada—. ¿Ves este símbolo del infinito grabado en la frente?

—Sí. ¿Sabes qué significan esas palabras que hay dentro del símbolo del infinito?

—La verdad, no, pero el alfabeto parece hebreo o de alguna lengua muerta —Cada vez se hace más evidente.

—¿Ya han hecho las fotos al escenario?

—Sí, y ya les dije que las manden a tu mesa —En ese momento empieza a sonar mi móvil—. Aun así, cuando movamos el cadáver podrían aparecer nuevas pistas. Seguiremos haciendo fotos de este, y también del escenario.

—Gracias, Ari. Dime más en cuanto tengas algo. Mándame un mensaje.

—Sí, claro. ¿Ya te vas a ir a casa?

—No, me iré a la comisaría, a ver si averiguo algo más de la víctima. —Vuelve a sonar el móvil, y esta vez lo cojo a la vez que le hago un gesto con la mano a Ari de despedida y de disculpa.

—¿Sí?

—Young, vente para la comisaria de inmediato, tenemos que hablar.

—Capitán Walker, ahora me dirija hacia allí. ¿Ha pasado algo? ¿Mi familia está bien? —No me ha gustado el tono del capitán, y la verdad es que hacía más de tres días que no llamaba a casa. Después del mal presentimiento de hace un rato me temía lo peor.

—Tu familia está bien. Por cierto, tu tía me ha invitado a cenar el miércoles por la noche. ¿Vas a ir?

—Mi tía todavía no me ha llamado, pero por lo visto no tardará.

Mi tía, desde que mi madre faltó, se hizo cargo de todo, sobre todo de mí. Siempre ha contado con la ayuda y el consejo del capitán.

—Entonces está claro, no me puedes fallar el miércoles. No se te ocurra dejarme solo con ellas, ya sabes que solo les falta cogermelo de los mofletes, sobre todo a tu abuela. Por cierto, ¿cómo llevas la terapia de control de la ira?

—Esta semana me toca ir el jueves, capitán, pero no hace falta que me controle todas las semanas. Le prometí que no faltaría a ninguna de las citas para la terapia y no lo haré. Y tranquilo, que el miércoles no lo dejaré solo ante el peligro.

Nada más colgar el móvil mis pensamientos se van con mi familia. Noto que ya empieza a funcionar la dichosa terapia, aunque como dijo la psicóloga, no va a ser fácil ni lo lograremos en poco tiempo, aunque tengo a gente que me apoya y me ayuda, entre ellos mi familia y el capitán. No puedo evitar reírme, mi familia es un caso perdido y, al parecer, mi abuela se ha propuesto casar a mi tía con el capitán con la excusa de que ella no estará mucho más tiempo con nosotras.

Una vez me he asegurado de que todo está controlado en la escena del crimen y de que Ari se queda hasta el levantamiento del cadáver para que todo salga bien y no se contamine ninguna posible prueba, me dirijo hasta mi coche y me pongo en camino hacia la comisaría. Durante todo el trayecto no puedo dejar de preguntarme qué habrá pasado para que el capitán pareciera tan preocupado. Me quedé mucho más tranquila al saber que a mi familia no le había pasado nada, aunque el dichoso presentimiento no hay manera de que desaparezca. No sé si tiene que ver con el maldito sueño que no logro recordar. Si junto el sueño con el presentimiento y la

preocupación del capitán, estoy segura de que todo está ligado, que en algún momento algo ante mis ojos me mostrara lo que se me escapa y podre poner fin a este malestar o por el contrario todo se desatara para empeorar. Algo me dice que no voy muy desencaminada y que este caso me va a dar más de un dolor de cabeza.

¿A qué viene el símbolo del infinito en la frente de ella? ¿Y las letras que hay dentro de este? ¿Por qué esa puesta en escena del cadáver? Todavía no he empezado y este caso ya me está descuadrando entero.

Al llegar a la comisaría aparco, salgo del coche y encamino mis pasos hacia mi despacho para dejar mis cosas con la mente llena de preguntas. No sé adónde llevará todo esto, pero lo voy a averiguar.

Mi conciencia y lo que soy no me permiten dejar que la pobre muchacha que en este momento debe de estar de camino a la morgue vague por el plano consciente sin la oportunidad de su merecido descanso y eso es algo que no sucederá hasta que atrape a ese maldito cabrón.

Al llegar a mi despacho, un pequeño cubículo apartado del resto, noto que el frío me envuelve y aunque no se muestre ante mí soy consciente de que el alma de la víctima ha abandonado la compañía de Scott para venirse conmigo. Un intenso dolor de cabeza se abre camino consecuencia de mi inesperada acompañante, la cuál no es consciente de que me lo está provocando.

Mis recuerdos vuelan a esa primera vez en la que fui consciente de que yo no era como el resto de los niños. Aquella mañana me levante de la cama muerta de sueño y con ese intenso dolor martilleando mi cabeza. Tan solo contaba con siete añitos y frente a mí se encontraba una de mis compañeras de clase. Estaba triste y me miraba con los ojos llenos de unas lágrimas que no se derramaban porque ya no era posible. Su precioso vestido, el que el día anterior trajo muy contenta a clase porque su madre se lo había regalado por su cumpleaños, estaba rasgado por sus pequeños hombros y en la falda lucía una enorme mancha de un color escarlata intenso.

Intente preguntarle qué había pasado, que era lo que la trajo a mi casa tan temprano ya que era sábado y no había clases, pero ella no me contestaba y yo me asuste, un nudo se instaló en mi estómago y en ese momento mi madre abrió la puerta, su rostro me decía que estaba triste y que algo malo había sucedido. Me sentó en la cama explicándome lo que pasaba y las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas.

La madre de Elena había llamado explicando que algo había sucedido pero mi madre no encontraba las palabras adecuadas ¿cómo le explicas a una niña que una de sus amiguitas de la escuela ha sido asesinada?

—Eso no puede ser mama —le dije sin poder retener las lágrimas, algo me decía que mi madre no me mentía— no ves que está ahí, justo frente a nosotras.

Mi madre me miró comprendiendo lo que sucedía, nunca supe porque se asustó ya que ella también podía verla y eso solo constataba que no podía ser verdad lo que ella me estaba contando, pero poco rato después fue mi abuela quien entró en la habitación explicándome lo que me sucedía y que era algo que nadie más que nosotras podíamos saber ya que si se sabía no podríamos vivir tranquilas nunca más.

Capítulo II



Tras haber dejado la chaqueta y la cartuchera con mi arma en mi pequeño cubículo me dirijo al despacho del capitán, tal y como prometí. La comisaría está en un edificio antiguo que ocupa la manzana completa, mi segundo hogar, o el primero ya que paso más tiempo aquí que en mi apartamento. Tiene tres plantas, la entrada da al mostrador de información, y justo por detrás a la izquierda están las mesas de los compañeros que se encargan de las denuncias y del papeleo menos importante. En el lado derecho están los calabozos, en la planta de arriba -donde me encuentro- están los despachos y varias salas de interrogatorios, en el *muerte-sótano*, como lo llamamos aquí, están las salas de autopsias.

Hay tres forenses en esta comisaría, aunque tengo que admitir que fue una suerte que Ari llegase aquí, pues no me llevo bien con ninguno de los otros dos, en realidad con pocos compañeros me llevo bien, posiblemente por mi agradable carácter. Sí, son minuciosos en su trabajo, aunque no les va eso de trabajar con mujeres detectives, y menos conmigo. Además, a mí se me hace muy difícil trabajar en equipo, tengo la sensación de que pienso mucho más rápido que ellos y llego a aburrirme, al fin y al cabo, quien acaba solucionando el caso soy yo cuando ellos aun andan por los análisis de las primeras pruebas. No intento tirarme faroles simplemente evito más problemas de los que ya llevo a la espalda. Hay muy pocos en la comisaria con quienes pueda estar a gusto, y por eso el jefe ya ha desistido de ponerme un compañero ahorrándonos problemas y papeleo a los dos.

Se puede decir que he estudiado en la vieja escuela y si tengo que usar la fuerza con un sospechoso o incluso con algún compañero nunca he tenido reparos en usarla. No es fácil para una

mujer llegar donde yo estoy con veinticuatro años, y menos con mis antecedentes familiares.

De camino al despacho del capitán paso por al lado de los ascensores topándome con dos de mis compañeros, de los pocos con los que cruzo más de dos palabras. Por lo visto están de salida. Uno de ellos es Nelson. Las cosas entre nosotros cada vez son más tirantes, al final tendré que tomar medidas drásticas, ya que una aventura no es un compromiso de por vida, creí que pensábamos de la misma forma, que podíamos aliviar las tensiones del trabajo juntos sin compromisos ni problemas típicos de las parejas empalagosas, pero estaba equivocada y comienza a ser tedioso.

Poco después de salir de la academia, siendo los dos unos simples novatos, nos vimos sumergidos en un tiroteo del cual yo salí con un rasguño en el brazo. Él me acompañó a casa después de pasar por urgencias, y una cosa llevó a la otra. La adrenalina te pasa factura, y más en una situación como aquella.

—¿Dónde vas, Young? Todavía te faltan dos horas para entrar, vente a tomar algo con nosotros.

—Hola, chicos. ¿Eso es una orden, Nelson?

Levanta los brazos como disculpándose, como siempre tiene que hacer o soltar alguna de sus payasadas y yo no puedo evitar poner los ojos en blanco. Hace poco logro subir a detective y, por antigüedad, ahora yo soy su superior. Hoy va con unos pantalones vaqueros y con una camisa negra. No es de los que se ponen traje, en eso nos parecemos. Rubio, de ojos marrones y con un físico de infarto, se graduó con mejores notas que yo en la academia. Siempre hemos mantenido una especie de sana competición entre nosotros. Es un buen tío, uno de los pocos con los que todavía no he tenido ningún problema y en los que pudo confiar, aunque después de aquello su tenacidad por llevarme a la cama otra vez se esté haciendo insoportable. No me gustaría tener que mandarlo a la mierda y estropear nuestra amistad.

—Para nada, Ella. ¿Qué haces aquí tan temprano?

—Me han llamado por un caso hace unas horas y luego me ha llamado el jefe. Así aprovecho el madrugón y comienzo con la investigación y el papeleo.

—¿Qué has hecho para que te llame el jefe? —pregunta el otro chico.

Paul lleva cinco años más que nosotros en el cuerpo, aunque solo hace un año que fue destinado a esta comisaria. Según contó, él pidió este destino ya que «para llegar a ser uno de los mejores tienes que estar a las órdenes de William Walker, el mejor policía que hay». Es una de las cosas que más me divierten de él, pues durante su primer mes aquí esta frase era como su mantra personal. Un chico de buena familia, aunque trabajador, y con talento tanto para ser policía como para ligar con mujeres.

—Juro que todavía nada. Si no tengo siquiera un sospechoso, y ya os dije que yo no tenía nada que ver con la muñeca rota de ese psicópata —Les guiño el ojo y mis labios se curvan en una media sonrisa.

—Sí, ya, todos aquí conocemos cómo se las gasta la detective Young y preferimos no enfadarte. Intenta evitar los problemas, Ella, o acabarás metiéndote en líos serios.

—Venga, chicos, nos vemos más tarde y tomamos esas copas. Si me entretengo más el jefe me va a echar la bronca otra vez —Me despido de ellos con la mano y voy directa al despacho del jefe.

Este está totalmente acristalado y veo que no está solo. En el sillón que da la espalda a la puerta hay alguien, un hombre de traje. Llamo a la puerta.

—Jefe, si está ocupado... ¿vengo más tarde?

—Young, no, pasa. Este es el agente Rose del FBI.

—Buenos días, agente.

Doy un par de pasos hacia el hombre que está delante de mí dándome la espalda y me pongo de frente, extendiendo la mano ya que no se ha movido ni un milímetro ¡vaya con la buena educación! Mi mirada no se aparta del jefe, y él sabe muy bien cuáles son mis preguntas sin necesidad de que yo las formule.

Al mirarlo, más detenida mente, todo mi cuerpo se paraliza y me cuesta reaccionar. Noto que me falta el aire y tengo que concentrarme en lo necesario que es que siga respirando para seguir viva. Es un hombre alto y moreno, con pelo corto y los ojos de un azul tormenta tan intenso que me estremezco con la

sensación de que esa misma tormenta me va a arrastrar a su mismo centro.

Sus labios me muestran una sonrisa que me corta la respiración una vez más, mi cerebro tiene que esforzarse por ordenarme que siga respirando. Tiene el rostro más hermoso que mis ojos han tenido el placer de ver, lo cual hace que mi cuerpo reaccione y un intenso calor me recorre a pesar de mi empeño en que eso no pase. Creo que si muriera ahora mismo me sentiría plena y satisfecha por haberme cruzado con un hombre así, aunque solo sea una vez. Va todo vestido de negro, con unas gafas de sol en la mano derecha y con zapatos de vestir que tienen pinta de ser nuevos. Vuelvo a mirarlo a la cara, esta vez intentando no olvidarme de respirar. Se nota que hace varias horas que se ha afeitado y arreglado para venir hasta aquí. Por lo visto, ha pasado la noche viajando, y lo más seguro es que haya venido en coche desde Washington.

—El agente Rose está aquí para hacerte una petición, detective Young —En el momento que oigo al jefe....

—¿Perdón?

—Buenos días, detective Young.

—Sí, Ella, el agente Rose ha venido a solicitar tu colaboración en un caso.

—Pero jefe, yo ya tengo un caso.

No voy a dejar que el energúmeno de Parker se quede con mi caso. No, ni hablar. Además, ¿qué coño sabe este sobre mí, como para pedirme colaborar en un caso?

—Se lo pasaré a Parker. Tengo entendido que estuvo en la escena del crimen.

—Jefe, Parker no sabe hacer la O con un canuto. Este caso es demasiado para él.

—Young, esto no es una sugerencia.

Lo miro echando rayos por los ojos. No puedo creer que me vaya a quitar mi caso por hacer de asesora para el FBI. No es la primera vez que por mi don acuden a mí y luego no se tiene en consideración nada de lo que les digo. ¡Si realmente no creen en estas cosas!

—Jefe, en serio, este caso es mío. Parker no tiene ni puta idea de a lo que se enfrenta, es un asesinato ritual.

—Perdón —el agente se incorpora carraspeando levemente, clavando su hermosa mirada en mí—, ¿tenía un símbolo tatuado en la frente?

Me giro bruscamente hacia el dichoso agente sorprendida de su pregunta. No solo por qué conozca ese detalle, algo imposible ya que aun no he pasado ni un misero informe, sino porque tenga las narices de intervenir en mi conversación privada con el capitán.

—¡¿Pero tú cómo lo sabes?! Es el primer caso que se encuentra —la verdad es que con mi afirmación estoy adelantando acontecimientos que no puedo refutar, pero no me importa un pimiento—, es imposible que se haya filtrado nada.

—No, detective.

Otra vez esa sonrisa, pero esta vez es como si una oleada de superioridad la hubiera invadido, estropeándolo, la rabia me invade y cierro mi puño aguantando las ganas de plantárselo en esa cara de modelo que luce. Aun así, la tristeza invade sus ojos como un tsunami arrasa una ciudad. Mi vista se centra en su sonrisa de suficiencia y sabelotodo, para no dejarme llevar por lo que evidentemente provoca en mí y así seguir cabreada que es lo mejor. ¿Pero qué narices se cree? Al final hasta me quita el caso por completo. No se lo pienso permitir, ni de coña.

—Si es lo que yo creo... este es el tercero, por lo visto. Para este caso precisamente venía a pedirle su colaboración —me contesta como si me hubiera leído la mente, y encima no se le borra esa estúpida sonrisa.

Empiezo a pensar que, por muy guapo que sea este tío, lo estúpido y prepotente que es supera la primera impresión que da ¿quiere cabrearme? Porque lo está logrando y sin tener que hacer grandes esfuerzos, va a conseguir que todo el trabajo realizado en la dichosa terapia se vaya a tomar viento.

—¿Colaboración? —rio sarcásticamente—, ni lo sueñe. Este caso es mío.

Si se piensa este *men in black* que se va a quedar con mi cadáver va apañado.

—Young, contrólese.

Al oír el tono del jefe, mi cuerpo se cuadra instintivamente. No me ha gustado nada ese tono que me avecina problemas. Me doy cuenta de que me he pasado, soy consciente de ello, pero no puedo evitar reaccionar ante la suficiencia del puñetero trajeado que tengo delante de mí. Espero no haber dicho en voz alta todo lo que he pensado, es algo que me suele suceder a menudo. Miro al jefe y después miro al agente. Bufo mentalmente, aliviada ya que por lo visto no he hablado de más, pero el jefe parece bastante cabreado. Me conoce bastante bien y me debe de haber leído la expresión en la cara.

—Disculpe mi comportamiento, agente Rose —La disculpa me sale automática, la uso tantas veces a lo largo de la semana que ya no la siento—. Jefe, lo siento. La verdad es que no me gusta trabajar con el FBI. Con anterioridad he colaborado con ellos, y todavía no entiendo que me pidan ayuda para luego no tener en consideración lo que les digo —Dirijo mi mirada primero al jefe y después al agente—. Hagamos una cosa, colaboraremos si promete escuchar lo que tenga que decir y no me oculta nada de lo que ha averiguado hasta ahora.

Intento sonar sincera y educada. Muy amablemente le tiendo la mano para demostrarles a los dos que estoy de acuerdo con todo aquello aunque esa no sea en realidad mi intención, tengo otros planes y nadie, mucho menos este agente sabelotodo va a quitarme mi caso.

—Detective Young, usted ha dado por supuesto que yo la voy a usar como un simple sabueso, que me voy a aprovechar de esa habilidad suya de la que me han hablado, en la cual no creo. Además, si me disculpa, no veo en qué nos puede servir. Como usted, yo tengo un superior, y no me queda más remedio que obedecer, ya que, como a usted, me gusta mi trabajo, y una parte de él consiste en seguir las órdenes de mi superior —Me ha llamado perro sabueso. Noto cómo mi cara va cambiando por segundos. ¡Pero será gilipollas el tío este! ¿Qué sabrá de mí o de mi don? — Así que, como imagino que su jefe y el mío habrán hablado, no nos queda más remedio que trabajar juntos —Esto lo dice mirando al

jefe—. No pienso guardarme información, y espero que usted tampoco lo haga por el bien del caso, ya que esto no es la academia, y no se trata de demostrar quién es el mejor aquí. De lo que se trata es de encontrar a un asesino en serie que hace de nuestro país un lugar inseguro para los ciudadanos.

Después de este pedazo de discurso de Cuatro de Julio y temiendo la bronca que me caerá si le replico aquí al amigo patriota, vuelvo a alzar la mano.

—Sí, claro, acompáñeme si lo desea. La forense hace un rato que espera, y no le gusta nada que le hagan esperar.

Y es cierto. Ari tiene muy mala leche, y una de las cosas que más odia en el mundo, aparte del mal gusto de algunos al vestir, es que la hagan esperar.

Al llegar noto que así es, estaba echando chispas.

—¿Por qué has tardado tanto, tía? —Sus ojos lo vieron entrar justo detrás de mí—. Oh, no sabía que venías acompañada.

—Ella es Ariadna Miller, la forense de esta comisaría —Señalo a Ari, cruzando la mirada con ella con cara de hastío, pues sabía que lo tenía detrás de mí y que no me veía—. Ariadna, este es el agente André Rose. Es del FBI.

La cara de Ari cambió. Seguro que Rose se ha dado cuenta de lo que expresa su cara porque la verdad no se ha preocupado en intentar fingir ni un poquito. Uno de los defectos o virtudes que la caracterizaban es eso precisamente, no puede mentir. No es que le guste precisamente, es una persona muy sincera, algo que siempre he apreciado de ella, pues nunca se calla nada de nada.

—Buenos días.

—Buenas —responde Rose.

Me da que este tío no cambia la expresión de su cara por nada, solo sonrío cuando es para demostrar que sabe más que una misma.

—Hechas las presentaciones, dinos qué has encontrado en la víctima.

En ese momento Ari se gira y coge una especie de cuenco metálico y nos lo muestra. Su amplia sonrisa cuando me mira dice mucho más de lo que a mí me gustaría saber. Me la imagino

soltando su burrada en el mismo momento en el que nos encontremos solas “joder chiqui está buenísimo, si no te lo tiras tú yo misma le haré un traje de saliva” le sonrió sin ganas pues sé que no voy a poder evitar esa conversación.

—La víctima murió por la ingesta de esto —Dentro del mismo hay ranas, serpientes de tamaño pequeño, ratas y animales similares—. Aparte, el símbolo del infinito esta tatuado en varias partes más de su cuerpo, no solo en la frente.

Ari le levanta las muñecas al cadáver y nos las muestra. Mi mirada se dirige de ella al agente. Este me mira, aunque su expresión no ha cambiado mucho, me doy cuenta de que se ha quedado tan descolocado como yo por lo descubierto.

—No ha sido forzada sexualmente, aunque se ve que ha sufrido. Me he dado cuenta de que el estómago lo tenía bastante distendido y de que ha pasado por varias operaciones estomacales y de reducción. También ha pasado por varias operaciones estéticas, y tenía las arterias bastante saturadas de grasa. Por lo visto, era una persona acostumbrada a comer grandes cantidades de comida, y eso es algo que tarde o temprano pasa factura a cualquiera. En la sangre he encontrado rastros de algún tipo de sedante, lo he mandado examinar. En unas horas tendré los resultados.

—Gracias, Ariadna. Como siempre, un gran trabajo.

—Ahora te toca a ti cazar a ese psicópata.

—Sí, ahora nos toca a nosotros —No pude evitar que el resentimiento por tener que compartir el caso con el FBI impregné mis palabras, aunque si él lo ha notado no se ha dado por enterado.

Me dirijo a la puerta y espero a que Rose me alcance soltando un bufido con la puerta abierta. Para cualquier otro habría pasado desapercibido, pero me doy cuenta de que se sobresalta levemente y es cuando se despide de Ari y con paso ligero acude a donde me encuentro.

—Gracias por su trabajo, señorita Miller. Si no es mucha molestia, en cuanto tenga los resultados del narcótico nos lo comunica.

—Sí, claro, les avisaré en cuanto esté. Ella, ¿esta noche haces algo? —Nada más mirarla y oír la familiaridad con la que me nombra ya sé por dónde va. Ari se ha dado cuenta de que no lo he tragado,

que no me hace ninguna gracia tener que arrastrar a este tío por todos lados.

—Pues no. ¿Ya tienes algo preparado?

—Esta noche me han invitado a esa disco nueva, ¿sabes de cuál te hablo? La que tiene esos gogós.

—No, espera, esta noche tengo cosas que hacer —La verdad es que no he de hacer nada que sea realmente importante a parte de repasar todo lo que de momento tenemos del caso, pero no me apetece nada que me arrastre por una discoteca con lo cansada que estoy teniendo en cuenta lo poco que he dormido—. Ya si eso lo dejamos para otra ocasión.

Lo digo sin acordarme de que el agente está aquí, de que se ha colocado justo detrás de mí esperando a que termine de hablar.

—Sí, claro, cómo no. Siempre tienes alguna cosa que hacer. Si quieres te paso a buscar más tarde.

—Claro. Te espero poco antes de medianoche debajo de mi casa. Conduces tú —Eso no era una pregunta, era evidente que no me libraba de salir con ella.

Las excusas nunca me funcionaban y aun así no dejo de intentarlo una vez tras otra, si algo tengo es tenacidad y cabezonería.

—Sí, claro, vas tú apañada. Te pasaré a buscar, pero con un taxi. ¿Acaso te crees que me voy yo a quedar sin beber?

En ese momento oigo una tos de impaciencia a mi espalda. Me giro levantando la ceja con suficiencia. Le hago un gesto de despedida a Ari con la mano y se cierra la puerta detrás de él.

Vamos por el pasillo de camino a mi mesa en la planta de arriba una vez salimos del ascensor, cojo aire con fuerza e intento relajarme, nunca me había dado cuenta de lo reducido en espacio que es ese ascensor. Este tío es demasiado serio, aunque no puedo evitar sentirme más atraída por él a cada segundo que pasa y no estoy segura de si eso me cabrea o me gusta, eso sí, sorprendida estoy un rato largo. Cada vez estoy más segura de que este caso va a ser un constante dolor de cabeza, con el agente Rose pegado a mis talones a cada paso que dé. Intento comenzar una conversación.

—Bueno, ¿me va a contar usted algo de los otros dos asesinatos o del porqué su jefe cree que mi don, por llamarlo de algún modo, puede ayudarles a resolver el caso o tengo que esperar a que me salgan canas?

—Si le soy sincero, todavía no sé muy bien cuál es su don, como usted misma ha decidido llamarlo. Le contaré sobre las otras dos víctimas todo lo que sé si primero me dice dónde puedo tomar un buen café por aquí. De paso, puede leerse los informes.

—Bien —Levanto la comisura derecha del labio. A este juego podemos jugar los dos, y este tío no sabe con quién está jugando. Quien ríe el último, ríe mejor—. A la vuelta de la esquina está la mejor cafetería de toda la ciudad, y ahí podrá usted disfrutar de la mejor tarta de arándanos que haya probado en su vida. De paso, podré echarles un vistazo a sus informes y contarle en qué consiste mi supuesto don.

—Puede tutearme, detective Young. Mi nombre es André —En ese momento vuelve a su rostro esa sonrisa de suficiencia, esa que me atrae y me saca de mis casillas a partes iguales, soy consciente de que no es tonto y su sonrisa se debe a mi tono despectivo y cabreado, se siente ganador “un punto para el señor FBI”—. Vamos a pasar bastantes días trabajando juntos, y es bastante cansado hablar de usted a una mujer como tú.

—Ok, André, será un placer tutearte, aunque ese tipo de juegucitos no van conmigo —freno mi avance y me acerco a él, apuntándolo con el dedo, comienzo a darle golpecitos con este en el pecho—. Pero ten en cuenta que esto de llamarnos por el nombre que nuestras madres nos pusieron al nacer es el máximo de confianza que va a haber entre nosotros. Espero que te haya quedado bien clarito, agente André. Conozco a los tíos como tú, no eres el primero que se cruza en mi camino. No tengo ni idea de qué tipo de mujer te crees que soy, pero ya te voy avisando de que andas bastante errado.

Los ojos de André se han quedado como platos y yo, después de haberme quedado completamente a gusto con el discursito y habiendo dejado las cosas bastante claras, sigo mi camino hacia mi

mesa para agarrar mis cosas y poder dirigirnos a la cafetería que le he mencionado un momento antes.

En eso no había mentido, esa cafetería era la mejor de toda la zona y tenía las mejores tartas. Al salir de la comisaria fui a acompañarle hasta allí, no sin antes pararnos por el aparcamiento para que él cogiera una carpeta que supuse que contenía los informes de los casos anteriores. No puedo dejar de fijarme en que todavía no se ha pasado por el hotel o por donde se suponga que se tiene que alojar. Como supuse, el agente Rose ha pasado la noche conduciendo. Dentro del coche, esparcidos por todos lados, hay envases de café y algún que otro envoltorio de hamburguesa, aparte de que, como dije, no tuvo tiempo de afeitarse antes de aparecer aquí. Las horas de coche siempre pasan factura, y a él se le estaban notando ya.

La cafetería “El rincón azul” es el punto de reunión de todos los policías. Desde que fue levantada se ha reformado lo justo y necesario sin perder su esencia. En estos momentos la lleva el padre de Nelson, un agente retirado después de verse mezclado en un tiroteo que lo dejó maltrecho de la pierna derecha en acto de servicio.

El interior está forrado totalmente de madera con sillones empotrados. Las paredes están llenas de fotos de policías junto al padre de Nelson y de piezas de caza, pues este siempre ha sido muy aficionado al deporte de moda en los Estados Unidos. Una sonrisa aflora en mi rostro al recordar que desde que era cadete que llevan intentando que vaya a una de sus salidas de caza, aunque saben que no es algo que yo me muera por hacer. Conozco este sitio desde que soy una niña, mi madre empezó a traerme por aquí desde el primer día que comenzó a colaborar con ellos, lo cual fue poco tiempo después de que mi padre nos abandonara. Nunca supe qué pasó entre ellos ni por qué este no apareció en el entierro, ni por qué no vino a recogerme y a hacerse cargo de mi al faltar ella. Intento desviar mi mente de ese camino. No es un tema que ocupe mucho de mi tiempo, pero desde hace algunos días ese tipo de recuerdos se cuelan en mi mente sin yo quererlo.

En la barra está Laurie, sobrina de Nelson y prima de Richard. Una chica con los cabellos castaños y ojos oscuros. Desde que dejó los estudios empezó a ayudar a su tío. Es una chica con una sonrisa perpetua con la que me llevo muy bien. A este bar no es que acudan muchas mujeres, hay que admitir que un sitio como este con hombres vestidos de azul impone lo suyo.

—Buenos días, Laurie.

—Buenos días, Ella. ¿Vienes a desayunar?

—Sí, sabes que no fallo nunca. ¿O es que dudabas que viniera hoy?

—Pues no estaba muy segura, ya que los chicos han estado aquí y me han dicho que tienes un caso nuevo y que ya estabas manos a la obra.

—Sí, ya estoy con un nuevo caso, pero siempre tengo unos minutos para un buen café y tu fabulosa tarta de arándanos —Dirijo mi mirada a André, que nos mira entre la sorpresa y la diversión—. Te presento al agente Rose. Lo veras bastante por aquí estos días pues vamos a colaborar en el caso.

—Encantada, agente.

Ella lo examina de arriba abajo y me mira con una expresión divertida y algo más que no sé cómo interpretar.

—Un placer, mi nombre es André, no es necesario que me llame agente —Le guiña un ojo y saca su mejor sonrisa de seductor, por llamarlo de alguna manera.

Mi rostro se queda serio. No me ha gustado nada que esté intentando ligar con ella. Me dirijo a una mesa, intentando ignorar a la pareja, y le quito de las manos los informes para empezar a echarles un vistazo. Él me sigue, pero en ese momento Laurie lo para.

—¿Y usted qué va a querer tomar?

Desde que fijó sus ojos en él no le quita la vista de encima y no se le borra esa estúpida sonrisa del rostro. No puedo creer que esté celosa de el coqueteo entre esos dos. Centro la vista en los informes intentando ignorar la escenita.

—Pues lo mismo que Ella. Me ha hablado maravillas de la tarta tan rica que se hace aquí.

Y con toda la buena educación de la que hace gala desde que lo he conocido se gira y se sienta conmigo, sin borrar esa estúpida sonrisa.

—¿Has visto algo que te haya llamado la atención en el primer vistazo? —Me pregunta, aunque es la misma que rondaba por mi mente y que me moría por hacerle, aunque no me refiriera al caso precisamente.

—Para empezar, su gran parecido físico, y el detalle de que sus cuentas estaban en mínimos. ¿Eso es normal? ¿Lo habéis investigado ya?

—Imagino que este es un lugar seguro para poder hablar.

Su mirada se mueve muy despacio, observando todo el local, no pierde detalle. Conozco a la perfección esa mirada, es la que tienen todos los buenos policías. Lo primero que te ensañan en la academia es que un buen agente no pierde detalle de todo lo que le rodea, reconoce su entorno y está siempre dispuesto para cualquier contratiempo que pueda suceder. Eso de que cuando se acaba el turno el policía se desentiende, no es verdad, un policía siempre está de servicio por su propio bien y el de los ciudadanos.

—Sí, este local siempre está lleno de policías, y todos somos de confianza —No entiendo esa reticencia, es como si ocultara algo.

Nada más oír mis palabras me mira a los ojos. Nuestras miradas se quedan enganchadas y un escalofrío recorre mi espina dorsal. Está buscando algo en mis ojos, intenta averiguar si puede confiar en mí y no pienso quedarme atrás. Intento que mi mirada sea lo más transparente y sincera que puedo. Deseo, necesito, que confié en mí y que me lo cuente todo.

—La verdad es que no hemos podido sacar mucho en claro de este caso. Sí, nos dimos cuenta del gran parecido de las víctimas, pero también hay que destacar que son el tipo estándar de persona: mujeres corrientes, sus trabajos eran bastante normales, con vidas sencillas —No sé si ofenderme, es evidente que soy el tipo que el asesino busca, me parezco demasiado a las víctimas—. En lo referente al dinero, es curioso que estuvieran en mínimos en el momento en que murieron, pero no hemos encontrado nada

extraño, lo hemos rastreado y no hemos encontrado nada que se salga de lo normal.

En ese momento llega Laurie con nuestros desayunos y con su permanente sonrisa, y sin dejar de mirarlo nos los sirve. La verdad es que, ahora mismo, esa sonrisa con la que siempre recibe a todo el mundo ya no me cae tan bien como antes. Él se la devuelve dándole las gracias en casi un susurro y yo intento no mirar la escenita, sin éxito. Nada más servirnos se queda plantada delante de nosotros con toda su atención en él. No sé qué espera que este le diga, pero él se queda mirándome como esperando que yo haga o diga algo. Los segundos pasan y ella sigue como un pasmarote, y a mí me está poniendo de los nervios.

—Gracias por todo, Laurie. Si te necesitamos ya te avisaremos — Procuero que mi rostro muestre una simpatía que ahora mismo no siento por ella, pero intento con todas mis fuerzas no perder la educación que mi madre me enseñó. En cuanto Laurie se va, lo miro —. Bueno, ya que por fin nos ha dejado solos, y si tienes ganas de trabajar en vez de ligar, sigamos a los nuestro.

Dirigí mi mirada a los informes mientras él no apartaba la suya de mí, sometiéndome a un riguroso escrutinio con el cual creo que intenta descifrar el porqué de mi comportamiento, algo que ni yo estoy entendiendo así que le deseo mucha suerte con una media sonrisa en mi rostro. No comprendo el porqué de estos celos que de repente me han golpeado como si fueran una bola de demolición. Una de mis cualidades o defecto, según quien opine, es que soy demasiado sincera cuando hablo y más cuando de mis labios lo que sale es un reproche. No soy una persona capaz de ocultar lo que siento y, la verdad, eso ya me ha metido en más de un problema. Por eso mismo en estos momentos el capitán me tiene asistiendo a unos cursillos de sensibilización. Según él, mi carácter me traerá serios problemas si no aprendo a controlarlo. «La verdad, yo no creo que sea para tanto, pero lo que el capi dice va a misa».

—Como te iba diciendo... —en su voz hay un ligero tono de irritación—, las víctimas tenían vidas bastante normales, no tenían enemigos ni habían tenido ningún problema que merezca la pena destacar. En un principio no hay nada raro, pero para eso hay

tiempo, y los informes los puedes mirar en casa con más detenimiento, si es que dispones de tiempo—¿Esa coetilla va dirigida a lo que he hablado con Ari? A la cual por cierto he de mandarle un mensaje para que no se pase a buscarme, creo que lo que más me conviene es quedarme en casa repasando toda esta información—. Así que, si eres tan amable, podrías hablarme de tu habilidad especial.

En el momento que oigo las palabras «habilidad especial» no puedo evitar reírme a carcajadas. Lo han llamado de muchas maneras, pero eso de habilidad especial es bastante rebuscado, y más viniendo de una persona que se supone que no sabe nada de mí. Una vez consigo parar de reír, cojo mi taza de café y engancho mi mirada a la suya.

—La verdad, nunca lo habría llamado de esa manera y no hay una manera suave de explicar cuál es mi «habilidad especial» —Mis manos hacen el símbolo de las comillas al llamarlo como lo ha hecho él—. Así que no me voy a andar con rodeos.

Entre nosotros se hace un silencio de esos que están hechos para crear el suspense entre el público. Vuelvo a beber de mi café y a posar la taza en su plato.

—No creo que sea tan difícil de explicar, ¿o sí?

—Tengo el don de ver y hablar con las almas de las personas que mueren de manera inesperada. Es decir, veo las almas de las personas muertas a las que no les había llegado su hora y por lo cual no han podido pasar al otro lado.

Entre nosotros vuelve a aparecer el silencio. De normal suelo dejarles unos minutos para asimilarlo. No es muy normal que alguien te diga que ve muertos, y suelen compararme con la protagonista de *Entre fantasmas* o con el chico de la película de *El sexto sentido*. Es de lo más bonito que me han dicho a lo largo de toda mi vida. En mi época adolescente me llevé bastantes hostias con amigas y con los chicos, lo que hizo que me retrajera bastante, pero el día de mi decimoctavo cumpleaños apareció el capitán con un regalo y una propuesta de trabajo. Me pidió que hiciera las pruebas para ingresar en la academia y que siguiera el camino de mi madre desde el lado de la ley. En un principio me pareció una

propuesta descabellada, pero el capitán no venía solo con esos presentes, también venía con los informes de un caso que los estaba superando a todos en la comisaria y me pidió ayuda. Era un asesino que llevaba a sus espaldas quince víctimas, todas mujeres de la calle. Lo que hacía con ellas no era normal: después de violarlas repetidas veces con objetos de todo tipo, laceraba con violencia sus caras para que quedaran irreconocibles y las dejaba abandonadas delante de los hospitales. Ver tanta crueldad me supero en varios momentos, pero logró dejarme claro cuál sería el camino que tomaría en mi vida. El capitán, que en esos momentos todavía era detective, me hizo ver todo lo bueno que se puede hacer con mi don, y logró que mi vida cambiara y que no me avergonzara de lo que soy y de lo que puedo hacer.

El silencio se estaba haciendo insoportable entre nosotros, y en ningún momento había apartado sus ojos de mí. En ellos no había ni sorpresa ni burla, solo una gran determinación y la absoluta certeza de que yo no le estaba tomando el pelo. Sus ojos, tan bonitos e increíblemente hermosos, eran totalmente transparentes para mí, y eso me tranquilizo.

En ese momento salió de sus pensamientos.

—Entonces, ¿me estás diciendo que puedes ver y hablar con los muertos?

—Más bien con sus almas, aunque no siempre puedo conectar con ellos, y cuando lo consigo no siempre es fácil.

Se veía el sincero esfuerzo que estaba haciendo por creerse lo que le estaba contando.

—Vale, lo entiendo. ¿Y has visto a alguna de las víctimas?

—La verdad, no estoy muy segura. Poco antes de que me llamaran porque habían encontrado a la víctima de esta noche, una voz se coló en mis sueños. Puede ser que tenga que ver con este caso, pero todavía no lo tengo muy claro. Los primeros contactos con las almas suelen ser a través de los sueños, no suelen estar preparadas para un contacto directo. No tiene que ser fácil asimilar que estás muerto, y menos que has sido asesinado, pero en el escenario del crimen pude ver algo, una especie de sombra pegada a uno de nuestros agentes.

Intento transmitirle toda la seguridad que me es posible con mis palabras, que vea lo serio de todo esto, que no le estoy gastando una broma de mal gusto. Es algo muy personal para mí, y no es nada fácil contarle esto a una persona que no hace ni seis horas que conozco, aunque sé que para ellos tampoco es fácil que alguien te suelte algo así a bocajarro.

—Piensa que no es fácil contarle esto a un desconocido. No creas que mucha gente sabe de mi don, y menos nada más conocerme.

—Pero mi superior sabe de ti y de tu habilidad.

—Sí, claro, no es la primera vez que colaboro con el FBI.

En esos momentos, por el rabillo del ojo derecho noto cómo alguien se acerca a nosotros. No suelo ponerme de espaldas a la puerta. Una manía de poli, supongo.

Me giro lentamente, ya que, aparte de la comisaria y mi propia casa, el rincón azul era uno de los pocos lugares en los que me siento tranquila y relajada.

—Ella, preciosa, ¿aquí a estas horas?

—No es tan tarde, Nelson.

—¿Cuánto llevas aquí? Si ya son las tres de la tarde. ¿Tu amigo?

Al nombrar a André lo mira con suspicacia. El señor Nelson siempre ha sido un padre para mí, y lo que más ha disfrutado siempre es poder ejercer como tal con mis parejas, aunque no hayan sido muchas. Una de las cosas que más le han pesado es no tener una hija, ya que solo ha tenido niños. Richard es el único que ha seguido sus pasos, ya que los otros dos se han decantado por la abogacía, lo cual no quiere decir que no esté orgulloso de todos sus hijos, con los que yo jugaba de pequeña, corriendo por todo el bar.

—Sí que se nos hizo tarde. Te presento al agente André Rose. Estamos juntos en un nuevo caso.

—Un placer.

André se levanta y le tiende la mano con seguridad y con una sonrisa en los labios. Hay que decir que buena educación no le falta, aunque a veces parezca que tiene un palo metido por el culo, uno que más de una quisiera disfrutar.

—Ella, ¿os preparo algo de comer?

Ha correspondido a su saludo agarrando su mano, pero en ningún momento se ha dirigido a él con palabras lo que arranca una sonrisa de mi rostro. Lo está evaluando y buscando alguna señal por mi parte, algo así como dale una patada en su culo tieso y líbrame de él. Es una propuesta tentadora la verdad, pero por mucho que lo desee tenemos un caso que resolver.

—Sí, gracias, Nelson. ¿Podría ser tu especialidad?

—Cómo no. Marchando dos de la especialidad de la casa.

Comemos tranquilamente y no volvemos a tocar el tema de mi don. Le quiero dejar tiempo para asimilarlo, sé por experiencia propia que no es nada fácil para una persona que no cree en las cosas sobrenaturales asimilar una información como esta, y que todo el mundo necesita su tiempo para digerirlo. Después de un rato agradable de sobremesa en la que hablamos un poco de nuestras vidas y de cosas superficiales nos dirigimos al aparcamiento.

—¿Dónde estás alojado?

—En el motel Mosly. Todavía no he parado a registrarme, pero tengo una habitación reservada.

—Si quieres, deja aquí el coche de alquiler y te acerco. No está muy lejos de mi casa.

El motel Mosly está a unas tres manzanas de mi casa y no me supone molestia alguna acercarlo y mañana recogerlo, de todas formas, pasaremos una larga temporada juntos hasta pillar al asesino, si es que lo logramos. Entre hablar del caso y conocernos muy superficialmente ya se nos han hecho las seis de la tarde, y ya ni los cafés hacen el efecto deseado ni en él ni en mí; yo no debo haber dormido más de tres horas, y él ni siquiera una.

—No tengo problema en dejar aquí el coche, siempre y cuando mañana pases a recogerme —En su rostro surge esa puñetera sonrisa que me encanta y odio a partes iguales. Me da la sensación de que no va a aparcar ese juegucito, y estoy segura de que si los dos jugamos nos lo pasaremos muy bien.

Capítulo III



Después de dejarlo en su motel me dirigí a mi pequeño refugio, mi casa, un pequeño piso a las afueras del centro. Consta de una habitación de matrimonio con una cama en el centro y una mesita de noche, no soy muy dada a la decoración excesiva. En la mesita de noche hay una simple foto en la que salgo de pequeña junto con mi madre. La cocina es bastante simple y está casi a estrenar, ya que no soy un portento cocinando, y cuando no como en casa de mi tía lo hago en El rincón azul.

El salón es bastante amplio, con una gran tele, ya que soy una gran aficionada al cine. Las paredes están llenas de estanterías y en el centro hay un gran sofá. En una esquina está mi butaca de lectura y una buena lámpara a su lado. Todo el apartamento está decorado en blanco y negro, ya que siempre me gustó considerar que la vida es una gran partida de ajedrez. Me dirijo al baño y abro el grifo de mi gran bañera, un lujo que no podía dejar pasar. No hay nada mejor después de una larga jornada de trabajo teniendo que ver lo peor de la humanidad que un buen baño caliente.

Después de un buen rato de relax me propuse echarles un buen vistazo a los informes de André. Cogí una copa de vino y me dispuse a ello, tras mandarle el mensaje a Ari de que al final voy a quedarme en casa. Me cuesta un poco convencerla, pero al final accede pues sabe lo importante que es mi tiempo cuando estoy con un caso.

La primera víctima, Elizabeth Jones, una chica rubia con toda una vida por delante, era secretaria con una vida de los más normal. Fue encontrada en un callejón, algo que parece parte de la firma del asesino. Esta estaba en una cruz de madera, como si fuera un sacrificio, con todos los huesos del cuerpo triturados. En lo referente al dinero, por lo visto Elizabeth hacía donaciones a centros para las

familias de las víctimas de grandes catástrofes. Sus padres murieron en unas vacaciones hace unos quince años víctimas de un maremoto y nunca se encontraron sus cuerpos. Llevaba más de seis años haciendo donaciones. No eran grandes cantidades, pero sí debían suponer un gran sacrificio para ella, pues un sueldo de secretaria no creo que dé para una gran vida.

André también me había pasado unas grabaciones de los interrogatorios a los familiares, amigos y compañeros de trabajo de las víctimas. Son bastante minuciosos, aunque no destacan nada que se salga de lo normal en la vida de Elizabeth. En algo en lo que sí coincidía el entorno de la víctima es en que era una mujer soberbia, «pasar por algo tan traumático hace que la gente cambie».

Las imágenes que los forenses hicieron de la escena del crimen me muestran que el asesino tiene un extremo cuidado para que el escenario esté tal y como él quiere, no deja nada al azar. El informe del forense al mando está muy completo, y repasándolo hay algo que me llama la atención: en la sangre hay una sustancia no identificada. Ahí está lo que relaciona a las víctimas con el asesino.

La segunda víctima, Kimberly Davis, que por lo visto es su apellido de casada, llevaba una vida más bien monótona y aburrida. Hacía un tiempo que había dejado de trabajar, o más bien dejó su vida entera de lado. Todo ello después de perder a su hija y a su marido en un traumático accidente de tráfico cuando los dos se dirigían al colegio de la niña. La pobre mujer no lo había podido superar. Esto había pasado hacía más de cinco años, y la pequeña no tendría más de seis. Según el informe, la culpa fue del otro conductor por conducir borracho, y acabó preso por asesinato involuntario.

El dinero de la segunda víctima, según el informe, era donado a varios orfanatos y a sus niños. Esta fue encontrada en un parque público semienterrada en un foso y llena de picaduras de serpientes, entre las cuales estaba la Taipán, muy común en el sudoeste de Nueva Guinea. Su color varía desde el oliva al marrón oscuro. Un ejemplar adulto puede alcanzar los tres metros de longitud y se alimenta principalmente de roedores. Su veneno es de los más mortíferos de los que se tiene constancia: una sola picadura te mata

en menos de tres minutos, y no hay antídoto conocido. Como con la víctima anterior, todo estaba meticulosamente preparado y estudiado. Esta había pasado por una muerte rápida, aunque la tortura previa no fue así: había sido golpeada y torturada de mil y una maneras distintas.

Los vídeos de los interrogatorios de esta no eran muy extensos, tenía pocos amigos y en su barrio pasaba desapercibida. No tenía familia directa después de perder a su hija y su marido, algo bastante raro, así que me metí en el ordenador para buscar información sobre la familia de la víctima: hermanos, padres, algo. Empecé por el registro civil y nada. En la base de datos de la policía tampoco. Es como si toda la información sobre Kimberly hubiera sido borrada. Lo que más me jode de esto es que yo no puedo pasar de aquí, y tendré que esperar a que Leroy se ponga manos a la obra. Algo me dice que de esto no tengo que contarle nada a André por ahora. ¿Por qué no había nada de la familia de ella y tanto de las otras dos? Otra cosa que se me escapa en todo esto y cada vez me esta mosqueando más.

La tercera víctima, Amanda Cox, era transparente en comparación con las anteriores víctimas. También fue la que peor lo pasó de las cuatro. Como todas, sufrió de una terrible tortura y murió congelada después de que su temperatura central bajara a 35,5 grados Celsius. Fue encontrada en una alcantarilla como si de una vagabunda se tratara. Dejaba a una niña pequeña que estaba al cargo de su abuela, ya que su trabajo como comercial no le dejaba mucho tiempo. El maldito problema que tenía ella con el dinero pasa por que les pasaba a su madre y su hija una sustanciosa cantidad mensual para que estas no pasaran ningún tipo de penuria económica, algo que no han podido confirmar, pues viven en España.

Una vez repasados los informes, me dirijo a escanear las fotos de las víctimas y a colocarlas en la pizarra que tengo justo encima del ordenador, al igual que en la comisaria, cuando algo en la tercera víctima me llama la atención. En la foto, Amanda lleva el pelo bastante largo, y en las fotos del forense lo lleva corto. Una mujer que suele llevar el pelo muy largo es porque le gusta, y es inusual

que se haga un corte tan radical. Abro el Photoshop para agrandar la foto. Ese corte estaba mal, no estaba hecho en una peluquería. Posiblemente el asesino se lo había cortado para que su parecido fuera más similar al de las anteriores víctimas. Algo así descuadra mi teoría de que las buscaba por su similitud física. Prefiere modificar detalles, las elige por otra cosa.... ¿Pero por qué entonces precisamente ellas? Algo las une a él, ¿el qué?

La idea de que las anteriores víctimas también fueran modificada de alguna forma ronda mi cabeza y vuelvo a repasar todo lo anterior descubriendo detalles que se me habían pasado por alto.

Después de dos horas repasando una y otra vez los informes, solo he podido llegar a la conclusión de que detrás del dinero se escondía algo más y que el asesino busca a sus víctimas basándose en algo que no es el parecido físico, pero si tiene algún tipo de fetiche u obsesión con una mujer en concreto, una que se parece mucho a mí. También hay que averiguar qué es esa sustancia en la sangre de las víctimas. Y el hecho de que la víctima dos no tuviera ni padres ni hermanos, algo bastante raro, sin olvidar que el asesino prefiera modificar el aspecto físico de las víctimas.

Decido que ya era hora de irme a descansar. Este tipo de días tan largos me dejaban agotada y para colmo, esa sensación no se me va. Mañana el día será más largo todavía si cabe. Por la mañana tengo que pasar a buscar a André. «Cuando pienso en él, una sonrisa sale en mi rostro, la cual no puedo evitar. Tiene un cuerpo que es pura adrenalina, y no puedo evitar excitarme cada vez que lo tengo cerca».

Tenemos que llamar a la familia de la víctima para que acudan a un interrogatorio. Tengo que hablar con Leroy y ponerlo a currar, algo que no le va a gustar nada, y ver si Ari ha encontrado alguna cosa más. Antes de meterme en la cama le envié un nuevo mensaje a Ari avisándola de que no haga planes para el miércoles, ya que no estoy dispuesta a pasar por ese trago yo sola. Ella lo va a pasar conmigo, no le va a hacer gracia, pero apelaré al chantaje emocional.

Unas cuatro horas después de irme a dormir me despierto sudando y con el corazón a cien. No entiendo el porqué del sueño,

qué me quiere mostrar el alma y no es capaz de decirme de forma clara y mostrándose ante mí.

Me encontraba en una habitación oscura, y en el centro de esta había una mujer en posición de rezo. Físicamente era idéntica a todas las chicas. No podía identificarla, ya que su rostro estaba difuso, y delante de ella había un hombre. Estaba hablando, pero no lo oía. Intentaba centrarme en el rostro de ella y así saber quién es y tener algo más por donde poder seguir mi línea de investigación, pero lo único que distinguía eran las lágrimas caer por su rostro. Ese tío llevaba una navaja en las manos y estaba cogiendo su muñeca derecha. Tenía la sensación de que una risa perpetua salía de ese tío. El pánico que ella sentía se instaló en mí. Sabía que iba a morir en pocos segundos, y yo también lo tenía claro.

Intento que mi corazón deje de latir con tanta fuerza cogiendo aire y soltándolo con calma y poco a poco lo voy logrando, aunque no consigo calmar el miedo que esa chica había dejado dentro de mí. Me levanto y me dirijo hacia la cocina para hacerme un té relajante e intentar poner orden en mi cabeza. Al recorrer el pasillo todo mi cuerpo se paraliza y empiezo a sentir mucho frío, algo totalmente imposible en una persona normal ya que estamos en pleno julio y el calor ya era de por sí insoportable, pero yo no soy normal, no con mi don. Miro hacia el regulador de la temperatura y está bien, ni muy frío ni muy caliente. Al volverme, noto una presencia justo a mi lado, y vuelvo a oír esa voz femenina repitiendo la misma frase de anoche y algo pasa por mi lado. Enciendo la luz y allí no hay nadie, así que decido seguir con lo mío. Si ella quiere presentarse ante mí, lo hará cuando esté preparada. Una cosa sí que tengo muy clara, y es que, a este tipo de almas que han sido arrancadas de la vida demasiado pronto no hay que meterles mucha prisa o saldrán por patas y vagarán por el plano físico para siempre, sin encontrar la paz que se merecen.

Agarro mi taza de té y me voy directa al ordenador, ya que voy a ser incapaz de pegar ojo en un buen rato. Al abrir el correo veo que tengo dos nuevos en respuesta a los que envíe unas horas antes. El primero es de Ari, en el cual me manda una copia de su informe de la víctima, donde destaca que los símbolos han sido abiertos en el

momento justo de su muerte y que en realidad son antiguos algo que ya suponía, no es la primera vez que los veo, aunque soy incapaz de ubicarlos. «Un tatuaje o una marca identificativa de propiedad». También me recuerda lo de la sustancia no conocida en la sangre de la chica, la cual se estaba analizando, que en el cuerpo había cortes hechos con una navaja, y que los golpes que había recibido la víctima se habían hecho con un martillo grande o una maza antes de que el asesino acabara con su vida. Se ha hallado una huella parcial en el interior del brazo derecho, no está muy segura de poder sacar nada de ella, pero lo intentará.

El segundo mensaje era del joven agente Scott, en el que me dice que han descubierto quién es la víctima, y envía un archivo adjunto con toda la información que han encontrado sobre ella. Me dispongo a abrirlo cuando el móvil, a mi lado, me avisa de que tenía un mensaje. Es de André.

«Tenías razón con lo del dinero. He estado repasando los informes en mi portátil y algo no me cuadra, aparte de que a una de las víctimas le han cortado el pelo».

Por lo visto el agente Rose es de los que sufren insomnio. La parte de investigación a mí siempre se me ha dado mejor por la noche, algunas veces por inquietud y otras por intentar acelerar lo máximo posible el descanso de las víctimas. Me decido a contestarle el mensaje mirando el móvil con una sonrisa tonta en el rostro.

«A esa conclusión ya he llegado yo, agente Rose. Pero... ¿no hubiera sido mucho mejor que me lo contara mañana por la mañana? Podría haber estado durmiendo o acompañada».

«Perdona, no era mi intención molestarte, espero no haber interrumpido nada. Seguiremos hablando mañana, y disfruta de tu noche. Por cierto, ¿qué he hecho para que me trates otra vez de usted? Me hace sentir viejo, y creo que solo te supero por cinco años, así que vuelve a tutearme, por favor».

«Dejaré de hablarle de usted si me permite descansar un par de horas. Ya son las tres de la mañana y creo que los dos deberíamos intentar descansar».

Me esta gustado este juego que se ha establecido entre los dos: dos adolescentes, él intentando ligar por todos los medios conmigo, y yo haciéndome la dura. Le quito el sonido al móvil, no pienso contestarle a ningún mensaje. Intento centrarme en lo que Scott me ha enviado, pero ya me caigo de sueño. Creo que lo mejor será cerrar el ordenador y mirarlo mañana antes de ir a la oficina seguramente tendré algo de tiempo mientras espero a que el agente del FBI baje a reunirse conmigo.

Me voy directa a la cama una vez más, ni siquiera apago el ordenador ya que es tan lento que me llevará una hora más. El frío hace mucho que ha cesado y si no voy equivocada, el alma esta noche no volverá a aparecer. El mal presentimiento, aunque no ha desaparecido, sí está siendo sustituido por un cansancio inaguantable. Antes de llegar a la habitación vuelvo a comprobar que en casa este todo bien cerrado, algo que mi madre me enseñó. A las almas no las puedes parar, pero a las malas personas no es aconsejable dejarles vía libre.

Puse el despertador para levantarme a las siete de la mañana, pues he quedado con André a las ocho para pasar a recogerlo y quería darme una ducha rápida antes de salir.

Capítulo IV



Ya hace tres días que empezamos con el caso y no hemos podido avanzar mucho más. Encontramos a la familia de la cuarta víctima. La madre llegaría a las diez a la comisaria para hablar con ella. Los nuevos interrogatorios a los familiares y amigos de las otras víctimas no han aclarado mucho a pesar de que hemos hecho nuevas preguntas, el tiempo transcurrido ha borrado muchos recuerdos de ese momento. Al sacar el tema del dinero, ninguno sabía nada de nada. Lo único en lo que coincidían todos es que todas las víctimas se habían tomado un tiempo para ellas mismas, aun así, sigo pensando que hay algo raro con el dinero y que no logramos verlo.

Como todos los días desde que este caso comenzó, estoy esperándolo en la recepción del motel. Hoy he llegado algo más temprano y mi mente se puso a repasar lo sucedido en los días anteriores.

Al día siguiente de conocer a André, mientras esperaba en la recepción a que este bajara, le mandé un mensaje a Leroy con todo lo que tenía que investigar, que era urgente, y le pedí expresamente que no abriera su boca en lo referente a la familia de la tercera víctima delante de él ya que le pedí que prestara más atención a ese punto en concreto ya que no es imposible que alguien no tenga familia pero que no se encentren ni certificados de defunción ni nada de los padres, tíos, abuelos... es algo demasiado raro para dejarlo pasar. Me cosió a mensajes con todo tipo de preguntas sobre él a las que no me dio la gana contestar, el que estuviera trabajando junto con un agente del FBI había corrido como la pólvora en la comisaria, era como convivir en un vecindario de marujas. Siempre ha sido un cotilla y de todo se quiere enterar. Ya habría tiempo de

contárselo todo o, más bien, le contaría todo lo que tuviera que ver expresamente con el caso.

Después, en la comisaria, nos pusimos con todo lo que Scott me había mandado la noche anterior a mi correo, aparte de todo lo que ya sabíamos por Ari. La última víctima, Cinthia Cole, trabajaba como crítica gastronómica. Su cuenta estaba en mínimos, como las de las demás. Una de las ventajas era que teníamos localizada a su madre, a la cual habíamos citado para hacerle algunas preguntas. Su padre estaba enfermo desde hacía algunos años, pero aun así la víctima había tenido que bajar su ritmo de trabajo después de haber sufrido un infarto al poco de que le diagnosticaran la enfermedad a su padre. Se encontraron varias denuncias a su exmarido por acoso y maltrato junto con varias fotos prueba de ello. Este, que era una pieza de cuidado, llevaba varios años a la sombra por asesinato, así que ya podíamos descartarlo. Aun así, hubiera sido muy difícil relacionarlo con las otras víctimas, pero no dejamos ese de mano ante la posibilidad de que hubiera contratado a alguien lo que resultó ser un callejón sin salida.

La búsqueda del símbolo del infinito junto con las palabras escritas dentro de este todavía no había dado ningún resultado que fuera coherente. El infinito no admite ninguna restricción, eso ya lo sabía, pero no entiendo esas palabras dentro de este. Leroy se lo pasó a un amigo suyo, un friki al que le apasionan las lenguas muertas, el cual se puso a ello enseguida. André estaba tan perdido como yo.

Ya nos encontrábamos en el coche de camino a la comisaria y como todas las mañanas desde que aquello comenzó íbamos repasando todo lo que teníamos y lo que no para estar seguros de no estar dejándonos nada.

—El símbolo... ¿Puede ser que tenga que ver con una secta? — preguntó André.

—Sí, es una posibilidad, pero si se trata de una secta, esta es bastante nueva. Llevo bastantes años estudiando todas las que han existido y nunca había visto una tan brutal, y menos que tenga que ver con el símbolo del infinito.

—Ya, pero también puede ser una que haga poco que ha resurgido.

—Si es así, tendremos que esperar a que se manifiesten de algún modo o cometan algún error.

Mi cara solo refleja frustración, al igual que la de André. Es horrible dar vueltas y más vueltas a lo mismo y no llegar a nada. Cuando parece que llegas hasta una pista buena, te das cuenta de que has dado un paso atrás, y eso es lo que nos está pasando a nosotros con este caso.

Por la noche teníamos la cena con mi tía y mi abuela, a la que acudirían el capitán y Ari, y se me ocurrió la magnífica idea de invitar a André. Pensé que sería una buena manera de controlar a mi abuela en lo referente a hacer de casamentera, pero... más sabe el diablo por viejo que por diablo y la jugada no me salió como yo esperaba. Esa tarde salimos más temprano de la comisaría y dejé a André en el motel para que se pudiera duchar y cambiar, y así yo también podría hacerlo. Ari llegó a mi casa poco después, ya lista para la cena, la cual no es que le hiciera mucha gracia.

—Me debes una y de las gordas, chiki. Hoy tenía planes con un tío de esos que hacen que todo el cuerpo se estremezca solo de pensar en las cosas que una puede hacer en posición horizontal.

—Venga ya, Ari, tú siempre estás con lo mismo. ¿Cuándo piensas estar con un tío más de una semana? —Ella tenía expresión de enfurruñada y la verdad, yo estaba haciendo un esfuerzo enorme por no explotar de la risa—. ¿O no será que prefieres estar con tías?

—Yo no le hago ascos a nada. Sabes lo que opino de las relaciones largas... Son aburridas. ¿Qué culpa tendrá mi cuerpecito de que no sepan hacer que se divierta? Tan solo son novedad una semana, de ahí no pasan.

—Sí, claro, hasta que llegue la horma de tu zapato.

Una expresión de aburrimiento se refleja en mi rostro mientras agarró la chaqueta y el bolso para salir por la puerta. Ari siempre ha considerado que una relación larga hace que la gente cambie y siempre para mal.

Cuando ella era adolescente, su madre los abandonó. Según su madre le explicó a su padre, el matrimonio no era lo que ella se había imaginado, y se marchó, dejando abandonada también a su hija, y ya no volvieron a saber de ella. Las relaciones más largas que Ari ha tenido son las que mantiene con su padre y conmigo, si no contamos a sus compañeros de trabajo. Todo este problema comenzó poco después de que su madre los abandonase.

—Por cierto, ¿no vas tú muy arreglada para una simple cena en casa de tu tía? —Su cara refleja una extraña curiosidad y una sonrisa malvada, de esas que no auguran nada bueno.

—¿Yo? Para nada —Le respondo, no tengo ganas de ahondar en esa conversación en la cual yo sería la perjudicada.

—Tú te piensas que yo me chupo el dedo —dijo nada más creer darse cuenta de lo que está pasando—. Ya estás tardando en contarme qué pasa.

—Por cierto, Ari, tenemos que pasar a recoger a André.

Intento no mirarla a los ojos, ya que solo con eso sabrá qué es lo que estoy pretendiendo ocultarle. En realidad, lo único que pasa por mi cabeza en este momento y a todas horas, para ser sincera, son las increíbles ganas que tengo de que sus labios se abalancen sobre los míos, que sus manos recorran cada centímetro de mi cuerpo y sentirlo dentro de mí y así llevo desde que comenzamos a trabajar juntos, pero si se lo contara a ella seguramente no dejaría de darme la lata precisamente con eso.

—¡¿Perdón?! ¿Has invitado al buenorro agente del FBI a cenar a casa de tu familia?

En su rostro, nada más escuchar que André viene a cenar con nosotros, aparece algo que pude reconocer como maldad, eso me tendría que haber dado la mayor pista de lo que iba a pasar esta noche, pero me preocupan otras cosas que lo que trame mi familia. Aun así, pensé que ella se pondría de mi parte. Qué equivocada estaba, y yo no podía saber que los objetivos como casamentera de mi abuela iban cambiar nada más verlo entrar por el salón.

La noche fue un cúmulo constante de segundas intenciones al que mi supuesta mejor amiga se unió en mi contra desde el primer instante y en el que el capitán no podría habérselo pasado mejor.

Me lo tengo merecido por no pensar que mi familia no está lo que se dice acostumbrada a verme en compañía de un hombre, y menos uno tan guapo e irresistible como el agente Rose. Cuando acabó la fabulosa noche, en la cual la única que lo pasó tremendamente mal fui yo, el capitán, el cual también se había unido a la conjura, se ofreció a llevar a Ari hasta su casa, y yo me vi en el compromiso de llevar a André hasta su motel.

El silencio dentro del coche se estaba haciendo tan pesado como una losa, y creí que lo mejor era intentar romper el hielo.

—Perdona por el espectáculo en plan “Mujeres y hombres y viceversa” al que has tenido que asistir. No esperaba este comportamiento por parte de mi familia.

Intento mirarlo sin apartar la vista de la carretera mucho tiempo y vio cómo esa puñetera sonrisa suya empezaba a florecer en su rostro. Por lo visto, él no lo había pasado tan mal como yo.

—Qué va, me lo he pasado genial y no me he sentido incómodo en ningún momento. Al contrario, ha sido una cena de lo más entretenida.

—Sí, ya, por lo visto la única que esta noche se parecía más al cartel publicitario de un motel por noches era yo.

—No entiendo por qué te ha incomodado. Le preocupas, quiere tener a su familia segura y feliz antes de faltar. Es muy normal a su edad.

—Ya, esa es la excusa que nos pone a todos, pero a ti también te la ha colado por lo que veo —Los dos comenzamos a carcajearnos a la vez—. Mi abuela nos va a sobrevivir a todos.

—Eres afortunada. Tienes una familia que te quiere, amigos y buenos compañeros de trabajo.

—Tienes razón, soy muy afortunada.

—¿Qué les paso a tus padres? —Ya estábamos aparcados frente al motel—. Si no es muy indiscreta mi pregunta.

—No, tranquilo. Mi padre nos abandonó a mí y a mi madre hace muchísimos años, y nunca he sabido nada de él, ni siquiera cuando mi madre murió asesinada mientras ayudaba al capitán Walker en un caso.

—¿Tu madre también era policía? No vi ninguna foto en casa de tu tía en la que vistiera de uniforme, ni siquiera una placa en la comisaria.

—No, qué va. Mi madre ayudaba en algunos casos extraoficialmente con su don.

Todo este interrogatorio me estaba trayendo muchos y no muy buenos recuerdos.

—Entonces... ¿lo de tu don es hereditario? —En sus ojos se refleja tristeza por lo que yo he vivido, pero en ningún momento pena. Más bien es como si se sintiera orgulloso de mí por haber llegado hasta aquí e increíblemente cuerda—. No debe de ser sencillo vivir con un don así, no creo que haya mucha gente en el mundo que lo pueda entender.

—Te sorprendería la de gente que puede llegar a entenderlo. Aunque sí, en ocasiones lo he pasado bastante mal. Los adolescentes pueden llegar a ser muy crueles.

Mi mente se está perdiendo en un mar de recuerdos y no es algo que me haga mucha gracia. Intento sacar todo eso de mi cabeza ya que no vale la pena volver al pasado. Mis ojos se encuentran con los suyos nada más salir de mi ensimismamiento y como siempre que su intensa mirada se cruza con la mía, tengo que luchar por acordarme de cómo se respira.

—¿Tu familia es siempre así de agradable y divertida?

—No, qué va, es que al verte hoy en casa les entró la vena payasa.

Empezamos a reír sin poder evitarlo.

—Por lo visto, no están muy acostumbradas a que traigas hombres a cenar.

Centrado en no apartar sus increíbles ojos oscuros de los míos, va acercándose cada vez más a mí, y yo no puedo apartarme. Su mirada es como un imán en el que me he quedado atrapada.

—No, no lo están.

—¿Hay alguien especial ahora mismo en tu vida?

—Umm —hago como que me lo pienso mientras intento decidir si apartarme o no de él—. No, no lo hay.

En ese instante, con sus labios más cerca de los míos, alzó la mano y en un suave gesto me acarició mi mejilla. Yo sigo intentando luchar por respirar, mi mente no puede concentrarse en nada que no sea él, su acercamiento y esos labios que llevo deseando besar desde el momento que lo conocí.

Su acercamiento va tan despacio que creo que el momento nunca llegara, sus labios encuentran los míos en un beso suave pero intenso al que mis labios no oponen resistencia alguna. Su lengua explora mi boca a la espera de que la mía vaya a su encuentro, mientras una explosión de deseo recorre cada rincón de mi cuerpo. Su mano sigue acariciando mi mejilla y va descendiendo suave y lentamente hacia mi cuello en un acto intencionado de despertar todo mi ser. Coloco mi mano sobre la suya suavemente, apartándome muy despacio. Un suspiro profundo sale de mis labios.

—Somos compañeros, esto no está bien.

Todavía intento recuperar el aliento, al igual que él.

—Lo sé.

—Tú te marcharás en cuanto atrapemos al asesino.

—Sí, lo más seguro.

—Entonces no vuelvas a intentarlo. Mañana te recojo a la misma hora de siempre.

En ese momento, una sonrisa de medio lado se dibuja en sus labios y pongo en marcha el motor para que se dé por aludido y salga de una vez pues si lo vuelve a intentar no voy a ser capaz de responder por mis actos.

—¿Estás segura?

—Hasta mañana, André —Abre la puerta del coche y sale nada más escuchar mis palabras de despedida.

—Hasta mañana, Ella. Por cierto, mañana no hace falta que vengas a buscarme, tengo algunos mandados que hacer.

—Ten presente que mañana viene la señora Cole para el interrogatorio.

—Lo tengo en cuenta, y allí estaré.

Lo veo alejarse dándole vueltas a esas cosas que tiene que hacer y que no ha querido decirme que son. El caso parece ir para largo y si como yo se ha propuesto no dejarlo hasta atrapar al asesino es

posible que ya se este cansando de vivir en un motel de tan poca categoría.



Al día siguiente André llega sobre las nueve. Yo ya llevo más de una hora en mi mesa. Nada más dejar mis cosas en el cajón del escritorio le hice una visita a Leroy y este no paraba de refunfuñar por el exceso de trabajo al que se veía sometido y ello hizo que tras preguntarle por lo que había averiguado saliera por patas ya que ese chico es lo más perezoso con lo que me he topado en toda mi vida.

Desde que André ha llegado el ambiente se ha tensado bastante por lo ocurrido ayer. En unas horas tenemos el interrogatorio con la madre de Cinthia y nos hablamos lo justo y necesario. Me siento frustrada y para colmo soy incapaz apartar de mi cabeza el dichoso beso, repitiéndolo en mi mente una y otra vez.

Desde que André ha entrado en mi vida, esta ha dado un giro de ciento ochenta grados, dejando mi mente patas arriba sin manera de ponerla del derecho. Por mucho que lo pienso no soy capaz de encontrar el momento en que empecé a sentir todas esas emociones y sentimientos por él.

Cuando nuestras miradas se encuentran lo único que soy capaz de hacer es recordar el beso y mi cuerpo se enciende, siento un calor abrasador que me corta la respiración. En esos momentos me descubro deseando volver a sentir sus labios y que sus manos acaricien cada rincón de mi cuerpo.

Me levanto, dejándolo pendiente de la pizarra donde están todos los datos acumulados hasta el momento, a la espera de que Leroy nos pase la información que le habíamos pedido. Se que Ari está en el *muerte-sótano* trabajando y yo necesito hablar con ella y así poder calmar todo esto que siento y que arrasa con mi cordura a cada momento desde que lo deje frente al motel ayer por la noche.

Nada más entro por la puerta levanta la vista y me sonrío, es evidente que ya estaba esperando mi visita diaria.

—Buenos días, chiki.

—Buenas, preciosa, ¿cómo lo llevas?

—Pues como siempre aquí, rodeada de mis amigos —La sombra de la sospecha cruza por su cara al fijarse más detenidamente en mi expresión, la cual no debe de ser de las mejores. Ari siempre me ha leído como si yo fuera un libro abierto—. ¿Qué pasa, niña? ¿Qué milagro se ha obrado para que bajes a mi reino de las profundidades?

—Pues, la verdad...

—¿Qué ha pasado entre el buenorro del FBI y tú?

—Pero... ¿cómo...? —No he abierto la boca aun y “Zas” ya lo ha descubierto.

—Ella, que nos conocemos.

—Pues... —Su mirada muestra impaciencia—. La verdad es que anoche pasó algo.

—¿Qué? Cuenta, y no te dejes ningún detalle.

—Al llevarlo a su motel, esto... —Ari comienza a dar golpecitos con la punta del tacón en el suelo mostrando su impaciencia ante las vueltas que le estoy dando para encontrar las palabras adecuadas a pesar de que debería de ser algo simple y sencillo—. Vale, vale, me besó.

—¿Cómo...? Disculpa, ¿Ella, la princesa del hielo está trastornada por un simple beso?

—Ariadna, no te cachondees —La furia comenza a aparecer en mi rostro.

—Vale, chiki, tranquila, deja tu ira a un lado. Es que no puedo entender por qué te ha trastornado tanto un beso.

—Es que me ha hecho sentir y hacía mucho que eso no me pasaba. Vale, sí, no suelo salir con tíos, pero tampoco es que sea virgen. Cada vez que me mira me es más difícil controlarme.

—¿Y eso qué tiene de malo? A ver, explícamelo. Si lo que te apetece es tirártelo y pasar un buen rato, ¿a qué estás esperando?

—Pero es que cuando el caso se solucione, él se ira.

—¿Y? Un polvo es un polvo. Déjate de remilgos, líate la manta a la cabeza, disfrútalo y luego vienes a contármelo todo con lujo de detalles.

En ese momento toda la tensión acumulada sale de mí y comienzo a reír sin poder frenarlo. Al poco, mi amiga se une a mis risas, y la puerta se abre de golpe, dando paso a un André más que sorprendido por la escena que se ha encontrado.

—Ella, la madre de Cinthia ha llegado.

—Ya subo.

—Hola, Ari.

—Hola, bombón —La sonrisa pícaro que siempre lo acompaña vuelve a asomar en el rostro de André, esa que no he visto desde ayer, justo antes de que bajara del coche. Giro mi vista hacia Ari y esta me guiña un ojo—. Por cierto, ¿qué os parece que salgamos a dar un meneo a las caderas mañana y nos tomemos unas copas?

André dirigió su mirada hacia mí, esperando a que yo decidiera por los dos. En sus ojos vi una chispa de esperanza, algo que me asusta y sorprende a partes iguales.

—Por mí no hay problema —contesto mirando a cada uno, aunque se bastante bien que no es una buena idea, mucho menos en el estado en el que me encuentro cuando lo tengo tan cerca y en una disco, llena de gente que no te deja espacio para moverte, con la música alta y la oscuridad que suele reinar en esos sitios... no, no es buena idea.

—Hecho, entonces. ¿Tienes coche, André? —le pregunta Ari, seguramente ya con la idea de que nos haga de chofer mañana por la noche.

—Sí, claro.

—Entonces, luego te mando un WhatsApp con la dirección, y tú pasas a buscarnos mañana.

—Ok, sin problema —Con una increíble sonrisa de satisfacción se da media vuelta para irse.

—Espera un momento, señor FBI —Este paró en seco y volvió a girarse, mirándonos a las dos alternativamente—. Tengo algo nuevo sobre vuestra víctima.

Los dos nos quedamos mirándola. No entiendo por qué no me había dicho nada más llegar, André me mira como intentando averiguar si yo ya sabía algo de esto.

—Ya sé cuál es el paralizante que las víctimas tenían en la sangre.

—¿Tenían? —Los dos hicimos la pregunta al unísono.

Por lo visto tuvo el detalle de pensar en analizar la sangre de las otras víctimas, algo que a nosotros se nos paso de largo y ahora que lo pienso... en los informes del forense no se mencionaba nada de sustancias raras en la sangre de ninguna de ellas.

Ari nos miró con cara de sorpresa y comenzó a reír sin poder evitarlo. A los pocos segundos estábamos riendo los tres. Me sorprende mucho escuchar la risa de André. Desde que llegó, siempre muestra esa sonrisa soberbia, pero poco más. Siempre tan serio, la alegría no llega a sus ojos. Es como si algo muy triste le hubiera pasado y arrastrara sobre sus hombros una gran culpa. Se le ve tan relajado mientras se ríe junto a nosotras, tanto, que hasta su expresión parece haber cambiado. Cuando logramos parar de reír, Ari se pone serio haciendo gala de su profesionalidad y sigue con la explicación.

—Sí, tenían. Esta mañana he descubierto cuál era el paralizante utilizado y me he puesto en contacto con el forense que había hecho las autopsias anteriores, me ha mandado una muestra de sangre de cada una de las anteriores víctimas para poder compararlas y así confirmar mis sospechas —En ese momento su mirada se centró en mí y siguió hablando—. Y no me equivocaba, ya que las cuatro víctimas tenían residuos del mismo veneno.

—Vale, Ari, dinos ya cuál era el paralizante.

—Curare.

—¿Curare? —preguntó André con cara de no entender nada.

Pero yo sí sé qué es el curare, ya que desde pequeña mi abuela siempre me ha enseñado todas las plantas y su función, tanto si son venenosas como si son curativas, o ambas. Ari sigue mirándome y como ella me conoce y supone que yo se bien cual es la planta de la que esta hablando me hace un gesto con la mano dándome la

palabra para que yo lo explique. Con expresión de aburrimiento comienzo a relatar todo lo que se cobre el curare y sus propiedades:

—El curare es básicamente un veneno de acción rápida, no mortífero en sí mismo, sino un poderoso agente paralizante. La muerte ocurre por asfixia cuando los pulmones de la víctima se paralizan. Paradójicamente, puede tanto matar como salvar vidas. Después de 1935, cuando la planta fue identificada, al igual que su principal agente paralizante, fue introducido en la medicina moderna como relajante muscular en operaciones quirúrgicas.

—Joder, chiki, pareces la Wikipedia —Eso no podía salir de otra que no fuera Ari, aunque se calló de golpe nada más ver la expresión de mi cara—. Ahora ya solo os queda averiguar de dónde sale el curare utilizado, ya que se tiene que traer del Amazonas y, por tanto, tiene que pasar por aduanas. No es muy común, y no creo que haya muchas tiendas que la vendan. Ale, ale, que os esperan.

André se giró para salir de la sala de autopsia, dándole las gracias a Ari y esperando que yo lo siguiera.

—Adelántate que ahora voy.

—Bien, te espero en el ascensor —Su sonrisa iluminaba todo su rostro, ese que yo no consigo apartar de mi mente desde que lo vi sentado en el despacho del capi.

—¿Ves? Solucionado —dijo Ari.

Alzo la ceja instintivamente al escucharla. Ya sé por dónde va esta y lo que se trae entre manos, pero no pude evitar la pregunta.

—¿Solucionado el qué?

—Te he allanado el camino para que así te líes la manta a la cabeza y vayas a por todas.

—Pero... ¿qué esperas que pase? A ver, cuéntame cuál es el plan que te ronda por esa maquiavélica cabezota tuya.

—¿Plan? Ninguno, chiki. Tú solo disfruta de la noche y déjate llevar.

Entornando los ojos, me giro y me dirijo hacia arriba para participar en el interrogatorio.

Capítulo V



Alcanzo a André en el pasillo con pasos rápidos y ligeros antes de que llegue al ascensor intentando no darle mayor importancia a las locura de Ari y su nueva obsesión que no es otra que lograr que me lie con él. Va con su amplia sonrisa en el rostro, esa que tanto me gusta y como de costumbre, me deja sin respiración. «Me temo que este está tramando algo para mañana por la noche y no saber qué es me saca de mis casillas. Pero no pienso quedarme atrás, voy a seguir los consejos de Ari o eso creo, aun no tengo claro si seré capaz». Intento centrarme en el asunto que tenemos entre manos, lo agarro del brazo para frenarlo lo que nos sorprende a los dos por igual y se me queda mirando, logrando así que me pierda en esos ojos azul intenso.

—¿Quién de los dos va a llevar la voz en el interrogatorio a la señora Cole? —le pregunto nada más logro volver al presente.

Él alza su mano para ponerla encima de la mía en una suave caricia que logra estremecerme de pies a cabeza y me deja deseando que esa caricia se extienda al resto de mi cuerpo.

—Sería aconsejable que la llevaras tú —Su mirada se posa nuevamente en mis ojos, atrapándome y atándome a él como si yo fuera una adolescente ante su primer amor—. Acaba de perder a su hija y se sentirá más segura hablando con una mujer. Además, ten en cuenta que su hija y tú sois bastante similares físicamente.

Se gira quitando su mano de la mía y camina hacia el ascensor que nos llevara a la segunda planta, donde la señora Cole nos está esperando. En el momento que su mano se aparta de la mía, un frío intenso se adueña en mi corazón. Cada vez se me hace más difícil resistirme a él. Me dirijo al ascensor, en el cual me espera aguantando la puerta. Un espacio tan reducido y sola con él. «Esto va a ser un infierno». Me acerco lo más que pude al rincón,

intentando que nuestros cuerpos no se rocen. Nunca me he parado a pensar en lo reducido y estrecho que es este ascensor.

—Bien, pues, ¿lo llevarás tú? —me pregunta buscando tema de conversación, sacándome de golpe de mis pensamientos nada recatados.

—¿Perdona? —Estoy tan perdida en concentrar mi mente en cualquier cosa que no fuera él, sin éxito, que en el momento que me habla no sé a qué se refiere.

—El interrogatorio, Ella, si lo llevarás tú.

—Ah, sí, claro. El interrogatorio.

En ese momento se gira hacia mí y se apoya en la pared del ascensor con una increíble seguridad en sí mismo. Levanta la ceja instintivamente, como si supiera dónde estaba yo ahora mismo.

—Sí, yo lo llevaré — repito intentando que no se note lo incomoda y nerviosa que me siento ante su cercanía.

—¿Dónde estás, Ella? Andas en otra cosa y el interrogatorio ahora tendría que ser lo primero.

—Y es lo primero. ¿Qué estás insinuando con eso?

—Nada, tranquila.

Levanta las manos defendiéndose y comienza a acercarse a mí, reduciendo aún más el poco espacio que nos separa, poniéndome más difícil el poder controlarme.

—¿Qué te pasa, Ella? Te noto nerviosa.

—¿Yo?, ¿nerviosa?

Coloca sus manos a mí alrededor, haciendo una cárcel de la que no voy a poder escapar.

—Sí, tú. Desde ayer me evitas, si me acerco a ti te alejas y haces lo posible por no mirarme a los ojos. No creo que sea por el caso, ya que hoy es la primera vez que damos un paso hacia delante.

—Yo no te evito —Cada vez lo tengo más pegado a mí. Su aliento roza mi cuello con su rostro inclinado hacia el mío. Ya no puedo ni respirar, lo único en lo que puedo pensar es en sus labios besándome, en sus manos recorriendo mi cuerpo—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Será que tienes miedo? —me pregunta obviando la mía, pasando olímpicamente de responder.

—¿Miedo? ¿Adónde quieres llegar, André?

En ese momento su boca se lanza a por la mía, forzando mis labios con pasión a abrirse a él, y estos le hicieron caso. Mi boca se abre, dejando el camino libre a su lengua húmeda e inquisitiva, la cual recorre cada centímetro a la espera de que nuestras lenguas se encuentren. Su cuerpo se aprieta contra el mío, haciéndome notar que me desea tanto como yo a él. Sus manos sujetan mi cuello en una cálida caricia. Nuestros labios solo se separaban milésimas de segundo para poder coger el aire necesario para seguir con el ardiente beso.

Empieza a bajar sus manos por mi cuerpo en una caricia lánguida con la cual pretende que yo ardiera en los fuegos del deseo. La ropa me sobraba, y cada vez sentía con más fuerza su miembro apretando contra mí, a la vez que yo estoy más y más húmeda. Mueve una de sus manos, dándole al botón para detener el ascensor dispuesto a alargar más ese momento.

Saco fuerzas de donde no las tengo para separarlo de mí. Él suspiró y yo intento recuperar el aire. Se gira e intenta colocarse bien la ropa dándose por enterado. Yo estoy totalmente sonrojada por el calor que siento y todavía no he podido recuperar el ritmo normal de mi respiración.

—Estás más preciosa, si cabe, cuando te sonrojas —Se le notaba feliz y excitado, en sus ojos había un brillo especial. Alza su mano hasta mi rostro en una caricia—. Espero que no te hayas enfadado conmigo, pero ayer me supo a poco y he estado buscando el momento de poder resarcirme. No pienso perder ni una oportunidad más. Me atraes y no quiero quedarme con las ganas de probarte. Caerás, lo sé.

Las puertas se abren y tras su más que clara advertencia sale con toda la calma del mundo, dejándome con la palabra en la boca. Mi mente está hecha un lío, y todavía tengo que enfrentarme al interrogatorio de la señora Cole y llevar yo la voz cantante. Me coloco la ropa lo mejor que puedo y me propongo acabar con todo mañana de una vez por todas. Lo deseo, no iba a perder una oportunidad como la que él mismo me está brindando. Si quiere jugar, lo haremos los dos, y los dos lo disfrutaremos.

Salgo del ascensor y me dirijo a mi mesa, donde una mujer de unos sesenta años está sentada a la espera, mirando nerviosa a todos lados. Llevaba en cabello blanco sin arreglar, vestida con lo primero que ha agarrado para venir aquí. La desolación está marcada en su rostro, y tiene los ojos hinchados de haber estado llorando. André ya se encuentra a su lado saludándola, mostrando una impresionante calma y una amplia sonrisa. Nada más verla los recuerdos acuden a mí torturándome una vez más. La pena por la que pasó mi abuela al perder a mi madre fue la misma por la que ahora está pasando esa mujer. El tiempo no logrará hacer desaparecer el dolor de perder a una hija, pero sí se mitigará con el tiempo, de eso estoy segura. Para una madre, perder a una hija, o para una hija, perder a una madre tan pronto, es lo más terrible que nos puede pasar, lo he vivido y no se lo deseo a nadie.

—Buenas tardes, señora Cole —Le tiendo la mano amigablemente e intento sonreír con toda la sinceridad posible—. Soy la detective Young y ya conoce al agente Rose.

—Un placer —responde con timidez, dejando ver los nervios que siente.

—Sentimos mucho su pérdida, señora Cole y el tener que hacerla venir hasta aquí, pero necesitamos aclarar algunas cosas sobre su hija y necesitamos de su colaboración —le aclara André ayudándola a levantarse.

—Sí, claro, lo que necesiten.

—Si es tan amable de acompañarnos.

André posa su mano en la espalda de la señora Cole, guiándola hacia una de las salas de interrogatorios. Me sitúo justo por detrás de ellos, siguiéndolos. André nos abre la puerta y yo le indico a la señora dónde se puede sentar. Rodeando la mesa, me coloco justo enfrente de ella, y André se apoya en la pared justo por detrás de mí.

—¿Desea tomar algo, señora Cole? ¿Agua, café? —le pregunto para lograr que así se relaje y no nos vea como el enemigo, sino como los agentes que quieren ayudarla encerrando al cabrón que ha matado a su hija.

—Un vaso de agua, si son tan amables.

—Sí, claro. Agente Rose, si es tan amable, ¿puede traer un vaso de agua para la señora y un café para mí?

Me giro para mirarlo. Necesito unos minutos a solas con ella para que pueda ver claramente que somos amigos y queremos ayudar en todo lo posible. Intento que lo vea en mis ojos y no se ofenda de forma alguna.

—Sí, claro, sin ningún problema. En seguida vuelvo.

Por lo visto ha entendido por dónde iba. Un suspiro de alivio sale de mí nada más cruza la puerta y sonrió. Me giro en dirección a la señora Cole agarrando su mano que descansa sobre la mesa.

—Bueno, señora Cole, siento mucho tener que hacerla pasar por esto, pero hay algunas cosas en el día a día de su hija que no logramos comprender. No va a ser fácil, lo sé, pero necesito que haga un esfuerzo. Si necesita unos minutos, o cualquier cosa, no dude en decírnoslo —ella asiente, pero está demasiado asustada por lo que aprieto su mano levemente volviendo a sonreír—. No somos el enemigo, queremos lo mismo que usted, justicia para su hija y las otras muchachas que han muerto a manos de ese depravado y no nos rendiremos.

La señora Cole asintió de nuevo y una lágrima cayó por su mejilla. Le pasé un pañuelo, y en ese momento entró André con el agua y el café. Ella bebió un sorbo de agua y sus ojos se centraron en los míos. Su tristeza me traspasa. Es una putada hacerla pasar por esto, pero no nos quedaba más remedio.

—Si está preparada, señora Cole, comenzaremos con las preguntas —Levanté mi mano hacia el botón para grabar el interrogatorio.

Ella volvió a asentir. Intento aclarar mi voz y lanzo la primera pregunta.

—¿Veía a su hija regularmente?

—No. Más o menos un año después de que le diagnosticaran la enfermedad a su padre, después de recuperarse del infarto que sufrió, desapareció una temporada.

—¿Sabe usted dónde estuvo?

—Me dijo que había encontrado un sitio, algo así como un lugar de retiro en el que era muy feliz y que quería pasar allí una

temporada.

—¿La veía o la llamaba?

—Sí, me llamaba una vez cada quince días y quedábamos para vernos.

—¿Le dijo cuál era ese lugar de retiro?

—No, nunca me dijo cómo se llamaba.

—Ella le pasaba un dinero para ayudarla con la enfermedad de su marido. Si estaba en un lugar de retiro, ¿cómo le era posible pasarle ese dinero?

—Ella me dijo que, a raíz del infarto, le había quedado una pequeña pensión.

—Pero su cuenta refleja que las cantidades que le pasaba eran cada vez más altas, y ella percibía unos ingresos mínimos.

Nada más decirle esto, su rostro cambió.

—No lo entiendo. Cuando dejó de trabajar, ella redujo el dinero que me daba, pues no podía ayudarme como antes.

—Señora Cole, tenemos una orden para poder investigar sus cuentas.

—Sí, claro, sin problemas.

—¿Usted conoció alguna vez a algún amigo que estuviera relacionado con ese retiro?

—No, la verdad, era algo que mantenía para ella. Lo que sí sé es que ese retiro estaba a las afueras, en dirección oeste.

—Gracias, señora Cole, ha sido usted de gran ayuda. Si espera usted aquí, un agente la acompañará adonde usted quiera.

Me levanto y, dirigiéndome a ella, le tiendo la mano. Ella la acepta y comienzan a caer lágrimas por las mejillas.

—¿Atraparan ustedes al desalmado que le ha hecho esto a mi niña? —logró decir entre sollozos.

Me quedo parada, no se qué contestarle. El ochenta por cien de las veces a esta clase de asesinos no conseguíamos atraparlos. Si no logro aclarar algunas cosas y ponerme en contacto con el alma de la chica de mis sueños, no veo cómo lograrlo y además a mí siempre se me han dado fatal estas cosas, no sé qué decir en estos casos. En ese momento André se adelantó a mí y le contestó:

—Señora, haremos todo lo que esté en nuestras manos por atrapar a ese cabrón y llevarlo ante la justicia. Si eso sucede, si lo encontramos, haré todo lo que esté en mis manos para que ese tío pase el resto de sus días allí dentro, para que se pudra sin ver la luz del día.

En los ojos de André hay tanta sinceridad y determinación al pronunciar esas palabras que es como si, más que un caso que quería resolver sea una *vendetta* personal. Me quedo preocupada, mirándolo mientras pronuncia esas palabras que destilaban sinceridad y pasión. El rostro de ella pareció relajarse con esas palabras. Posiblemente esta noche la señora Cole podrá descansar, aunque sea durante unos pocos minutos.

Capítulo VI



Ya es viernes y me encuentro a unas pocas horas para la temida cita con André, no puedo estar más nerviosa, aunque por lo visto no soy la única. Ari ha quedado con un tío en la discoteca a la que nos va a llevar, y sus nervios no hacen otra cosa que aumentar los míos, ya que lleva desde las seis de la mañana mandándome fotos suyas con todos los modelitos de fiesta que llenan su armario. Por lo visto le ha dado una segunda oportunidad al «cañonazo sesenta y nueve», como ella lo llama.

En dos horas llevaremos a André a su motel para que cene algo y se arregle y nosotras iremos a mi casa y allí nos prepararemos, cenaremos algo rápido y luego pasaremos por chapa y pintura «para lo que será una noche llena de sorpresas y excitación», palabras textuales de Ari.

En lo referente al caso, tenemos a Leroy trabajando a marchas forzadas, centrado en averiguar dónde ha acabado el dinero de las víctimas. Después de hablar con la señora Cole nos pusimos a comprobar si todo el dinero que las otras víctimas sacaban de sus cuentas llegaba íntegro a su destino, y cuál fue nuestra sorpresa al ver que eso no era así. Por eso Leroy está intentando rastrear ese dinero y saber a dónde había ido a parar en realidad. Le debo una y de las grandes, por lo cual ya tengo preparada una gran sorpresa para él.

Leroy es un fanático de la ciencia ficción y de una serie británica, *Doctor Who*, y ya le he comprado entradas para asistir a su museo. Sé que le van a encantar, y así lograré que se le pase el mosqueo que tiene ahora conmigo por tenerlo currando como un negro. Estoy mirando la pizarra como si así esta me fuese a revelar algo, lo que fuese para poder avanzar, cuando siento que alguien se acercaba

por mi espalda. Me giro, pensando que podría ser Ari que viene a buscarme, pero me encuentro con André.

—Por mucho que la mires, no vas a encontrar nada nuevo.

Se sienta a mi lado y se roza conmigo despertando mis nervios a la vez que una fugaz sonrisa se forma en mi rostro. Desde nuestro encuentro en el ascensor hace todo lo que sea por rozarse inocentemente y yo ya no hago nada por evitarlo, al contrario, mi cuerpo se intenta acoplar al suyo. Trae dos tazas de café y me tiende una de ellas.

—Muy dulce, como te gusta.

—Gracias.

Agarro la taza y nuestros dedos se rozaron en una suave caricia. Al mirarlo, su rostro muestra una amplia sonrisa. «No puedo entender cómo logra hacerme sentir una yonqui de sus caricias, cuanto más me da, más necesito».

—¿Nunca has sentido que eres incapaz de ver lo evidente?

—Más veces de las que me gustaría admitir —respondió volviendo su rostro hacia la pizarra.

—Sé que no voy a encontrar nada nuevo mirándola, pero tengo el presentimiento de que dentro de poco habrá otra víctima.

—Estás muy segura de ello —Nuestros ojos no se partan de la dichosa pizarra mientras hablamos—. ¿Ningún espíritu ha contactado contigo?

Joder, se me había olvidado contarle lo de la chica. Tenía que contárselo, y sé que se va a enfadar conmigo por no habérselo dicho antes, ya que desde que nos conocimos prometimos no ocultarnos nada que tuviese que ver con el caso. Intento infundirme valor y contárselo aun sabiendo cuál va a ser su reacción.

—Esto...

—¿Qué pasa, Ella?

—Que no me acordé de decírtelo, pero...

—¿Tiene que ver con el caso?

—No sé si te acordaras de que te hablé de una voz de mujer que se coló en mis sueños la misma noche que apareció la cuarta víctima.

—Sí, ¿y?

—Pues que se ha vuelto a poner en contacto conmigo.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

Su rostro está poniéndose bastante serio. La tranquilidad con la que me miraba hace unos momentos está desapareciendo por segundos y su sonrisa ya se ha esfumado.

—No te enfades y déjame explicártelo.

—Pues estás tardando en explicarte.

—Cuida ese tonito que estás utilizando y si te calmas, me explicaré. —Me levanto de golpe y bastante cabreada, me coloco frente a él de brazos cruzados—. La verdad es que todavía no he podido ver su rostro. Por las noches, cuando duermo, creo que me introduce en sus recuerdos.

—¿Cómo?

—Más bien creo que me está mostrando lo que hicieron con ella, y fue una inmensa crueldad.

—Pero... ¿tú estás bien? Ese espíritu, o lo que sea, no te ha hecho nada, ¿verdad?

La preocupación acude de golpe, culpa mía por no haberle explicado cómo va todo esto. Es tan tierno ver cómo se preocupa por mí.

—Sí, estoy bien. Lo único que logra así es hacerme pasar un mal rato, pero por lo visto todavía no sabe cómo comunicarse conmigo directamente. Me explico... no todas las almas son capaces de comunicarse, así como así. Algunas necesitan algo así como un catalizador —Toda su atención estaba puesta en mí—. Jolín, qué difícil es de explicar cómo funcionan estas cosas.

—Tranquila, relájate y verás como logras explicarte.

—A veces necesito estar en contacto con algo a lo que la víctima estuviera unida, un objeto o persona que formara parte de su vida y fuera importante para el espíritu. ¿Lo entiendes?

—Sí, ¿y con eso quieres decirme que, aunque te está mostrando lo que le pasó, todavía no has podido hablar con ella?

—Sí, eso es lo que te quería explicar. Por lo que me dijo la primera vez, hay alguien que me ayudará con el caso, alguien en quien ella confía. El problema es que todavía no lo he encontrado, todavía no sé nada de esa persona. En un principio pensé que eras

tú, ya que sus palabras fueron textualmente «él es de los tuyos, él te ayudara», pero el tiempo pasa y no consigo que se muestre ante mí. Es como si estuviera esperando algo, como si jugara conmigo.

—No me gusta lo que me estás contando. Si está jugando contigo, ¿no estará intentando confundirte o incluso hacerte daño?

—Esta alma no tiene tanta fuerza. Yo creo que todavía esta confundida, asustada.

Se levanta y muy disimuladamente veo como su mano se va acercando para acariciarme. Un escalofrío recorre mi espalda, y todo mi cuerpo reacciona a su caricia.

—André.... Me gusta este juego, pero no te pases. Estamos en mi oficina y cualquiera podría vernos.

—Yo no juego, Ella y espero demostrártelo esta noche.

Su ceja se levanta y esa sonrisa que me vuelve loca aparece en su rostro en el mismo momento que se aleja de mí y un inmenso vacío se adueñaba de mi alma.

—¿Ya tienes la dirección?

—Cambias de tema. Interesante.

Alzo una ceja inquisitivamente, esperando a que conteste. No me interesa que la conversación siga por el camino por que la está llevando, prefiero mantener los nervios controlados hasta la noche.

—Sí, ya tengo la dirección donde recogeros. Por cierto, no hace falta que me esperéis para llevarme al motel.

—¿Y eso?

—Nada importante. Necesito terminar los recados de esta mañana antes de que salgamos esta noche, y me iré un poco antes, si te parece bien.

—Sí, claro, yo no...

—Dime... ¿has sacado algo nuevo de la pizarra?

«Es increíble. Al final yo he acabado sin saber qué decirle y él ha cambiado de tema descaradamente. Mi instinto me dice que se trae algo entre manos con tanto recadito. Bueno o malo, no tengo ni idea, pero nunca me han gustado las sorpresas».

La pizarra está justo delante de mi mesa, con las imágenes de las víctimas y los lugares donde se han encontrado sus cuerpos marcados con chinchetas. Los lugares no hacen un dibujo definido,

no por ahora. Debajo de cada fotografía está el día aproximado en el que las familias dejaron de verlas, también están el día y la hora aproximadas de la muerte, según Ari y encima de las fotografías una imagen en negro con un interrogante. Ese es nuestro asesino.

—Por ahora tenemos claro que son muertes rituales, aunque todavía no sabemos qué significa lo escrito en sus frentes.

—En el FBI están en ello.

—Sí, ya. Son un poco lentos, ¿no?

—Hacen lo que pueden. Este no es el único caso de asesinato del mundo, Ella —Se le ve tan preocupado como a mí, aunque el cabreo empieza a asomar en su rostro. Posiblemente me he pasado —. No veo que tu amiguito Leroy vaya mucho más rápido.

—¿Mi amiguito?

—No quiero pelearme contigo. Aparte, dos no se pelean si uno no quiere.

—Pues tú te has propuesto fastidiarme el viernes, por lo visto.

Mira su reloj y se levanta.

—Me tengo que ir ya. Paso a buscaros luego. Intentad estar listas, ¿vale?

—Nosotras siempre somos puntuales.

Dejo a un lado el cabreo que siento, el cual me ha provocado él y le guiño un ojo. Una de las primeras cosas que aprendí en la terapia es a respirar hondo y contar hasta diez.

Vuelvo a dirigir mis ojos a la pizarra y a respirar hondo otra vez. La posición de las víctimas en el mapa, tanto donde han desaparecido como donde se han encontrado sus cuerpos, no indica nada, aunque tengo la sensación de que lo que tienen escrito en la frente va a aclararme muchas cosas de ellas. Mañana tenemos dos citas importantes, una en aduanas, para ver si ha llegado algún cargamento de hierbas que contuviera curare y una visita a una herboristería. Me da la impresión de que algo sacaremos en claro. Tan inmersa estoy en el caso, en esa dichosa pizarra que ocupa demasiado espacio, que no me doy cuenta de cuan rápido ha pasado la tarde hasta que Ari me sorprende dando golpecitos en su reloj.



¡Increíble! dos horas probándome modelos y más modelos y no he encontrado nada que me convenza. Cuando algo me gustaba, a Ari no la convence o al revés. Para ella ha sido sencillo, pues ya lo tenía decidido antes de llegar.

—No es justo, Ari, tú ya habías escogido lo que te ibas a poner.

—Ya, claro, ¿y todas las fotos que te mandé anoche? ¿Tú te crees que ha sido fácil? Qué equivocada estás —Pune los ojos en blanco y su cara refleja desesperación—. Solo es una discoteca, Ella, nada más. El último modelo que te has probado es el idóneo.

Se está refiriendo a un corsé dorado con flores rojas y unos pantalones de pitillo negros. Lo he comprado hace poco en una de las excursiones por la mejor zona de tiendas de la ciudad a la que me arrastro Ari como hace siempre que se pelea con su padre y decide fundirse la tarjeta para calmar sus nervios.

—Con los tacones de aguja negros y el pelo suelto estarás ideal. Lo dejarás con la boca abierta.

—¿Quién te ha dicho que me visto así para él?

—Es algo que está implícito en tu comportamiento y en tus nervios. ¿Quieres hacerme el bendito favor de relajarte? Es solo un tío. Sí, está buenísimo y muere por estar contigo, pero nada más. Ella, no vas por el corredor de la muerte de camino a tu final.

Que fácil es todo para ella. Para mí es algo más. Lo que estoy empezando a sentir por André escapa a mi comprensión. Me fastidia y me irrita sobremanera no entender lo que me pasa.

Ya vestida y en pleno proceso de maquillaje comienza a sonar mi móvil. Es un mensaje de André

«¿Ya estáis listas? En unos quince minutos paso a buscaros».

El mensaje de André me dejó sin poder reaccionar ¡Solo quince minutos!

«Sí, claro, ya estamos a punto de terminar».

Eso es lo que espero o será una completa y descarada mentira para salir del paso y no creo que sea de esos tíos que tienen paciencia para esperar mientras las chicas nos arreglamos.

«¿Llevarás el cabello suelto o recogido?»

«Pues no es que lo tenga muy claro aún, pero ¿a qué viene esa pregunta?»

«Porque muero por verte con el pelo suelto. Tu cuello me pone a cien, pero verte con el pelo suelto es una de mis fantasías desde el día que te conocí».

«No sabía que tenías fantasías conmigo».

«A todas horas, y pienso hacer realidad esta noche la mayoría de ellas. ¿Tienes los pies fríos?»

«No entiendo esa referencia a mis pies».

«¿Está Ariadna contigo? Ella te lo explicará. En nada estoy ahí».

Me giro hacia Ari. No entiendo a lo que se refiere André con lo de mis pies, a lo mejor no le gustaban las mujeres con los pies fríos. Le entrego el móvil con cara de no entender nada.

—A expensas de parecer una palurda, ¿me explicas a qué se refiere con lo de los pies?

Ari empezó a reírse nada más leer lo que me había escrito. Me quedo esperando a que se le pase el ataque de risa con los brazos en jarra y con la clara amenaza en mi rostro de un más que evidente cabreo. Cuando consigue parar, intenta ponerse seria.

—No me puedo creer que no sepas a qué se refiere.

—Pues, mira tú por donde, no lo sé todo, así que si quieres iluminarme con tu extensa sabiduría...

—Primero: conmigo no te enfades, no estoy dispuesta a comerme tus cabreos con él. Y segundo: lo que ha querido decirte con eso es si te has echado atrás con lo de esta noche. Es una expresión muy común entre las parejas que se van a casar.

Me cuesta procesar eso de las parejas pero al final lo descarto y dejo de perder el tiempo o al final sí que deberá de esperarnos, no soy de esas personas que dejan esperando a los demás, no me gusta.

Veinte minutos después bajamos a reunirnos con André, que nos está esperando apoyado en el capó de su coche. Esta increíble,

llevaba unos vaqueros que se le ajustan a la perfección y una camisa que marca sus pectorales, permitiendo que la imaginación de cualquier mujer se dispare de inmediato.

Ari se agarra a mi brazo como si me necesitara de apoyo para no acabar perdiendo el equilibrio al verlo, lo que no sabe es que soy yo quien necesita que la sostengan.

—Ella, no te lo pienses mucho o seré yo la que se lo tire. Este hombre no tiene desperdicio. ¿Te has fijado en la expresión de su cara nada más verte? Ya te lo dije.

—Tú, como siempre, exagerando. Estoy convencida de que solo quiere un rato de diversión. Ya te lo dije, en cuanto se acabe el caso se marchará y no volveré a saber nada más de él. El gran agente del FBI no va a perder el tiempo con alguien como yo.

—Mira, niña estúpida —Se paró delante de mí, interponiéndose en la visión de André—. Tú vales mucho más que nadie, métete eso en ese melón que tienes por cabeza. Si lo que quiere es un polvo, eso que tú te llevas. Si lo que quiere es más a largo plazo, es algo que tendréis que ver los dos juntos. Pero, como siempre, tú adelantando acontecimientos y decidiendo por todos sin contar con los demás.

Preferí no seguir con el tema, sé muy bien por dónde va. Se esta refiriendo a lo que pasó con Nelson. Yo lo acabé todo mucho antes de que empezara, con la excusa de que no quería complicaciones.

—Estáis las dos impresionantes.

—Gracias por la parte que me toca, aunque estoy segura de que ni has visto el modelito que llevo —Ari nos sacó la lengua a los dos y se metió en el coche directamente—. Qué desperdicio de tiempo en arreglarme. Espero encontrar a alguien que lo aprecie más que vosotros dos.

—Seguro que lo encuentras —Mientras habla con Ari, que tiene la ventana abierta, retira un mechón de mi pelo y se acerca a mi oído—. Aun no me creo que me hayas hecho caso. Estás deslumbrante, para comerte entera.

No puedo evitar ponerme como un tomate al oír lo que me dice. Mi cuerpo entero se enciende de golpe y noto como me humedezco. «Si las cosas van a ir por ese camino toda la noche, la que se lo va

a comer soy yo». Nos metemos en el coche y en nada estamos en el mismo centro del Soho, en el Jimmy, uno de los mejores pubs de jazz. Este está en la planta dieciocho, ambientado en lo mejor de los años setenta. No tenemos que hacer cola, Ari nos lleva directamente al gran gorila de la puerta y da su nombre. Él nos mira a los tres de arriba abajo y aparta la cuerda, dándonos paso al local. El sitio es genial, con *puffs* de color morado y una barra enorme de color beige. Los ventanales dejan ver lo mejor de Nueva York, la terraza no se quedaba atrás. Todo esta genial.

Al poco de sentarnos una camarera viene a tomarnos nota. La chica, rubia de ojos claros y con un cuerpo de escándalo, es muy amable con nosotros.

—¿Qué van a querer tomar?

—Para nosotras un vodka rojo con naranja, y para él...

Ari y yo hace mucho que salimos juntas y siempre pedimos lo mismo, es ya una tradición establecida entre nosotras. La muchacha tomó nota y después se gira hacia André, esperando que este pidiera.

—Yo un Johnny Walker, gracias.

—¿Etiqueta negra?

André asiente y la camarera se va a prepararnos lo que hemos pedido. Al poco, un tío bastante guapo se acerca a nosotros, moreno con un físico muy cuidado y muy bien vestido. Este se puso delante de Ari.

—Al final has podido venir. Pensé que me habías vuelto a dar plantón.

—No, qué va, ya te comenté que el otro día me surgió trabajo. Patrik, te presento a Ella y a André.

—Hola, un placer.

Pasamos un buen rato los cuatro. Hablamos de nuestros pasados respectivos, contando anécdotas de cuando éramos adolescentes y de la academia. La verdad es que André es más divertido de lo que parece en la primera impresión que da cara a los demás. Unas horas después Ari y Patrik nos dejaron solos.

Cuando ya estoy a punto de proponerle que nos vayamos, mi cara cambia al ver aparecer de frente a Nelson e instintivamente me

pongo a la defensiva, algo que al parecer no le pasa desapercibido a André.

—Hola, chicos, ¿vosotros por aquí? —En su rostro se dibuja una sonrisa que no me gustó nada—. Ella, ¿ahora sales con el FBI?

—Sí, y ya nos íbamos.

André fue quien respondió sin andarse por las ramas, sin delicadeza alguna lo que logra que me sobresalte y lo mire directamente dándome cuenta del cambio de expresión en su rostro. Nelson venía bastante bebido y el tono de sus palabras no auguraba nada bueno por lo que creí que se enfrentarían allí, sin importarles nada pero André simplemente me tendió la mano que yo le acepte para que nos fuéramos.

—¿Desde cuándo tú te llamas Ella?

—Chicos... André, vámonos por favor.

André asintió y cuando nos íbamos Nelson dijo algo que yo no escuché. En ese momento André se giró hacia él y le dio un puñetazo en la cara con todas sus fuerzas. A partir de ahí todo fue muy rápido, los dos se enzarzaron en una pelea. Intenté separarlos antes de que los seguratas llegaran, pero lo único que logré fue un empujón y quedar sentada en el sillón. Llegaron los de seguridad y todo quedó en un altercado.

Cabreada por todo aquello agarré a André del brazo y llamé a un taxi, no quería pasar más tiempo del necesario allí, menos aún tras lo sucedido. Habíamos bebido los dos y no podía permitir que cogiéramos el coche. Este llevaba un golpe en el pómulo y si no le ponía algo frío pronto se iba a poner bastante feo. Al subir al taxi le doy al conductor la dirección del motel.

—No, Penthouse veintiuno, por favor —André me miro y su sonrisa, esa que cada día que pasa más adoro, volvió a aparecer—. Esa es una de las sorpresas que te tengo preparadas ¿Pies fríos?

—Pies calientes —No pienso echarme atrás a pesar de lo nerviosa que estoy. Alzo mi mano y le acaricio su mejilla magullada—. Espero que allí donde me llevas haya algo que poder ponerte en esa mejilla.

Al llegar no soy capaz de salir de mi asombro. El edificio, de unas veinte plantas aproximadamente, es precioso. Entramos y me guía

al ascensor agarrándome de la mano como si fuéramos pareja. Ya no aguantaba más y me acerque a él. Volví a acariciarlo, pero esta vez en la mejilla buena. Una vez en el ascensor noto como los nervios comienzan a apoderarse de mí, sé que ya no aguanto más y me acerco a él apoderándome de su boca, tomando la iniciativa, Al llevar tacones no necesito ponerme de puntillas lo que me lo pone mucho más fácil pues me casa una cabeza de altura. André me agarra por la cintura y me aproxima a él, haciéndome evidente la necesidad que tiene de mí, la misma que yo de él. Llegamos a nuestro destino lo que nos obliga a separarnos a pesar de que nos cuesta, me agarra de la mano y con la que tenía libre, saca unas llaves.

Al entrar, enciende las luces de lo que resulta ser un apartamento completamente amueblado. El piso es espectacular, decorado con un gusto impresionante, aunque algo impersonal.

—¿Esto qué es?

—He alquilado este piso.

En ese momento me agarra de la cintura llevándome hacia la pared. No me deja tiempo para replicar, ni reaccionar, posiblemente por miedo a que pueda reprocharle algo. Posa sus labios en los míos con una furia y deseo que no me esperaba continuando con lo que yo inicié en el ascensor. Mi cuerpo reacciona de inmediato y le devuelvo el beso con la misma fuerza. Nuestras lenguas no tardan en encontrarse y reconocerse. Comienzo a quitarle la camisa o al menos lo intento ya que mis dedos se vuelven torpes y lentos de los nervios que siento y a pesar de ello lo logro, pasando la mano por su torso semi desnudo. Él baja sus manos a mis pantalones, y con mucha precisión y lentitud comenzó a bajármelos.

—Tranquila, fierecilla, tenemos toda la noche por delante —sé que está sonriendo, pero su voz suena oscura, puro pecado.

De mi boca sale un suspiro de frustración y él vuelve a besarme mientras me guiaba a lo que supongo es el dormitorio principal. Este tiene las paredes de un color azul cielo. En el centro de esta hay una cama enorme y blanca. Me acerco a ella y me sienta en el filo, se coloca detrás de mí y aparta mi pelo, ese que me he dejado suelto a propósito para él. Deja un reguero de sensuales besos por

mi cuello. Sus manos comienzan a bajar la cremallera de mi corsé y me tumba en la cama dejándome totalmente expuesta a su mirada. Solo llevo el tanga de encaje negro que me había puesto para esta ocasión. De pie frente a mí, sin la camiseta que le he quitado minutos antes y empieza a quitarse el pantalón muy lentamente, dejando que disfrute del momento.

Un calor intenso empieza a recorrer mi cuerpo al verlo totalmente desnudo delante de mí. Se tiende a mi lado y agarrándome por la cintura con manos firmes, me coloca encima con su miembro totalmente excitado y preparado para lo que iba a suceder. Comienza a acariciarme mientras sus labios me besaban el cuello, bajando hasta encontrarse con mis pechos, ya duros de la excitación que estoy sintiendo. Se entretiene con ellos, jugaba con su lengua y sus dientes, imprimiendo la fuerza necesaria para que de mis labios no paren de salir gemidos de placer mientras mis manos acarician su cuerpo dejando una estela de fuego grabada. Soy bastante consciente de su miembro duro friccionando contra mí una y otra vez excitándome, preparándome para su invasión. Su lengua se aparta lentamente de mis pezones girándonos a los dos, quedando sobre mí y comienza a bajar poco a poco hasta mi ombligo. Ya no puedo concentrarme en otra cosa que no sea él, sentir sus labios y las suaves yemas de sus dedos acariciando cada rincón de mi cuerpo como si deseara grabar en su mente cada centímetro de mi cuerpo.

Lleva sus manos hacia mis caderas y las presiona suavemente acercándome más a él, eliminando cualquier resquicio por el que el aire pudiera pasar. Ya no puedo aguantar, lo necesitaba dentro de mí. El fuego de mi interior me estaba devastando y mis caderas se mueven a voluntad y a imprimir más rapidez y fuerza a mis movimientos, llamándolo para que se introduzca en mi interior, incapaz como soy de pedirselo con palabras. Cuando nota que yo ya no podía más, baja sus manos por mis nalgas, buscando la humedad de mi sexo.

—Ella, estás muy mojada.

Su rostro muestra una increíble satisfacción provocando que jadeé, incapaz de evitarlo. Mi sexo comienza a temblar, anhelando

tenerlo dentro.

—André, ¡¿a qué esperas?! No aguanto más.

Nada más escucharme se introduce dentro de mí de una estocada, sin miramientos, aumentando el deseo y el fuego que me consume. De mi garganta sale un grito de placer inesperado. Su miembro duro se acopla dentro de mí a la perfección, llenándome al completo.

Comienza con movimientos lentos y pausados buscando el máximo placer de los dos, sus manos no paran de acariciar mi cuerpo y su boca sale al encuentro de la mía en un beso dulce y apasionado. Su pene sale muy lentamente hasta dejarlo casi fuera para luego volver a meterse dentro de mí, y así repetidas veces. Poco a poco comienza a imprimir más fuerza a sus movimientos llevándome al límite, a alcanzar un placer que hasta ahora desconocía, que nunca había sentido y que necesito con todas mis fuerzas para saciar y mitigar el fuego y el deseo que me va devorando con la fuerza de un huracán.

—André, no puedo más, me voy a correr —Me falta la respiración, estoy a punto de perder la cordura.

—Hazlo, cariño. Quiero correrme contigo. Venga, preciosa, necesito oírte gritar.

Al escucharle llamarme así no aguante, me fue imposible seguir retrasándolo. Los dos explotamos a la vez, gritando nuestros nombres. Fue increíble, como llegar al cielo y tocarlo con la punta de los dedos, nunca me he sentido así con ningún hombre antes de él.

Me dejo caer en la almohada totalmente derrotada y con una sonrisa en el rostro. André cae a mi lado y comienza a acariciarme el cabello, húmedo del esfuerzo.

—Ella...

—¿Dime? —me giro de lado quedando pegada a su cuerpo acariciando su brazo con la yema de los dedos.

—Quédate esta noche, pásala conmigo.

Mis ojos se abren como platos y en sus labios asoma una sonrisa de esas que tienen los niños que nunca han roto un plato. No puedo decirle que no, pues en realidad no quiero irme a ninguna parte,

quiero pasar la noche con él y que sea lo primero que vea al despertar.

Descansamos un rato en el cual esta abrazado a mí, acariciando mi cuerpo. Volvimos a la carga un par de veces más, tan increíbles como la primera, y después caemos rendidos los dos. Pasamos la noche abrazados, algo nuevo para mí pero que no me desagradó en nada.

Sabía que estaba soñando. Me encontraba en el mismo almacén de las últimas noches. Al fondo de este había una chica, la misma de todas las noches desde que empezó todo esto, pero esta vez había algo distinto. Comencé a avanzar hacia ella, podía ver su rostro. Me puse la mano en la boca. La chica de mis sueños era la víctima dos, Kimberly. En ese momento entró el hombre que la torturaba cada noche en mis sueños y comenzó a hacer lo mismo de siempre. La torturaba sin piedad, la castigaba por algo. Había mucha rabia y crueldad en lo que le hacía. De repente, vi que después de la tortura la arrastraban con las manos atadas al exterior del almacén y la metían en una fosa llena de serpientes venenosas. Sabía que no podía hacer nada por ella, pero no pude evitarlo e intenté sacarla de allí. Por sus mejillas no paraban de caer lágrimas de desesperación, ella sabía que no saldría de ahí con vida. Entonces lo oí. De sus labios solo salió una palabra, más bien un nombre: «André».

Despierto de golpe y comienzo a gritar llevada por todo el dolor que Kimberly sintió en sus últimos momentos de vida, al igual que me ha pasado las últimas noches desde que aquello comenzó.

André se despierta y me agarra por los brazos en un intento por calmarme.

—Ella, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

—Te conoce —Se perfectamente lo que reflejaba mi cara, pues es exactamente lo mismo que refleja la suya al oír lo que acabo de decir—. La he visto muy claramente. Era Kimberly, la segunda víctima. Te conocía.

—Ella, tranquilízate.

—No, ¡me has mentido! Ahora todo comienza a encajar ¿Qué te unía a ella? Cuéntamelo ya y no más mentiras André.

Estoy histérica, no puedo dejar de gritar, y cada vez me voy alejando más de él. André intenta acercarse a mí. Solo llevaba los calzoncillos, y yo llevaba su camiseta.

—Si te calmas te lo explicaré todo.

—Me has mentido. Me hiciste prometerte que no habría secretos entre nosotros, que no nos ocultaríamos nada que tuviera que ver con el caso.

—Sí, te lo hice prometer, pero esto no tiene que ver solo con el caso, también implica una parte de mi vida.

—¿Cómo es posible que estés en el caso? No entiendo... por eso... ahora entiendo su advertencia, ella sabía que tu estarías en el caso desde el principio, que ya estabas tras su asesino.

Poco a poco me voy relajando y mi mente va aclarándose, saliendo del sueño, rellenando muchas de las lagunas que me torturaban al no dar con la verdad. Se que él no es el culpable de la muerte de Kimberly ni de las demás víctimas, ya me lo habrían mostrado. Él es mi conexión con el alma de ella, pero no puedo evitar el cabreo que tengo por lo que me ha ocultado. Me ha mentido, ocultado información importante para el caso y para mi cordura y era muy consciente de lo que estaba haciendo y de cómo me devanaba los sesos intentando dar con esa pieza que se me escapaba. Veo como se levanta y se dirige a la cocina, al poco vuelve con dos infusiones.

Capítulo VII



Se acerca a mí tendiéndome la taza de té. A continuación, desplazo un pequeño sofá que había en la habitación, en el cual yo no había reparado antes, colocándolo delante de mí. Se sienta en él y espera pacientemente a que me calme, una vez se da cuenta de que mi expresión y mi cuerpo se han relajado me mira y comienza a explicármelo.

—Sí, tengo una conexión directa con Kimberly, ella era mi hermana —No se por qué pero no me sorprende el vínculo existente entre ellos—. Davis era su apellido de casada, el cual decidió conservar aun después de perder a su familia.

—¿Cómo es que estás en el caso? ¿Has ocultado esta información a tus jefes?

Un escalofrío recorre mi cuerpo, en ese momento un intenso frío se instala en la habitación y veo como André se estremece, aunque parece no relacionarlo con su hermana. Comienzo por mirar a todos lados, se perfectamente que ya no estamos solos. André se levanta dirigiéndose hacia el armario y agarra una camiseta mientras yo me coloco la manta para no sentir el frío. En ese momento veo como Kimberly muestra ante mí y se sienta a mi lado. No quiero decirle nada hasta que me cuente todo lo sucedido, no sé por qué, pero así es. Ella me mira y sonrío con pena mientras las lágrimas surcan su rostro, hay tristeza y arrepentimiento en sus ojos, ahora me doy cuenta de que son los mismos, con el mismo azul intenso y oscuro que luce André.

—Estoy en el caso porque no me dejo arrastrar por lo que siento, porque amo mi trabajo y mi manera de razonar ha sido siempre muy acertada. Pero, si me lo permites, te lo contaré todo desde el principio —Asiento intentando aparentar una tranquilidad que no poseo en ese momento y me llevo la taza a los labios—. Desde muy

pequeño he tenido muy claro que llegaría al FBI, ese siempre fue mi sueño. Mi padre era policía, y mi abuelo antes que él. Entré muy joven en el cuerpo y en pocos años ya era agente en Washington, lo que hizo que me alejara bastante de mi familia. A los pocos años de ingresar como agente de campo mi madre murió de cáncer y no pude ir a su entierro, algo que Kimberly nunca pudo perdonarme. Hacía bastantes años que mi padre había fallecido, y mi hermana se hizo cargo de mi madre desde entonces. Si no me hubiera llamado mi cuñado, nunca me hubiera enterado de que tenía una sobrina. Me llamó cuando estaban en el hospital. A partir de ese momento, intenté un acercamiento a lo que quedaba de mi familia. Nada más tener en mis manos a esa pequeña criatura, tan bonita, y que era la viva imagen de mi hermana, decidí intentar formar parte de su vida y recuperar el amor de mi hermana.

» A los cinco años de nacer la pequeña, un trágico accidente se llevó la vida de la pequeña y de mi cuñado. Fue un duro golpe para mi hermana del cual nunca logró recuperarse, hasta el punto de que intentó quitarse la vida un par de veces y me vi en la obligación de ingresarla en un hospital. Un tiempo después, Kimberly reaccionó y la dejaron salir para rehacer su vida, pero había cambiado, no era la misma mujer enérgica y trabajadora con la que yo me crie.

No soy capaz de apartar la vista de él. Sus ojos muestran una inmensa tristeza mientras recuerda todo lo sucedido con su familia. Se había quedado solo y lo único que desea es era vengar la muerte de su hermana, no en realidad es justicia lo que busca, puedo verlo en sus ojos.

—¿Cuándo desapareció? ¿Se puso en contacto contigo en algún momento?

—Sí, unos meses después de salir del hospital me dijo que necesitaba un tiempo para ella, que no me preocupara —exactamente igual que el resto de las víctimas que conocemos—, que estaría bien y volvería a ser la misma Kimberly de siempre. Yo me confié, le quise ofrecer el beneficio de la duda, se la notaba decidida.

En ese momento las lágrimas comienzan a resbalar por su rostro. Lleva un buen rato conteniéndose y al final no aguanto más. Me

levanto de la cama, dejando a Kimberly allí sentada sin poder apartar la mirada de su hermano. Los dos reflejan tanta tristeza, no se han podido despedir y ha quedado mucho por hablar entre ellos dos. Me inclino delante de él.

—Resolveremos esto y le daremos descanso al alma de tu hermana los dos juntos, André.

Toda la tensión que lleva acumulada surge en ese momento desplegándose como la niebla de Londres, cubriéndolo todo. Se pasa las manos por el pelo, algo que hace cuando se siente frustrado, lo cual no es muy a menudo. Miro hacia Kimberly, la cual sigue al borde de la cama, donde la he dejado segundos antes. En mi mente escucho su voz claramente por primera vez:

«No tendría que culparse por lo que sucedió, no fue culpa de nadie. Ahora empiezo a entenderlo. Todo se precipitó, no era mi momento, y necesito que lo atrapéis y poder descansar en paz».

—No tendría que haberla dejado en aquel hospital, debería haberme hecho cargo yo de ella, pedir una excedencia y haberla cuidado.

Hay estaba la culpa que lo consumía y de la que Kimberly me estaba hablando. La culpa del superviviente pues él es lo único que queda de la familia que eran.

—André, no puedes culparte por lo que le pasó a tu hermana. Tampoco fue culpa de ella. Cayó en manos de una secta, seguramente la tendrían en su mira desde hacía bastante tiempo. Funcionan así y lo sabes tan bien como yo. Culparte de lo que sucedió no sirve de nada, no ayuda y ahora estas haciendo algo. Los dos sabemos que no vas a parar, que no descansarás hasta que des con el asesino de tu hermana y te acompañare hasta el final.

Se levanta de golpe sorprendiéndome, arrastrándome con él y no puedo evitar mirar hacia donde se encuentra su hermana que desapareció ante mis ojos, seguramente para darnos intimidad. Muy despacio comienza a besarme, dejándose llevar por todo lo que siente en ese momento, las emociones que he despertado y desatado con mis reproches y que no sabe cómo manejar. Mi boca se abre automáticamente para recibirlo y mi lengua sale impaciente

a su encuentro, reconociendo su sabor inmediatamente. De lo más profundo de mi interior sale un gemido de placer. Tan solo con un beso ya estoy preparada y húmeda, deseando que se hunda dentro de mí. Muy despacio, me lleva hacia la cama, colocándose encima de mí. Baja su mano para tantear si estoy lo bastante húmeda para introducirse en mí logrando que con su contacto todo mi cuerpo se tense. Su rostro refleja sorpresa que acompaña de una amplia sonrisa socarrona al notar que así es.

—Ella, necesito entrar ya, no puedo aguantar más.

Su rostro refleja la necesidad y la impaciencia que yo misma estoy sintiendo. Alzo mis manos hacia su rostro y lo arrastro hacia mí besándolo con pasión. Inmediatamente entiende que yo también lo deseo. Se lleva la mano a su miembro duro, guiándolo muy despacio e introduciéndose en mí muy lentamente, logrando que el placer aumente hasta el punto de que pequeñas perlas de sudor comiencen a surcar mi rostro. Una vez su miembro entra por completo dentro de mí, comienza una lenta danza a la que mis caderas le siguen completamente a él. Poco a poco aumenta el ritmo de sus embestidas y el sudor surca nuestra piel como pequeñas lagrimas que recorren cada centímetro de nuestros cuerpos.

Yo ya estoy lista para el orgasmo devastador que iba creciendo en mi interior con cada nuevo embite de su cuerpo en el que su miembro se hunde más en mi interior. Al darse cuenta, vuelve a aminorar el ritmo enganchando su mirada a la mía mostrando una nueva sonrisa de esas que me hacen perder la cordura. Me está torturando, matándome de placer poco a poco. Baja su mano en una lenta y sinuosa caricia hacia mis pechos y con las yemas de sus dedos comienza a torturar mi pezón sin otorgarle una tregua. Tras lo que me parece una eternidad sumida en el placer de la tortura a la que me somete con mi pezón en su boca y sus fuertes embestidas empieza a acelerar nuevamente agarrando mi pecho metiéndose el otro presionándolo ligeramente con los labios arrancándome un nuevo gemido de placer.

—André... —Me falta la respiración. Me ha llevado al límite y mi cuerpo clama por liberarse—. Hazlo, necesito que te corras

conmigo.

Clava sus ojos en los míos, nublados por la pasión del momento. Una sonrisa de medio lado surca su rostro al ver que ya no puedo más, que soy incapaz de hilvanar dos palabras que suenen coherentes a causa del placer y de la necesidad de liberación.

—Hazlo, Ella, ¡Ya!

Mi cuerpo reacciona inmediatamente a su orden. Cerrando los ojos, el placer que arrasa nuestros sentidos es como poco increíble. Caemos cada uno a un lado permitiendo que nuestros cuerpos no dejen de tocarse el uno al otro con nuestras respiraciones entrecortadas. André se coloca sobre mí a continuación, arrellanándose con sus brazos a mi alrededor en un abrazo de necesidad.

—No quiero separarme nunca de ti.

Sus palabras llegan a mi como una suplica que despierta en mi interior una enorme pena y la más inmensa de las alegrías.

—Pero cuando esto acabe y atrapemos al asesino de tu hermana, tú te irás.

—Eso no tiene por qué ser así, Ella.

Me giro de cara a él con cuidado de que no me suelte y me aparte de entre sus brazos. Estoy tan a gusto que no quiero que este momento se acabe nunca. Noto que se pone nervioso esperando una respuesta, algo por mi parte.

—¿Tú sabes lo que estás diciendo? —Imprimí a mi voz más fuerza de la que yo pretendía. Respiré hondo e intento explicarme —. Uno de los dos tendría que dejar su carrera, su casa, empezar en un sitio nuevo. ¿Estás seguro, André, de todo lo que implica eso? No hace ni un mes que nos conocemos.

De pronto me acuerdo de Kimberly y comienzo a buscarla sin recordar que se fue justo antes de que nos dejáramos llevar por la pasión. «Espero que se fuera antes de que me besara. Joder, qué vergüenza».

—¿Qué buscas?

—Yo... Esto, nada.

Me pongo colorada de golpe, pero en ese momento me salva el bendito teléfono. ¿Cómo le explico lo que ha pasado? Cuando tenga

un rato a solas probaré a llamarla y así hablar con ella, a ver si puede recordar algo de lo que le pasó, o algún detalle que no pueda definir en lo que le sucedió el día que perdió la vida.

El teléfono sigue insistiendo y lo agarro antes de que la melodía de *Applause* de Lady Gaga me vuelva majara.

De pronto lo noto detrás de mí. Pasa su mano por mi cintura, acercándose a él, y comienza a darme pequeños besos por el cuello, apartando mi cabello con mucho cuidado mientras hago un gran esfuerzo por concentrarme en lo que Scott está diciéndome al otro lado de la línea, lo que no ha resultado nada sencillo. Me giro a él muy serio y cuelgo el teléfono.

—Tenemos trabajo.

—¿Ha pasado algo? —Me mira muy serio, pero no me suelta—. ¿Quién era?

—Scott. Han identificado la huella parcial que había en el cuerpo de Cinthia Cole. Ya han pedido una orden de registro y nos están esperando. Por lo visto, no han podido localizarte.

Alzo los brazos alrededor de su cuello y le doy un efímero beso en los labios.

—Creo que va siendo hora de vestirnos. Tengo que pasar por mi casa y ponerme algo más adecuado para una redada —le digo alejándome de él para agarrar la ropa que llevaba anoche en la disco, por suerte se me ocurrió llevar unos vaqueros y no un vestido.

De golpe me agarra de la nuca sin previo aviso y estampa su boca en la mía en un beso que me deja temblando de los pies a la cabeza. Su lengua se abre paso con violencia al encuentro de la mía y mis ojos se cierran para disfrutar de ese momento por completo. Cuando se aleja unos centímetros de mí, dando por terminado ese arrebatado de pasión inesperado, en sus ojos se reflejaba un brillo especial.

—En el armario hay algunos suéteres que te pueden servir —Una sonrisa pícara se dibuja en su rostro—. No pretenderás que te lleve con esas pintas hasta tu casa. Tengo una reputación que mantener.

Me voy directa hacia la cama y le lanzo la almohada con premeditación y alevosía mientras él se dirige al baño. Se gira y me guiña un ojo a la vez que yo le saco la lengua, y cierra la puerta al

entrar. Me encamino al armario empotrado que me ha indicado para encontrar algo que me quede más o menos decente, ya que la mañana parece haber amanecido bastante fresca y anoche no es que fuera muy abrigada que se dijera. El apartamento que ha alquilado, creo que para darme una sorpresa y dejarme claras las intenciones que me ha expresado hace menos de una hora, no está muy lejos de mi casa, y posiblemente iremos dando un paseo hasta ella. Al abrir el armario no puedo evitar sorprenderme y permitir que una sonrisa se dibuje en mi rostro sin terminar de creérmelo. Aparte de las dimensiones de este, que ya de por sí son sorprendentes, está a rebosar de su ropa. Da la impresión de que todo esto ya lo tenía planeado desde hacía tiempo, ya que de ayer a hoy no le era posible haberlo empaquetado todo y hacer que se lo mandasen. No puedo evitar ponerme nerviosa ante la idea de lo que supone todo esto y lo claro que parece tenerlo. Todo esto empieza a coger una velocidad y dimensión increíble y no estoy segura de adónde nos puede llevar, lo que si tengo claro es lo que siento cuando estoy con él y que deseo con todas mis fuerzas que no se acabe algo que... si me paro a pensar, no tiene sentido, no cuando hace tan solo unas semanas que nos conocemos.

—¿Encontraste algo? —me sobresalto al escucharlo hablarme desde el baño, es evidente que ya ha salido de la ducha y yo aún no he encontrado un jersey que ponerme—. En nada estoy fuera, te acompaño a tu casa dando un paseo y de camino a la comisaria desayunamos algo.

«Qué narices, tengo claro lo que siento y quiero que esto vaya más lejos, pero no pienso arrepentirme de lo que pueda pasar entre nosotros si al final decide marcharse pienso disfrutar cada segundo de lo que me hace sentir cuando estoy cerca de él. Lo que tenga que pasar, pasará».

—Sí, tranquilo, ya encontré algo que ponerme — le respondo agarrando un suéter universitario que hay frente a mis narices y que me queda al menos dos tallas más grandes.

Al verlo con la toalla alrededor de la cintura, con ese increíble torso al descubierto, no puedo evitar encenderme otra vez, aun no se ni como he aguantado hasta ahora. Al paso que van las cosas,

comienzo a verlo más como una adicción de la que me va a ser muy difícil desprenderme. Al verme, ese brillo en sus ojos volvió a aparecer y muy despacio, fue acercándose a mí, sobre todo si al final no...

—Estás impresionante con mi ropa —se coloca detrás de mí y comienza a pasar sus manos por mi espalda, bajando lentamente—. Creo que te lo voy a quitar ahora mismo.

—No, no, recuerda que tenemos prisa —Paso mi lengua muy despacio por sus labios incitándolo pues, aunque intento resistirme es lo que más deseo que haga—. Tenemos una redada en menos de dos horas y tengo, no, necesito pasar por mi piso.

—Lo haremos de la siguiente manera —se aparta de mí intentando igual que yo resistirse—. Tú ves para tu casa y te cambias. Yo iré a por el coche y te recojo en una hora aproximadamente.

Me pareció buena idea y me daría tiempo de coger algo de aire y recuperarme de todo, de lo que siento, de lo que provoca en mí y que me asusta pues no soy capaz de controlarlo.

Nos despedimos en el portal y me dirijo a mi casa con paso rápido. Al llegar no puedo creer lo que estoy viendo. Nelson está esperándome en el portal con la misma ropa que llevaba cuando lo vimos en la discoteca, lleva una botella de alcohol en la mano y a sus pies hay varias más vacías. Esto ya raya el acoso y la desesperación, lo que menos me esperaba de él es este tipo de comportamiento.

—¿Qué haces aquí? —sigo caminando hacia mi piso a pesar de que al verme se encamina hacia mí con paso torpe, seguramente por la borrachera que arrastra.

—Necesito hablar contigo. No quiero que tengas una imagen de mí que no es por lo de anoche.

—Lo que pasó anoche habla por sí solo, Nelson, y esto —lo señalo sin andarme con miramientos—, es mucho peor. No es el momento ni el lugar más adecuado para hablar.

—Lo sé, Ella, pero no podía esperar. ¿De dónde vienes con esas pintas? ¿No has dormido en tu casa?

En un principio su rostro mostraba arrepentimiento por lo pasado anoche, pero al fijarse en mi vestimenta eso estaba cambiando y yo cada vez estoy más cabreada ya que no tengo porque aguantar estas escenas de celos con las que me deleita como ahora mismo.

—¿A qué viene esa pregunta? Ni eres mi padre, ni mi novio, no eres nada mío y lo que yo haga con mi vida a ti ni te va ni te viene —Estoy comenzando a alzar la voz, soy muy consciente de ello y de que la mayoría de los vecinos saldrán para saber qué es lo que está pasando, pero ya no me importa nada, mucho menos las apariencias—. ¿Lo entiendes?

—Has pasado la noche con ese tío, ¿verdad?

—Te estás extralimitando, tú no eres nadie.

—Ese tío solo quiere estar entretenido el tiempo que este aquí. Solo eres un polvo rápido.

—Quieres decir... ¿Como lo fuiste tú para mí? —una sonrisa maléfica a soma a mi rostro dejándole claro que este juego no lo va a ganar, este y ninguno.

—Te estás pasando, Ella —Su rostro comienza a mostrar el cabreo que siente, a pasar a un rojo furia.

—Tú has empezado —sé que no estoy midiendo las consecuencias, pero no aguanto más, estoy hasta las narices de tener que contener la ira y él se ha convertido en el punto de mira de toda la mierda que estoy soportando—. Yo te he invitado a que lo dejaras estar, ahora atente a las consecuencias.

En ese momento viene hacia mí hecho una furia y me coge de las manos, echándomelas hacia atrás con una sola de las suyas acorralándome contra la pared de mi edificio. Con la otra me agarra del rostro con furia y me besa como si yo le perteneciera y nada ni nadie fuera a cambiar eso, con agresividad hasta que siento la sangre en mi boca.

Mi reacción es inmediata y alzó la pierna con todas mis fuerzas, propinándole un rodillazo en los huevos. Él cae de inmediato al suelo, sujetándose sus partes y soltando una inmensa retahíla de insultos hacia mí. Justo cuando paso por su lado para subir a mi casa dando aquello por zanjado me agarra del tobillo, tirándome al suelo y colocándose encima de mí. Veo como alza el brazo

preparándose para pegarme y no puedo evitar encogerme a pesar de que me tiene acorralada. En ese mismo momento aparece André, y agarrándolo de la muñeca lo frena.

—Inténtalo y no quedará nada de ti —Su cara solo expresa furia, la misma que yo siento devorándome por dentro—. Venga, hazlo, me muero de ganas ¿Ahora no te atreves? No es lo mismo, es más fácil contra una mujer ¿es eso?

—No, André, no lo hagas. No vale la pena —lo ha alzado y lo tiene agarrado del cuello alzándolo un palmo del suelo dispuesto a darle una paliza.

Me levanto tan rápido como puedo ya que el golpe que he recibido en la espalda al caer me ha provocado algún tipo de lesión. Intento agarrar a André del brazo intentando apartarlo y que lo dejara estar, pero Nelson no se da por vencido y me agarra del brazo para tenerme controlada tras deshacerse del agarre de él.

—Tú eres mía, me perteneces.

Cierro el puño, que impacta directamente contra su estómago, doblándolo por la mitad. Con el pie le hago un barrido, tirándolo sin esfuerzo al suelo, poniéndome encima de él y cogiéndolo por el cuello de la camisa a pesar de tener a André pegado a mi.

—Eso quién lo dice, ¿tú? Una polla floja que no sirve ni para moverse en la cama. Ahora, atrévete a decirle algo al capitán, y no te matara él —Me vuelvo a mirar a André el cual parece no creerse nada de lo que está presenciando, pero si algo le ha quedado claro es que no soy de esas mujeres que desesperan por dar con un príncipe que las defienda. Vuelvo a centrar mi mirada en Nelson quien tiene los ojos muy abiertos y sangra por la comisura del labio—. Lo haré yo misma ¿Lo entiendes? No vuelvas a acercarte a mí, ni siquiera me dirijas la palabra si quieres continuar siendo policía.

Me incorporo y agarro a André de la mano para dirigirnos a mi apartamento dejándolo allí tirado como la mierda que es en realidad.

Nelson se comienza a incorporar y en su rostro se dibuja una media sonrisa que muestra una maldad que no he visto nunca en él. En ese momento me doy cuenta de que no es el Nelson que yo había conocido, esta cambiado.

—Da igual lo que hagas o lo que digas, serás mía. Tú no lo sabes todavía, pero cuando todo acabe tú estarás conmigo.

—¡Vete a la mierda, Nelson! Y no se te ocurra volver a acercarte a mí nunca más. Entre nosotros ya no queda ni siquiera amistad, tú te lo has buscado con todo esto.

Empuje a André y nos fuimos directos a mi casa. Este todavía no se creía lo que había pasado. El día nos deparaba muchas más sorpresas, aparte de la que me acababa de llevar, y ya llegábamos tarde.



Todavía no hemos hablado de nada de lo que ha pasado y tampoco tengo idea de que puedo decirle, no creo que sea una conversación agradable para ninguno de los dos aun siendo conscientes de que antes de conocernos habíamos tenido otras parejas, un pasado que a mí me la ha jugado a base de bien.

André es quien conduce con toda su atención puesta en la carretera de camino a la dirección que nos había pasado Leroy. En el piso se mantuvo en el salón esperándome mientras me vestía, me puse ropa cómoda para la redada: unos pantalones vaqueros de cintura baja y una camiseta que dejaba la mitad de la espalda al aire, además de ponerme unas botas de tacón bajo, negras. Nada más verme se quedó sin aliento aunque no pronuncio palabra alguna y ello me arranco una sonrisa pícara pue me había recogido el pelo en una coleta alta y me había pintado un poco los ojos.

No soy de las que se pintan, pero desde que apareció en mi vida estaba resurgiendo esa parte femenina que siempre he tenido relegada a un segundo plano por mi trabajo.

Nada más llegar al sitio ya está todo dispuesto para comenzar. Scott nos está esperando con los chalecos preparados. Me lo puse, cogí mi HK y comprobé que todo estaba en condiciones al igual que él.

André estaba en esas cuando vemos aparecer a Nelson, el cual viene hacia nosotros con el labio partido, pero con la cabeza en alto y esa sonrisa que tanto asco ha empezado a darme.

—No te quiero aquí —le suelta André con cara de pocos amigos nada más lo tiene delante.

—No te queda de otra —su sonrisa se acentúa aún más seguro de poder quedar por encima de él, no sabe lo equivocado que esta si eso es lo que cree—. El capitán me ha mandado como apoyo.

—Me da igual lo que te haya ordenado tu capitán, soy tu superior en esta misión y te quiero fuera, en la parte de atrás por si consigue escaparse.

—No, voy dentro con vosotros. ¿Quién me dice que no eres un inepto y consigues que la maten?

André va directo a él, acortando la distancia como un rayo y lo agarra por la pechera. La cara de Nelson cambia del golpe y Scott coge a André por el hombro para intentar pararlo.

—Tú harás lo que yo te diga o conseguiré que te pases lo que te queda de carrera dirigiendo el tráfico en algún pueblo perdido de la mano de Dios. El que no se fía ni un pelo de que no salgamos heridos soy yo si entras con nosotros —Como no lo suelta a pesar de los intentos de Scott, dejo escapar un bufido y decido meterme en medio cogiendo a André del brazo para intentar calmarlo—. Si tienes alguna queja ya sabes, ve directo a la comisaria y ten los cojones de poner una queja, eso si te advierto que no te dejes ni un solo detalle en el informe o las consecuencias... Queda muy claro que aquí no te queremos así que haznos un favor a todos y lárgate, seguro que hay algún informe que debas de rellenar.

Scott comenzaba a estar incómodo con todo lo que se está diciendo, no entendía lo que estaba pasando, pero no es tonto y se nota que es claramente algo personal por lo que centra su mirada en mi a pesar de que yo la evito para no sentirme más incómoda de lo que lo estoy ya.

André lo soltó tras esas palabras y se colocó cubriéndome parcialmente a la espera de que tomara la decisión más acertada, aunque yo sabía que no lo haría pues Nelson no es de los que se deja vencer tan fácilmente y estoy segura de que no le tiene miedo.

Soy muy consciente de que nos estamos conociendo, que hay muchas cosas que no sabemos el uno del otro, pero esa parte protectora suya me está sacando de mis casillas, me hace sentir como una princesita en apuros y nunca me he sentido de esa forma por mal que lo haya pasado. Estoy bastante capacitada para defenderme yo solita, y creo que se lo he demostrado ya, aunque parece no darse por enterado.

Nelson, sin decir nada, se va directo a ocupar el lugar que André le ha indicado. No dijo nada al respecto, pero no está dispuesto a irse tal y como yo imaginaba. Todos nos disponemos a hacer lo que debemos cada uno intentando dejar de lado la escenita que hemos protagonizado y que la gran mayoría de mis compañeros han presenciado.

André dispuso todo y comenzó a dar órdenes específicas a cada uno dejando muy claro que la prioridad es atrapar al sujeto con vida pues es muy posible que tan solo sea un peón al que podamos sacarle algo de información valiosa.

Nosotros dos seremos los que iremos por delante.

Subimos al cuarto piso y tocamos a la puerta. Llevábamos con nosotros a cuatro compañeros más, entre ellos a Scott, y hay un par de hombre por planta por si consigue escapar. Además, Nelson está en el callejón de atrás, aunque pensar en eso solo acrecienta el mal presentimiento que ha comenzado a crecer en mi interior. En ese momento siento su presencia, Kimberly estaba a mi lado y su rostro no me augura nada bueno por lo que le sonrió, no se cuál de las dos parece más nerviosa y preocupada.

—¿Qué haces aquí? —Puedo comunicarme con la mente, algo que aprendí después de tener más de un problema por hablar con ellas por la calle o en sitios con más personas vivas—. ¿Pasa algo, Kimberly?

—No te fíes, Ella. Esto no va a acabar bien.

Su rostro reflejaba pena y miedo. Un escalofrío recorre mi espina dorsal al escucharla lo que vuelve más real mi presentimiento y supe que ella tiene razón que el miedo que siente y que despierta en mí no es infundado o provocado por lo que acaba de suceder.

—¿Pasa algo, Ella? —Es André el que me hablaba, y Kimberly se gira hacia él con una inmensa pena en su rostro—. Céntrate, es peligroso y necesito que estés al cien por cien.

—Sí, tranquilo, no va a pasarme nada. Pero tú ten cuidado, ¿vale? —En su rostro surge esa sonrisa socarrona, haciendo que mi cuerpo desee volver a tenerlo tendido en mi cama, dentro de mí y pasar de todo eso, de la redada, de las muertes... siempre he sabido que tengo una vena egoísta, aunque nada he poseído nada con el suficiente valor para que salga a la luz.

Me guiña un ojo y pasa a la acción tras darse cuenta de mi preocupación por él.

—Malvin Harris, somos la policía.

No se oye nada dentro de la casa lo que no quiere decir que no esté dentro, a lo mejor intenta pasar desapercibido para poder escapar. André le da la señal a Scott, que procede a abrir la puerta con el ariete que sostiene, lográndolo de un solo golpe. Primero entra André y yo detrás de él, con las armas dispuestas por lo que pueda pasar dentro. Cubrimos las habitaciones, caminando por el pasillo hacia el dentro de la casa que no es otro que el salón, y nos lo encontramos intentando salir por la escalera de incendios a toda prisa y con una especie de caja entre las manos.

—Alto, Harris, está detenido. Deténgase y levante las manos muy despacio —Es André quien le da el alto al ser el agente de rango superior.

Este saca un arma y todo paso muy deprisa. Comienza a disparar sin un objetivo claro, tan solo con la idea de herir al máximo de agentes y poder escapar. Cuando sus ojos se cruzan con los míos, una asquerosa sonrisa sale de él, enseñando unos dientes horribles. Me apunta con el arma, pero no me dispara, simplemente sale por la ventana a toda velocidad.

Es un tío bajo con el pelo castaño y con una barriga descuidada, de esas que muestran que llevas toda la vida comiendo y bebiendo en exceso. Me giro hacia mis compañeros por si ha causado alguna baja. Estos ya están saliendo a por él y entonces es cuando soy consciente de que André está tirado en el suelo y corro a su lado, necesito asegurarme de que está bien y puede verlo en mis ojos al

mismo tiempo que ese nudo que apretaba con fuerza mi pecho cobra fuerza hasta que lo veo abrir los ojos y sonreír logrando así que afloje y deje de ahogarme.

—Tranquila, no es nada —me dice al ver la preocupación reflejada en mi rostro.

—Pero te ha dado —Yo estoy cada vez más nerviosa.

—Ve a por ese cabrón, y que no se te escape.

Después de asegurarme de que estaba bien salgo por la escalera de incendios, tal y como ha hecho ese maldito. Bajaba los escalones de tres en tres, menos mal que me he puesto un calzado cómodo o no lograría darle alcance. Cuando lo visualizo ya se encuentra a menos de un piso de escapar por lo que me agarró al hierro de la baranda de la escalera saltando para ahorrarme algunos pisos, pero cuando vuelvo a clavar mi mirada en él lo veo despedirse, riéndose a carcajada limpia. No me doy por vencida y vuelvo a saltar cayendo con fuerza en el duro asfalto y salgo corriendo tras el dándome cuenta de que Nelson no está donde debería desobedeciendo órdenes y Harris ya se encuentra demasiado lejos para que le de caza por lo que hago un último intento sacando mi arma e intento apuntar, pero... hay demasiada gente pasando por delante de mí. Comienzo a correr en la misma dirección que ese tío, intentando no perderle, es lo único que me queda mientras informo de la dirección por la que huye, pero unas manzanas después, este tropieza con unas personas que están paseando y ahí puedo cogerlo. Me lanzó a por él placándolo con todas mis fueras y a continuación con violencia lo giro de cara al suelo echándole las manos atrás mientras le aplasto las piernas con mis rodillas. Saco las esposas y se las coloco mientras le leo sus derechos sabiendo, satisfecha, que sea o no sea el causante de las muertes acabara entre rejas por haber disparado a un agente con intención de asesinarlo. Lo levanto con brusquedad y nos dirigimos al coche donde Scott nos espera ya.

—Brutalidad policial —hace un ruido asqueroso relamiéndose los labios a la vez—, qué delicia.

—Sabes que tienes derecho a guardar silencio —le digo advirtiéndole para que cierre la boca y deje de hablar de una vez,

me saca de quicio escucharlo.

—Estás más rica de lo que me habían contado, sería un placer poder meterte la lengua por ese chochito tan delicioso.

Freno mi avance hacia el coche de golpe y con el puño... sin pensar en las consecuencias, las cuales en este precioso instante poco me importan, se lo clavo en el costado derecho.

Me coloco delante de él y le doy un rodillazo en los huevos.

—La próxima te corto la lengua, a ver si así puedes hacer lo que dices.

—Qué violencia, nena. ¿Te han dicho tus fantasmas que me pegaras o ha salido de ti esa ira? Vuelve a pegarme, preciosa, eso me la pone muy dura —dijo como si nada una vez se incorporó mostrando en su rostro el esfuerzo que hacía a causa del dolor.

Lo empujo para que camine y así deshacerme de él lo antes posible. A unos metros me está esperando Scott y se lo paso empujándolo sin miramiento alguno pues es un despojo, no una persona. Respiro hondo, contando hasta diez. No puedo perder los nervios otra vez, pero... ¿Cómo sabe este de mi don? El presentimiento que lleva acosándome desde que esto empezó vuelve a agarrarse a mis tripas otra vez.

Nada más ver que ya ha llegado la ambulancia miro a Scott que con un gesto me indica que vaya, que no me preocupe más. André está sentado en la parte de atrás de esta con una mano sujetándose donde le ha dado. Acelero mis pasos, necesito saber que está bien.

Al verme se levanta y se dirige hacia mí provocando así que acelera mi avance hasta alcanzarlo, necesito tocarlo y comprobar yo misma que está bien.

—No ha sido nada, solo un rasguño —La tensión y preocupación se reflejan en mi cara, aunque él parece estar más preocupado por mí que por su propio bienestar—. ¿Estás bien?

—Yo sí, pero... Te han dado.

Los dos parecemos unos tontos enamorados, preocupados por el otro lo que hace que arranquemos a reír.

—André... —Al oírme nombrarlo su rostro cambia, se estaba poniendo nervioso—. Ese tipejo sabe de mi don. No sé cómo puede saberlo.

—No lo se pero... —se caya lo que iba a decir aunque creo saber que es lo que esta pensando ya que el hecho de que las victimas sean parecidas a mi y ahora que ese tipejo sepa de mi don vincula todo directamente conmigo—. No veo a Nelson ¿Lo has mandado a algún lado? —Niego mientras él hace un esfuerzo por no mostrarme su preocupación cambiando de tema sin tener mucho éxito pues el que Nelson haya desaparecido también es preocupante.

—Ese cabrón no estaba en las escaleras de incendio. Nos la ha jugado, voy a hablar con el capitán de esto y lograré que se lleve un buen castigo, si hubiera hecho su trabajo no habría tenido que arriesgar la vida de civiles inocentes.

La ira vuelve a nacer otra vez desde mis entrañas extendiéndose por todo mi cuerpo. No entiendo qué me está pasando con él, siempre lo he querido como a un hermano, pero tras lo ocurrido... lo que pasó entre nosotros fue un error, pero no me esperaba esto de él. Creí que entre nosotros estaba todo bien y que no había malentendidos, ¡Que equivocada estaba!

—Tranquila —Me dice sin mirarme a los ojos.

—André... Vamos al hospital —No es una pregunta, más bien es una orden lo que sale de mis labios.

—No, estoy bien.

—No estás bien. Mírate, te duele —Intenta ocultar el dolor que le esta causando la herida.

—¡Te he dicho que estoy bien! —alza la voz sin ser consciente de que lo hace, tiene la mente en otra cosa, en otras preocupaciones las cuales desconozco—. Aparte, hay que interrogar a ese cabrón, y no pienso dejarte sola. En unas horas hay que ir a ver lo del curare y tenemos una cita con la dueña de la herboristería.

—Sé cuidarme. Además, no es necesario que acuda sola, tengo a Scott que me puede acompañar. Tú tienes que ir al hospital y descansar.

Intento no alzar la voz para no seguirle el juego y acabar peleándonos, pero me es imposible. Se ha puesto en modo cabezón y yo no soy una niña indefensa como parece querer dar a entender, no soy novata y mucho menos es mi primer caso. Llevo muchos años luchando precisamente para que nadie me tache de

eso. Me fijo en que Kimberly muestra una media sonrisa en su rostro, idéntica a la de André. No se podía discutir que eran hermanos.

—No hay más que discutir, Ella. No voy a dejarte sola.

—*No lo contradigas, será peor. No te va a dejar sola, está preocupado por ti. Ha visto como ese tipo te apuntaba con el arma*

—*Ahora era ella la que me regaña.*

—*¿Tú cómo sabes eso? No estabas ahí en ese momento.*

—*Puedo ver todo lo que hay en tu mente, todos tus recuerdos.*

¡Genial! lo que me faltaba para completar el fabuloso día que estoy teniendo, algo que no esperaba ya que comenzó genial al abrir los ojos y verlo a mi lado. La conexión con ella es más fuerte de lo que me había imaginado y eso solo puede significar una cosa. Mi conexión con André se está fortaleciendo por los lazos de intimidad que estamos creando. Intento desechar esos pensamientos de mi cabeza por el momento, no quiero analizar lo que siento por él precisamente ahora y perderme como una adolescente en mis sentimientos.

Tras discutir con él durante más de media hora al final consigo que se tome lo que el ATS le ha dado para el dolor y que ceda a una nueva cura de la herida a pesar de que para ello nos hemos convertido en la comidilla de toda la comisaria, si el capitán no sabe o no sospecha nada de lo que hay entre nosotros, no tardara mucho en saberlo. Su cara solo reflejaba preocupación por mí y la mía por él, es como el cuento de nunca acabar. Apoyado contra la ambulancia su rostro refleja lo perdido que está en sus pensamientos mientras yo firmo algunos papeles que Scott me ha traído, lo más seguro es que este analizando todo lo sucedido, pero su rostro cambia cuando desde el coche patrulla donde está esposado ese desgraciado se le oye chillar:

—*¡¿Dónde está el chochito moreno?! Solo hablaré con ella.*

André se levanta de la ambulancia como alma que lleva el diablo directo al coche. Por los pelos logro retenerlo, haciéndole un gesto de silencio.

—*¡Chochito! ¿dónde estás? Solo quiero alegrar mi vista con ese cuerpecito tuyo* —Tengo que hacer fuerza para que no se me

escape y acabe agrediéndolo—. Ven, putita, y te contaré todo lo que quieras saber. Seguro que te sorprende.

Capítulo VIII



Ya en la comisaria y después de discutir con André durante más de dos horas en la sala de urgencias del hospital, en el cual le cambiaron el vendaje a regañadientes y después de que le mandaran unos calmantes algo más potentes, me veo obligada a ceder y que sea él quien se encargue del interrogar del sospechoso que hemos atrapado unas horas antes y que parece obsesionado conmigo.

Yo me quedaré detrás del cristal observándolo todo tal y como me ha pedido, no sin tener que luchar por conseguirlo pues se ha puesto en plan superior y solo ha conseguido cabrearme más de lo que ya lo estoy. La bronca había sido descomunal. André no dejaba de argumentar que ese tío es un perverso y que yo no conseguiría sacarle nada. Llegó un momento en que no hablábamos, más bien solo gritábamos los dos, hasta que el capitán Walker apareció callándonos y dándole la razón a él.

Me tocó respirar hondo y seguir los parámetros que me habían enseñado en el curso. Respiré y conté hasta diez. Ya no me quedaba otra que ceder, pues pasó de ser una discusión de dos a una orden directa del capitán. Este traía consigo el expediente del detenido que nos pasó y al que solo pude echarle un ojo, aunque la lista de delitos que ha cometido a lo largo de los años es más extensa que mi lista de la compra mensual.

Malvin Harris, una pieza de cuidado, comenzó sus andaduras a los quince años, con pequeños robos en licorerías. Poco después dio el gran salto a atracos con armas y agresiones graves. Pasó un tiempo encerrado por asesinato en tercer grado y cuando salió, aunque lo pillaron un par de veces, siempre se libraba por causa de algún tecnicismo. Había conseguido un buen abogado, de esos que

no tienen escrúpulos, pero... ¿de dónde sacaba este tipo la pasta para pagar un abogado así?

Me quedo tras el cristal tal y como me han ordenado con los brazos cruzados, soltando un bufido sin importarme que el capitán y André estén hablando a unos metros de donde me encuentro. Creo que me ignoran para no volver a discutir conmigo, algo que era de esperar pues siempre acabo saliéndome con la mía aunque ahora con él aquí lo tengo más complicado. Puedo ver como empieza a ponerse nervioso, lleva ya más de una hora esposado a la mesa y con la calefacción al máximo para desconcertarlo y desconcentrarlo, una técnica que aprendí del capitán el primer día que entre en el cuerpo por lo que aún tenemos una oportunidad de sacarle algo que nos lleve hasta el verdadero cerebro de todo pues si en algo coincidimos los tres sin discusión alguna es que ese tipo no tiene la suficiente sangre fría para llevar a cabo un asesinato tan elaborada, mucho menos cuatro.

En sus ojos puedo ver que se siente muy seguro de sí mismo, tanto que no ha pedido llamar a su abogado. Se le nota cada vez más incómodo y nervioso a la espera de que alguien acuda, pero no tanto como para dar a entender que oculta algo. Él no sabe que lo tenemos grabado saliendo de una cafetería a menos de una manzana de la escena del crimen a la misma hora en la que se debió de colocar a la víctima, mucho menos que lo hemos pillado por cometer el error de dejar una huella en uno de los cuerpos.

—No lo alteres, está muy seguro de sí mismo. Él solito te lo soltará todo si sabes hacerlo — Oigo que le aconseja el capitán cuando André abre la puerta que conecta las dos salas.

—No es la primera vez que hago un interrogatorio — le aclara sonriendo y me mira levantando la ceja, sonriendo socarrón—. Tú quédate aquí y mira cómo se hace.

No pude evitar sonreír, ahora quiere parecer uno de esos chulos que sabe en todo momento lo que se hace. Cada vez estoy más prendida de él, poco a poco me va mostrando todas sus facetas y todas y cada una de estas me gusta más por mucho que me saque de quicio y acabemos discutiendo cada dos por tres, creo que eso es lo que más me gusta pues ninguno nos amedrentamos, no

somos personas pasivas que dejan que el otro se salga con la suya lo que despierta la chispa en mí.

—Vale, aquí me quedo, señor FBI —Le guiño un ojo tras imprimir un tono burlón a mis palabras—. A ver cómo de bien lo haces.

Sale por la puerta que comunica directamente con la sala donde está Malvin esperando con una sonrisa socarrona en ese momento, creo que esperaba verme a mí pues su rostro ha cambiado, ahora está más serio. Entra con la carpeta que le ha dado el capitán Walker en su mano derecha y su amplia sonrisa desplegada. Quiere darme una lección y demostrarme que desde el principio él llevaba la razón ¡A ver cómo lo hace!

—Malvin Harris, ¿sabes por qué estás aquí? —le pregunta iniciando así la conversación o más bien el interrogatorio.

—¿Por multas impagadas? —Harris hace una mueca logrando que André vuelva a sonreír, como si le hiciera gracia la coña que acaba de soltar.

—Muy gracioso, señor Harris. ¿Sabe que va a pasar mucho tiempo a la sombra? ¿Así es como recibe usted a las visitas?

En ese momento André deja la carpeta sobre la mesa y se sienta frente a Harris. Sus movimientos son lentos, estudiados, pretende ponerlo más nervioso de lo que ya lo está. En ningún momento abandona su sonrisa, quiere demostrarle que, diga lo que diga, lo tiene atrapado y que de esta no va a salir ni con el mejor abogado del mundo.

—¿Va a venir a interrogarme la putita que me detuvo? —Harris intenta desviar la conversación de lo importante, sabe como puede llegar a ponerse si me ataca a mí directamente.

—Esa putita, como tú la llamas, tiene más huevos que tú —Aprieta los puños intentando controlar sus ganas de partirle la cara. Respira hondo y abre la carpeta, sacando las imágenes de las víctimas una a una —. ¿Las conoces? Míralas bien, estoy seguro de que las reconoces, aunque ya no sean lo que eran tras las atrocidades que contemplaste, tengo la sensación de que eres de esos a los que les encanta mirar, que solo así se te levanta ¿Me equivoco? —mientras le dice lo que piensa de él va colocando las fotografías de las víctimas delante de él, por orden—. Explícame

que hacías el domingo 18 a una manzana de donde apareció el cuerpo de esta.

Señala la imagen de Cinthia Cole golpeándola repetidas veces. Ya no sonrío, está concentrado en su rostro, esperando que se delaté en cualquier momento.

De repente me doy cuenta de cómo ha comenzado a descender la temperatura, incluso el capitán quien está a mi lado observando todo el interrogatorio lo ha notado y me mira por lo que asiento y él simplemente sale de la sala dejándome sola, bueno, sola no, más bien en compañía de un espíritu que no es otro que el de Kimberly.

—No conozco a ninguna de estas zorras. El domingo yo pasé todo el día en mi casa —Amplia esa asquerosa sonrisa en su rostro y al mirar a Kimberly veo como un gesto de asco se dibuja en su difuminado rostro—, estuve viendo la tele.

—Malvin, tenemos un vídeo que te sitúa en una cafetería a una manzana de donde apareció el cuerpo sin vida de Cinthia Cole una hora antes de que fuera encontrado sin vida. Ahora mismo se están repasando los vídeos próximos a donde se encontraron a todas y cada una de las víctimas. Estoy seguro de que encontraremos cosas muy interesantes en ellos ¿Estás seguro de lo que dices? Yo en tu lugar cambiaría mi cuartada por una más creíble.

—Ahora lo recuerdo. Estuve paseando ese día pues, pobre de mí, sufro de insomnio.

—*Miente.*

Un escalofrío recorre todo mi cuerpo nada más notar la voz aterciopelada de Kimberly en mi mente.

—*Lo sabemos —Intento calmar mis nervios. No entiendo por qué me pongo así cuando la tengo a mi lado—. Aunque no confiese, lo tenemos por disparar a tu hermano.*

—*Necesito que los pilléis, Ella —La tristeza inunda su mirada reflejándose claramente en su rostro—. No consigo recordar todo lo que pasó, pero siento que él está metido, y esto es más grande que unos simples asesinatos al azar.*

—*Los pillaremos, empezando por él —Dirijo mi vista hacia la sala de interrogatorios—. ¿No recuerdas nada antes de que te mataran?*

—Tengo vagos recuerdos. Una decisión tomada después de mucho meditarla ya que necesitaba cambiar mi vida, si se le podía llamar vida a lo que hacía nada más perderlos, algo parecido a un granero y mucho dolor, más del que una persona puede soportar.

—Intenta recordar, Kimberly —le suplico, si lo logra tendremos algo más con lo que pillar a ese desgraciado.

—Recuerdo que comencé a visitar un grupo de terapia. Este estaba en una residencia privada. Lo recuerdo a él. —Lo señaló, aunque hay duda en su afirmación—. Había más mujeres, ellas también habían pasado por alguna situación traumática.

—¿No reconoces a ninguna de las chicas que salen en las fotos que ha puesto tu hermano sobre la mesa?

Se acercó a la mesa. Al principio no pudo apartar la vista de André, su rostro era pura pena. Alzó su mano, intentando acariciarlo, y este sintió un escalofrió. En ese momento se giró hacia el cristal tras el que yo estaba. Al poco estaba a mi lado.

—No puedo reconocer sus rostros, pero...

—¿Qué pasa, Kimberly?

—Es como si sus almas estuvieran conectadas a la mía de alguna manera. Me pasa lo mismo con ese hombre, por eso sé que está metido en esto, pero la conexión es distinta. Es como si la que me une a él fuera más oscura.

André se levanta de la silla en ese momento, dispuesto a salir de allí. No había conseguido sacarle mucho, aunque su sonrisa ha vuelto a iluminar su rostro, como si supiera algo que a mí me ha pasado desapercibido, algo que no es de extrañar concentrada como estaba en la conversación con su hermana.

—Tienes que contarle que hablas conmigo, Ella. No entiendo por qué se lo ocultas.

—Porque no sé cómo decírselo.

En ese momento entra por la puerta y veo como se estremece al sentir un escalofrió. En la sala ha aumentado la temperatura mucho. Kimberly se roza con su hermano antes de irse volviendo a provocar un estremecimiento en él, anhelando el contacto con su hermano.

—El gran dios de los interrogatorios no ha conseguido sacarle mucho al sospechoso —su rostro no me divierte, sabe algo, pero no

puedo evitar meterme con él tras como ha presumido antes de entrar en la sala.

—Le he sacado más de lo que crees, ¿no has prestado atención? O eso que noto en tu voz son celos, preciosa —Se fue directo a cerrar la puerta con llave mientras al otro lado Scott se lleva a Harris a los calabozos. Con su amplia sonrisa me cogió por la cintura—. ¿Dónde has estado? Pensaba que querías que te diera una magistral clase de cómo se interroga.

—Estaba con mi propio interrogatorio.

Agacho la cabeza sin saber bien como continuar con esa conversación, aunque tal y como me ha dicho su hermana, está en su derecho saberlo por lo que ya ha llegado el momento de contárselo. Veo como la duda se va reflejando poco a poco en su rostro a la vez que se esfumaba su sonrisa.

—André... ¿no te has preguntado por qué supe de la conexión que te unía al caso?

—Sí claro que me lo he preguntado, muchas más veces de las que puedes imaginar, pero estaba esperando a que me lo quisieras contar tú. Todavía no entiendo del todo tu don, y no quiero presionarte o que creas que lo hago de alguna forma. Entre nosotros no tiene que haber secretos, Ella, pero tiene que salir de ti.

—Es Kimberly el alma que se me presenta es la de tu hermana. Ella es la que me vino a visitar la primera noche y todas desde entonces, también me mostró cómo la mataron anoche cuando me quede a dormir contigo y es a quien acabo de interrogar ahora mismo mientras tú estabas ahí con Harris —Me suelta de la cintura de golpe apartándose de mí. Su rostro refleja el desconcierto que siente en ese momento pasando por todos los estados de ánimo en tiempo récord—. No sabía cómo decírtelo. Ella no se mostró ante mí hasta anoche en mi sueño. Anoche, tras lo sucedido entre nosotros, en ese momento, nuestras almas se enlazaron y ella cogió las fuerzas necesarias para mostrarse a mí sin reservas. También estuvo a nuestro lado cuando estábamos en la ambulancia y antes de la redada me advirtió de que algo malo iba a suceder. Está muy preocupada por ti, sabe que te culpas por lo que le pasó. Quiere que te diga que no fue así, que tú no tienes la culpa.

—¿Qué te ha contado ahora cuando has hablado con ella? —Se nota que esta intentando procesar lo que le estoy explicando—. ¿Sabe que está muerta? ¿Está bien? No, cómo va a estar bien.

Se gira para no mirarme a la cara y que no vea por lo que está pasando. Puedo notar todo su dolor como si fuera el mío, desgarrándonos a los dos. Me acerco a él y le agarro de la mano para intentar girarlo hacia mí.

—Está bien, sabe perfectamente que está muerta, pero necesita que cojamos a quien le hizo esto a ella y a las demás chicas. Mientras no lo solucionemos no podrá descansar y pasar al siguiente nivel. Me ha contado que, al tiempo de lo que le paso a su familia, tomó una decisión. No quería seguir por donde iba y se metió en un grupo, algo así como una secta por lo que a mí me ha dado a entender, como creíamos desde el principio. Le cuesta mucho recordar lo que pasó antes de que la asesinaran pero se esfuerza por recordar y ayudarnos en todo lo posible y sabe que Harris está metido en todo esto —he logrado que se calme un poco, pero sé que con todo esto le estoy haciendo daño, lleva mucho tiempo metido en este caso, intentando dar con el asesino de su hermana y saber que ella no puede descansar no les ayuda a ninguno de los dos—. Cuando una persona es asesinada de una manera violenta, su alma queda ligada de alguna manera a las de los implicados. Kimberly ha de superar lo que le sucedió, confiar en que daremos con su asesino y que haremos justicia, cuando eso suceda los recuerdos regresaran a ella.

Cuando termino de explicarle todo lo que su hermana me ha contado se dirige hacia mí con paso decidido mirándome a los ojos, aunque no me permite ver que es lo que siente. Me agarra del cuello con suavidad acariciándolo con cariño y tomándome por sorpresa deja caer sus labios sobre los míos con un beso suave y tierno en el que está depositando todo lo que siente.

Mi cuerpo entero se estremece y de inmediato puedo sentir como la humedad comienza a cubrir mi ropa interior, mis brazos rodean su cuello uniéndome a la pasión que transmite en su beso. Al notar que le correspondo con la misma pasión comienza a exigir deslizando una de sus manos por mi cuerpo, buscando mis pechos.

Deseo con todas mis fuerzas continuar con aquello, mi cuerpo tan solo desea seguir sintiendo sus manos, mi intimidad arde por sentirlo, pero mi cerebro reacciona creando un cortocircuito, recordándome donde nos encontramos y unos segundo más tarde me separó unos milímetros para coger aire y cortar con esa locura.

—Movimiento Liberación de Almas —Esas palabras sonaron en mi oído como un susurro oscuro y caliente a causa de lo que acaba de suceder entre nosotros—. No entendí a qué venían esas palabras cuando a Harris se le escaparon, pero con lo que me has contado he podido relacionarlo.

—¿No estás enfadado conmigo? —le pregunto parpadeando varias veces seguidas, intentando que mi cuerpo vuelva a la normalidad, al menos todo lo posible ya que tras ese beso... solo puedo pensar en llegar al apartamento y continuar lo que yo misma he parado.

—¿Por qué tendría que estarlo? —Se separa solo unos milímetros de mí y mi cuerpo nota el vacío que deja—. Si no fuera por ti... nunca habría llegado tan lejos en lo referente a la muerte de mi hermana.

En ese momento unos suaves y tímidos golpes en la puerta nos interrumpen e igual de tímidas fueron las palabras que salieron de Scott.

—Ella... agente Rose... el capitán me ha mandado buscarlos.

Voy directa a abrir la puerta mientras le doy algo de tiempo a André a recolocarse un poco la ropa ya que se había excitado tanto o más que yo con ese beso. Los colores subieron al rostro de Scott nada más nos vio.

—Perdón, no quería molestar.

—No molestas, tranquilo. Pero ¿por qué nos busca el capitán?

—Ha aparecido otra víctima. La forense ya ha salido hacia el escenario del crimen, pero el capitán necesita hablar con los dos.

André se gira hacia nosotros colocándose a mi lado mostrándole a Scott una amplia sonrisa. No entiendo por qué no pierde la compostura nunca de cara a los demás, me saca de mis casillas y me da envidia ya que se perfectamente que la vergüenza en el rostro de Scott está directamente relacionada con mis mejillas

encendidas por el sofocón que él me ha provocado, puede que sea joven pero no es tonto y la relación que André y yo tenemos no es la de dos compañeros de trabajo.

—Vamos — coloca su mano en mi espalda, más concretamente donde esta pierde su nombre y sonrío empujándome levemente para que me ponga en marcha sin importarle lo que Scott pueda suponer o pensar, creo que es algo que le tiene sin cuidado, si por el fuera se lo contaría a la comisaria entera como advertencia de que le pertenezco—. A ver qué quiere el capitán.

Doy un respingo y comienzo a caminar, intentando que no se me note lo colorada que acabo de ponerme otra vez, dándole vueltas a que no puedo aparecer en el despacho del capitán de esta guisa o se dará cuenta de inmediato. De repente comenzó la melodía de mi móvil y me aparte de él, logrando así el espacio que necesito para calmarme antes de ver al capitán y voy directa a coger mi teléfono, pero André me para en seco, cogiendo el suyo.

—¿Sí?

¡Tiene la misma melodía! No tengo idea de cuando la ha cambiado, pero así es y en mi rostro se dibuja una sonrisa de tonta enamorada, sin darme cuenta de lo serio que parece haberse puesto de golpe hasta que su mirada se cruza con la mía.

—Lo entiendo, sí. No, no es tan raro como parece. Esta noche le pasaré un informe completo de nuestros progresos.

Nada más cuelga me quedo esperando a que me explique qué es lo que ha pasado. Sus ojos parecen haber adquirido un brillo extraño y que no soy capaz de identificar. Volvió a colocar la mano en mi espalda, nada me dijo de la llamada, y siguió andando a mi lado hacia el despacho de Walker.

—¿Me vas a decir quién te ha llamado y qué te ha contado? —le pregunto a unos metros de del despacho, parando en seco y logrando que él también lo haga.

—Era mi jefe —Esa es su escueta respuesta.

—Hasta ahí llego. ¿Qué te ha contado? ¿Sabes algo de la simbología de los cuerpos?

—Ajá.

—¿Y me lo vas a contar en algún momento?

Alza su mano hacia mi rostro en una tímida caricia, la cual prometía muchas cosas que aún no iban a suceder.

—Paciencia, Ella, ahora todo tendrá sentido, cuando le expongamos todo lo descubierto a Walker —Baja su mano al ver mi rostro desconcertado—. Sé que tendremos que contarle que estás en contacto con mi hermana. Tranquila, no tengo ningún problema en que lo sepa.

Todo mi cuerpo se relaja al oír sus palabras, era algo que me preocupaba bastante y no sabía bien como hablar con él de ello. Lo alcanzo en dos pasos pues se ha puesto en marcha sin esperar y entramos en el despacho del capitán con todo lo descubierto.

—Chicos, hay otro cuerpo —nos dice sin siquiera mirarnos, alzando la vista a continuación, alzando una ceja al ver lo cerca que estamos el uno del otro y carraspea ligeramente iniciando de nuevo lo que estaba contándonos—. La forense ya está allí y os están esperando. Cuando volváis os quiero aquí para que me contéis todo lo que habéis descubierto.

—¿Se sabe algo de la víctima? —Le pregunta André, tiene la mirada en el capitán más y está más serio de lo normal.

La mirada de este no se quedaba atrás, parece que pasa algo raro entre ellos que a mí se me escapa por lo que los miro a los dos sobresaltándome al darme cuenta de lo que es. André me había acariciado delante del despacho y las paredes son de cristal, Walker nos ha visto en una actitud bastante cariñosa, justamente lo que yo no quería que sucediera ¡Joder, esto solo podía pasarme a mí!

La actitud de Walker es más bien la de un padre al que no le gusta el novio de su hija y André parece haberse dado cuenta de todo y lo está desafiando. Carraspeo disimuladamente para que se centren en lo importante, en el caso, ya que en este momento se asemejan a dos gallos de pelea con las plumas levantadas, esperando a que suene la campana para comenzar la pelea.

—La víctima es Joan Kelley, de la misma edad y complexión que las otras. Ha aparecido en Central Park. La escena parece estar más descuidada, nada que ver con las anteriores es como si la hubieran colocado con prisas.

—Si como creemos Harris es el lacayo y quien se suele encargar de los detalles, no es de extrañar —le digo con la clara certeza de que no me equivoco—. ¿Ya están investigando sus cuentas?

—Leroy está en ello, así que ya estáis tardando en ir. Seguro que esta vez han cometido algún error, puede que al tener a uno de sus lacayos entre rejas los haya puesto nerviosos.

—Ya son cinco víctimas —André intervino logrando que los dos le prestemos toda nuestra atención, como siempre y parece estar más concentrado en sus pensamientos de lo normal—. Les queda poco.

—¿Qué sabes que no nos has contado? —le pregunta Walker.

—Me ha llamado mi capitán. Ya saben lo que significan los extraños símbolos en la frente de las chicas.

—¿Y? —preguntamos los dos a la vez sin dejar de mirarlo.

—El alfabeto es hebreo, como ya sabéis —André centra su mirada en mí logrando que me ponga nerviosa, el color azul de sus ojos parece mucho más oscuro de lo normal, casi podría decirse que ahora son negros—. Y por lo visto, son pecados. En el orden en el que aparecieron las víctimas son Soberbia, Pereza, Envidia y Gula. No sé cuál será este, pero les quedan dos víctimas más.

Ninguno de los dos somos capaces salir de nuestro asombro al escuchar su explicación aunque dentro de mí despierta algo, es como si ese presentimiento que me ha estado torturando desde que todo comenzó estuviera cobrando fuerza, advirtiéndome de que algo muy malo va a pasar.

Si te parabas a analizarlo, el comportamiento de las víctimas antes de que estas desaparecieran tenían similitudes con los pecados que se les habían adjudicado a cada una de ellas respectivamente. Incluso en los escenarios había un parecido increíble con la manera que tenía la inquisición de matar a los acusados de esos pecados.

Se lo explique a los dos que escucharon atentamente todo lo que se sobre este tema, aunque en realidad no les conté todo lo que en realidad se o creo que esta pasando en realidad ya que por lo que puedo recordar se trata de un ritual muy complicado y que solo se ha practicado una vez en la historia.

—Hasta ahí llego a entenderlo —dijo Walker interviniendo en la conversación—. Pero lo que no llego a comprender es el motivo o el porqué del parecido de todas las víctimas con Ella.

Los dos se giraron en ese momento para mirarme con preocupación y aun así no soy capaz de seguir hablando. Una idea había empezado a formarse en mi cabeza, aun así, mi corazón quería rechazarla, negar que todo aquello fuera posible, que tuviera que ver conmigo ¿Quién podía estar realmente tras todo eso?, ¿Quién podía ser tan cruel tan solo por poder?

Al poco de morir mi madre, tuve una conversación con mi abuela al respecto de la responsabilidad que conllevaba el don de nuestra familia. Me dijo que no éramos únicos, pero que nuestra familia era poderosa, que yo era muy joven y que tenía que intentar pasar desapercibida ya que había gente por ahí fuera que haría cualquier cosa por poseer lo que nosotras teníamos.

—Ella... —al escuchar mi nombre salgo de mis pensamientos clavando la mirada en André, quien me observaba preocupado—. ¿Estás bien?

—Sí, yo... Estaba sumida en mis pensamientos.

—¿Sabes algo que nosotros no sepamos?

Es más que evidente la preocupación en el rostro de los dos hombres más importantes de mi vida, no les ha pasado desapercibido mi cambio de actitud, ni el miedo que se ha aferrado a mi como una segunda piel. Intento sonreír para que se queden tranquilos, pero no estoy segura de tener mucho éxito en mi empeño. Mis pensamientos van por un camino que no puede ser cierto, que no quiero que sea verdad y si... es posible que al entrar en el cuerpo de policía y emplear mi don me haya hecho notar más de lo que creía, aun así no puedo creer, no quiero creerlo.

Capítulo IX



Ya en el escenario del crimen, nos damos cuenta de las pocas coincidencias con los anteriores. El cuerpo de la nueva víctima ha sido abandonado de malas maneras. Ari esta ya recogiendo sus cosas y han procedido al levantamiento del cuerpo por orden suya. Voy hacia ella con una amplia sonrisa en mi cara, disimulando mi autentico estado.

No hemos podido hablar desde que ella se fue con aquel tipo que tanto le gustaba, *horizontal sesenta y nueve*, la noche de la doble cita. Al ver me doy cuenta de que algo va mal, que le pasa algo, se la notaba muy desmejorada y cansada. Se ha arreglado lo justo y necesario, cosa rara en ella, pues siempre le gusta ser el centro de atención, tanto por su inteligencia como por su aspecto físico. «Si puedes presumir, hazlo», siempre ha sido uno de sus lemas ¡Le encantan los lemas!

—Ariadna, ¿estás bien? —le pregunto sin ocultarle mi preocupación.

—Sí, claro, ¿por qué lo dices? —En su rostro se dibuja una sonrisa más bien forzada y sin más aparta su mirada de la mía y se centra en lo que parece ser su informe preliminar, explicándonos lo que sabe de momento—. Imagino que ya os habrá informado el capitán Walker. Esta es Joan Kelley, edad: veintiséis años, de profesión, prostituta. Por lo visto, tiene a sus espaldas una trágica vida, igual que las anteriores. La causa de la muerte es asfixia por fuego, aunque el cuerpo no presenta quemaduras de ningún tipo, y he notado un olor bastante especial, azu...

—Azufre —digo sumida en mis pensamientos—. El castigo adjudicado a la lujuria.

—¿Qué quieres decir con eso?

Ari cambia su rostro a uno más activo que el anterior, he picado su curiosidad al acabar lo que ella iba a decir añadiendo mis pensamientos, continuando con lo que estamos hablando en el despacho.

André fue quien comenzó a explicarle lo que habíamos descubierto hasta el momento. Mientras ellos hablan yo decido darme un paseo por el escenario, el cual todavía esta acordonado.

Al poco percibo algo que no debería de estar en el escenario, un brillo entre las hojas secas del suelo llamó mi atención. Saco un guante del bolsillo y lo agarra con mucho cuidado de no romper la cadena de pruebas. No sé bien que pensar, ni que... es un anillo de la academia de policía y automáticamente mi vista se centra en las manos de todos los policías que hay en el escenario buscando quien puede haber sido el estúpido que ha contaminado el escenario deseando descartar la otra posibilidad, me duele demasiado pensar que...

—¡Ari!, ¡André! —los llamo y ellos no tardan en acudir.

—¿Qué pasa? —Los dos hablaron a la vez mientras se acercaban a mí—. ¿Qué has encontrado?

—Mirad.

Les enseño el anillo, aunque mi mirada esta puesta en André quien está suponiendo lo mismo que yo y veo como la ira va tomando el control de su cuerpo y por instinto coloco mi mano sobre la suya buscando que se relaje. Los dos hemos llegado a la misma conclusión, a esa que mi mente quiere rechazar ¡Nelson!

—¿Tú crees que es de él? —le pregunto y Ari nos mira a los dos sin entender que es lo que no lo estamos contando.

—Sí, no tengo ninguna duda —sentencia cada vez más furioso.

—¿De qué cojones estáis hablando? —pregunta ya harta de que no le expliquemos las cosas, cabreada seguramente conmigo por no haberla llamado y puesto al día.

Antes de que podamos contarle nada aparece Scott y por la expresión de su rostro no trae buenas noticias. Yo me incorporo con la ayuda de André, gesto que a Ari no le pasa desapercibido y de repente un escalofrío recorre nuestros cuerpos, justo cuando la

temperatura desciende notablemente y Kimberly se aparece a nuestro lado.

—*Esto no es bueno, Ella. Han acelerado las cosas.*

—¿Qué significa eso, Kimberly? —Nada más verlos girarse hacia mí me doy cuenta de que he hablado en voz alta, y el rostro de André muda de golpe, a la espera.

—*No lo sé bien, pero ya queda poco. Debes tener mucho cuidado, tengo un mal presentimiento —Se queda callada unos segundos, pensando—. Si es que los muertos podemos tenerlos.*

—Chicos, ha aparecido otro cuerpo —nos informa Scott, pero André está más pendiente de lo que tenga que contarle.

—¿Está aquí? —André no había prestado atención a lo que Scott nos acababa de decir.

—Sí, luego te explico. No me gusta nada lo que está pasando, André, están acelerando las cosas demasiado.

André mira hacia todos lados como si en cualquier momento fuera a ver el rostro de su hermana, con lo que claramente es una chispa de ilusión en su rostro, pero un segundo después parece darse cuenta de que no va a suceder y asiente a lo que le he dicho y centra su mirada en Scott.

—¿Dónde lo han encontrado?

—En tu casa —dice mirándome a mi directamente—. Justo en la puerta, como si fuera un mensaje privado para ti.

En el coche de camino a mi casa no se bien a qué atenerme, qué es lo que me voy a encontrar. El silencio era ensordecedor y puedo ver por el retrovisor los ojos de Ari mirándonos a los dos alternativamente sin saber seguro si es conveniente iniciar una conversación estando los ánimos como están. Sus ojos reflejaban muchas más dudas que los míos a pesar de haberle explicado todo lo que hemos averiguado, creo que sus dudas van más encaminadas a la relación que ha percibido entre André y yo, algo que no le he contado aun, evidentemente no voy a contárselo estando él delante.

André está demasiado serio y con Ari en el coche no soy capaz, no me atrevo a preguntarle qué es lo que le pasa en realidad, aunque claramente está preocupado por el hecho de que una de las

victimas haya aparecido en la puerta de mi casa por lo que sigue perdido en sus propios pensamientos mientras conduce.

En su rostro solo se mostraba una increíble preocupación.



Yo no estoy la única incapaz de procesar lo que estamos viendo, la escena es dantesca, por describirla de alguna forma. Una enorme olla con el cuerpo sin vida de una joven claramente parecida a mi esta justo frente a la puerta de mi casa, envuelta en un lazo el cual tenía una tarjeta.

Veo como André se coloca unos guantes y procede, con cuidado de no contaminar ninguna posible prueba, a cogerla. Se ve claramente que tiene mi nombre escrito en una caligrafía bastante enrevesada, la cual, no sé por qué, estoy segura de haberla visto antes.

Me la tiende entregándomela ya que era para mí. La abro muy despacio, con el corazón acelerado, segura de que todos los que allí presentes lo están escuchando tan claramente como yo.

Nada más leer el contenido escrito en su interior y mi rostro, muda de golpe. Se que me he puesto blanca como la cal y no soy consciente de como nota resbala de entre mis dedos cayendo al suelo sin hacer el más mínimo ruido. He comenzado a hiperventilar, soy consciente de ello y por mucho que me esfuerzo en tranquilizarme, no soy capaz y mi mente intenta hallar un sentido coherente a todo lo que me rodea y me sucede al mismo tiempo que recuerdos que ya creía olvidados resurgen en mi memoria.

Empiezo a caminar buscando el aire que me falta sin saber bien que es lo que estoy haciendo, sin ser consciente de como estoy asustándolos al ver mi reacción a la nota que ahora ya no tengo en mis manos. Ari, asustada intenta acercarse a mí y ayudarme a que me calme, pero no sabe bien que ha de hacer y se mantiene a una distancia prudencial.

—Ella, cálmate, estas ahogándote. ¿Que hay en esa nota?

Se gira hacia André quien frena su avance hacia mí y la recoge del suelo preocupado por mi reacción, por el miedo que claramente se ha adueñado de mí. Ninguno de ellos está acostumbrado a algo así, nunca muestro debilidad alguna ante los demás ya que siempre he creído que es un arma que pueden usar contra ti.

«Espero que te guste el detalle, Ella. Pronto volverá a estar toda la familia junta, como siempre debió de ser»

André la lee en voz alta, lo que no hace que sea más creíble de ese modo, mi mente se niega a ver lo evidente ya que es demasiado doloroso.

Sus ojos buscan los míos con preocupación, pero también exigiendo una vez más una explicación que no se si voy a ser capaz de darle. Ya no puedo aguantar más las lágrimas, que se desbordan de mis ojos como una presa que se rompe y que nadie puede parar.

—Tranquila, Ella. Esto tiene una explicación más simple, no creo que todo esto pueda ser obra de él.

Ari me abraza mientras intentaba consolarme con esas palabras ya que conoce mejor que nadie mi pasado y lo ha relacionado todo al igual que yo. Veo a André paralizado en medio del pasillo, con sus ojos enlazados a los míos, los cuales no dejan de derramar lágrimas.

Me separo de los brazos de Ari y topo con la pared, al no poder retroceder más mi cuerpo comienza a resbalar por esta hasta que quedo sentada con las manos ocultando mi rostro. En ese momento noto unos fuertes brazos que me alzan sin permitirme tocar el suelo. El calor de su pecho y el latido de su corazón comienzan a calmarme, haciéndome caer en una especie de ensoñación. Soy consciente de lo que se hablaba a mi alrededor, pero no logro reaccionar.

—Scott, ¿se sabe algo del paradero de Nelson?

—No, estamos intentando localizarlo. Hay una orden de búsqueda.

—No lo dejéis, estoy seguro de que tiene algo que ver con el caso. Es muy raro que desapareciera de esa manera —André está

dando órdenes a todos los allí presentes.

—¿Dónde te la llevas? —La voz de Ari surge entre el resto, irritada y preocupada—. No seas muy cruel con ella.

—No lo voy a ser, pero necesito que me lo cuente todo y saber a qué nos estamos enfrentando.

El tono de su voz me dice que está tan cabreado como preocupado y Ari estaba muy preocupada por mí, es evidente que no quiere dejarme a solas con él, pero no sabe cómo hacerlo o que decir para impedirlo. Creo que se había dado cuenta de que entre nosotros hay mucho más que una relación de trabajo.

Noto como nos ponemos en marcha, pero se detuvo unos segundos y entonces oigo unos pasos femeninos seguramente los de Ari que se ha acercado a nosotros.

—Más tarde la llamaré. Por tu bien, espero que coja el teléfono y que esté mejor que ahora. Como la note mal y tú tengas algo que ver... tu vida y tus huevos correrán peligro. No sabes lo cruel que puedo llegar a ser cuando le hacen daño a las personas a las que quiero.

—¿Eso es una amenaza?

—Qué va, es una realidad.

Entonces comenzamos nuevamente a movernos. El calor que emanaba de su cuerpo calma mi ansiedad por todo lo descubierto. Mi mente no es capaz de racionalizar que sea precisamente él quien esté detrás de todo esto.



Al abrir los ojos, me doy cuenta de que estoy en una cama que conozco pero que no es la mía. No consigo recordar cómo he llegado hasta aquí, en mi mente solo hay una especie de neblina que no me deja recordar. Me incorporo y de frente está André con una taza en las manos. Estamos en su casa. Al centrar mi vista en él, mis ojos se abren como platos. ¿Cómo puede ser que esté tan perdida por él? Lleva puestos unos pantalones de chándal y nada

más. A su lado hay otra taza, de la cual aún sale humo, posiblemente acabe de prepararla. La agarra y con paso decidido pero lento, se sienta a mi lado y la extiende hacia mí.

—¿Estás mejor? —Asiento—. Tienes muchas cosas que contarme, Ella, así que empieza desde el principio.

—Lo sé —Pero ser consciente no evita que mi cuerpo se eche a temblar nada más recordar todo—. No va a ser fácil, pocas personas conocen toda mi historia —Respiró hondo para intentar relajarme—. Cuando tenía cinco años mi don se desarrolló. No puedo ver a todas las almas, por lo visto solo veo a esas que mueren de manera brusca, asesinadas, pero al ser yo tan pequeña me daban mucho miedo y decidí no decirles nada a mis padres, que por entonces todavía estaban juntos y eran, o eso creía yo, un matrimonio feliz. Aun así, estas cosas no se pueden ocultar por mucho tiempo y al no haber manera posible de que yo pudiera ayudarles, no me dejaban tranquila. Al poco, ellos se dieron cuenta de que estaba todo el tiempo nerviosa y asustada y unos días después sucedió lo de mi amiga de la infancia, ella falleció. Mi madre intentó hablar conmigo y hacerme entender que lo que me pasaba formaba parte de mí, que ella estaba ahí por si la necesitaba. Unos meses después yo no podía dormir y tenía pesadillas. Comencé a interaccionar con ellos en cualquier parte. Los otros niños empezaron a llamarme bicho raro y empezó el acoso escolar.

Suspiro y bebo un sorbo de café, intentando de esa forma coger fuerzas para continuar. Él está concentrado en lo que le estoy contando sin acordarse siquiera de que tiene la taza entre las manos. Cuando consigo coger fuerzas, continuo con mi historia.

—Me cambiaron de colegio y las cosas se calmaron un poco, pero con todo aquello las peleas entre mis padres comenzaron, y en poco tiempo la situación se hizo insoportable. No me acuerdo bien de lo que hablaban entre ellos, pero todas sus broncas tenían que ver conmigo y con el hecho de que mi padre quería sacar un beneficio de mi situación, algo que descubrí cuando mi madre ya falleció y que me explicó mi abuela cuando inocente de mi le pregunte por qué no había aparecido en el entierro de su mujer. Mi

madre no estaba de acuerdo con él, ella quería ayudar a la policía a través de mi don. Decía que se le podía dar mucha paz a las almas de esa manera. En cuestión de unos meses la situación en mi casa se hizo insostenible, y mi madre acabó echando a mi padre de casa.

—¿Tu padre es el que está detrás de todo esto?

—Estoy totalmente segura de ello —En sus ojos surge un brillo de miedo, mezclado con el deseo de venganza por todo lo que está haciendo—. Yo estaba tan encerrada en mí misma que ni me di cuenta de cuándo se fue. Empecé a pasar más tiempo con mi abuela y mi tía. Literalmente ellas me criaron. Cuando veía a alguna alma se lo contaba todo a mi madre, y a partir de ahí ella comenzó a colaborar con la policía. Así conocí al capitán Walker. El día que cumplí doce años mi madre murió en un accidente de coche, varios años después el capitán se presentó en mi casa y me pidió que me uniera al cuerpo, yo quería que mi don sirviera para algo bueno y no me lo pensé demasiado, simplemente lo hice. Mi padre nunca volvió a aparecer hasta hoy. Con la muerte de mi madre, la abuela me contó muchas cosas sobre mi don, cosas que aún no sabía, y me explicó que nuestra familia no era la única con el don de ver las almas, aunque sí somos la más poderosa. Me pidió que tuviera mucho cuidado, que habría quienes querrían nuestro don y que había maneras de quitárnoslo. Nunca creí que eso pudiera ser verdad.

—Entonces... ¿Eso es lo que quiere? ¿Quitarte tu don?

—Sí. Es culpa mía que tu hermana esté muerta —Sus ojos se agrandan nada más oírme, y yo comienzo otra vez a llorar. Esta vez de rabia, por no saber cómo parar esto—. Todo esto es porque él quiere mi don.

Se acerca más a mí y dejando nuestras tazas sobre la mesita, me cogió por la cintura, acercándome más a él

—Tú no tienes la culpa de lo que ese loco está haciendo —Comienza a besarme sobre los ojos llenos de lágrimas no derramadas—. Eres la mejor persona con la que he tenido la suerte de encontrarme nunca. Eres preciosa y no quiero que te alejes de mí jamás.

Me tumba sobre la cama y comienza a acariciarme muy despacio. Se por dónde va y yo solo quiero dejarme llevar, sentirme amada por él y que me ayude a olvidar todo lo que está sucediendo al menos por un breve instante. Sus palabras de amor estaban sanando mi alma a una velocidad increíble, algo que hasta el momento de conocerlo creí que no era posible. Lo amo, y sé que no quiero dejarlo ir.

Hicimos el amor hasta caer rendidos, dejando que nuestros cuerpos dijeran todo lo que no salía de nuestros labios por temor a que nada de esto fuera real, que solo fuera una ilusión. Nos dormimos abrazados, sin querer soltarnos.

Una vez más soy consciente de que estoy soñando, a mi lado estaba Kimberly, se la notaba preocupada, asustada. Nos encontramos en una especie de almacén, el mismo donde la he visto anteriormente, cuando intentaba mostrarme lo que le había sucedido. Al fondo, del techo cuelgan unas cadenas que están conectadas a una especie de poleas bastante rudimentarias. El suelo está completamente manchado de sangre. Soy consciente de que toda esa sangre es la de las chicas que mi padre ha matado sin piedad para poder hacerse con mi don. Al poco lo veo aparecer por una puerta, no está solo. Unas cadenas de poder arrastran a todas y cada una de sus víctimas. Kimberly comienza a avanzar hacia él. Su rostro mostraba miedo, un terror incontrolable, como si supiera lo que les va a pasar a continuación.

No puedo evitarlo y soy consciente de ello a pesar de que la mirada de Kimberly esta puesta en la mía suplicándome que lo pare. Mi padre ha desplegado su poder para traerla a su lado y no puedo hacer nada por retenerla a mi lado.

Él se gira hacia mí con una malvada sonrisa en sus labios.

«Ya queda poco para que estés conmigo, mi niña».

Su voz resuena en mi mente destilando toda la maldad que en él crece.

Me despierto envuelta en sudor. No puedo desprenderme del miedo que todo esto me está causando. Con mucho cuidado de no despertarlo, levanto su brazo de mi cintura y me meto en el baño con mi ropa. Mi padre me ha mostrado dónde esta, dónde

encontrarlo. Tengo que acabar con esto yo sola a pesar de saber que es una trampa, que es lo que desea. No puedo permitir que le pase nada a André y he de hacer lo posible por salvar el alma de su hermana, no podré perdonármelo si algo le pasa y yo puedo evitarlo.

Sé que si voy sola no me tendré que preocupar porque le pase algo. Necesito ser yo la que se enfrente a esto, tengo que matarlo y todo acabará. Una vez lista, le dejo una nota pidiéndole perdón por haberlos metido a él y a su hermana en las locuras de mi padre y simplemente salgo por la puerta sin hacer el menor ruido.

Una hora más tarde llego a las inmediaciones donde está el complejo que ha montado meticulosamente para la secta. André recibió un mensaje con la dirección y aprovechando que estaba dormido puede hacerme con ella. A la izquierda está el almacén de mis sueños, donde sé a ciencia cierta que él está esperándome para matarme y hacerse con mi don.

Sentí un golpe en la cabeza y la oscuridad lo llenó todo.



Quince días después...

Despierto, todo lo que rodea es de un blanco puro que me hace daño a los ojos. No sé bien dónde estoy e intento centrar mi vista. Estoy tumbada en una cama demasiado pequeña para que sea la que he estado compartiendo con André las últimas semanas y me duele todo, hasta partes de mi cuerpo que no sabía que tenía. Se que no estoy muerta, pues si así fuera nada me dolería. Mis ojos se paran en un punto en concreto.

André está a mi lado dormido con su mano sujetando la mía. Intento incorporarme, pero unos tubos me lo impiden. Con el movimiento se despierta, centrando sus ojos en los míos. Su hermosa sonrisa asoma en su rostro y la tensión que se había instalado en el mío desaparece de golpe. Tenía miedo de que estuviera enfadado conmigo por marcharme como lo hice. Soy

consciente de que lo que hice no estuvo bien y que estaba en todo su derecho de estar enfadado.

Intento recordar algo de lo que paso, pero solo consigo aumentar mi dolor de cabeza. Me llevo la mano a esta e intento incorporarme otra vez.

—Mira que eres cabezona. Si la primera vez no has podido será por algo —Con mucho cuidado me tumba de nuevo en la cama—. ¿Cómo estás?

—Tengo la boca seca y me duele todo.

—¿Por qué lo hiciste, Ella? Estuve a uno segundos de no conseguirlo.

En ese momento su sonrisa desaparece y mis ojos se clavan en la sábana. No me atrevo a enfrentarlo. Se que hice mal, pero en el momento que tomé esa decisión el miedo a perderle era mucho más poderoso que cualquier otra cosa. Era consciente de que iba a ser difícil salir de allí con vida y por lo visto, casi no lo consigo.

—No podía ser detenido, había que matarlo.

—Y quisiste tomarte la venganza por tu cuenta —No era una pregunta—. ¿Sabes lo mal que lo pasamos todos pensando que te habíamos perdido?

—¿Te incluyes en ese grupo?

—El primero —Su tono comienza a elevarse, se esta dejando llevar por las emociones algo que solo le sucede conmigo—. ¿Todavía no lo has entendido?

—Yo... André, tenía miedo a perderte, a que él te matara.

—Las cosas se podían hacer de otra manera.

—¡NO! Tiene qu... que morir.

—¿Y tú tenías que ser quien lo matara?

—Perdóname... yo... yo... —Las lágrimas comienzan a desbordarse de mis ojos—. Tenía mucho miedo a perderte, yo te quiero.

Se sienta a mi lado y me abraza con mucho cuidado de no hacerme daño. Alzó mi rostro para que nuestros ojos se encuentren, con el mismo cuidado con el que me ha estado tratando desde que he despertado atrapa mis labios en un beso con el que me quiere dejar bien claro lo que siente por mí.

—Aun así, Ella, tenemos una conversación pendiente —Asiento mostrando una media sonrisa dibujándose en mi rostro—. ¿Te acuerdas de algo?

—Me acuerdo de haber llegado a las inmediaciones del edificio donde estaba esperándome. Vi que Leroy te había mandado a ti el mensaje con la dirección exacta. Lo copié en un papel, me vestí y salí por la puerta. Estuve mirando el mejor sitio por el que colarme y cuando ya lo tenía decidido sentí un golpe y todo quedo oscuro... — Me quedé pensando, todo era confuso—. Y después me he despertado aquí.

—Ella, hace quince días que estás ingresada.

—¡¿Cómo?!

—Ya te he dicho que casi te pierdo —Me coge de la mano, acariciándola suavemente—. Pero al final todo salió más o menos bien.

—¿Y él?

—Escapó.

Un escalofrío recorre todo mi cuerpo y una especie de recuerdo viene a mi mente. Estaba atada a unas cadenas. Mi padre estaba algo separado mientras yo intentaba aguantar el dolor. En ese instante mi mente bloqueó el resto. André no deja de acariciarme la mano intentando calmarme, posiblemente se ha dado cuenta de que mi cuerpo ha comenzado a temblar. Alzola mirada hacia la suya intentando mostrarle una paz que en realidad no siento, pero parece que logro convencerlo y unos segundos después se levanta para acercarse a la única ventana que había en la habitación.

—Ella... te prometo que lo atraparemos, los dos juntos.

—Lo sé —En ese momento me doy cuenta de que hay algo en la habitación que no cuadra. Al lado de la puerta hay unas maletas—. ¿Te vas?

—Sí... yo... —intento no volver a alterarme. Se va, me deja sola ¿Por qué? —. Tengo que hacer unas cosas en Washington.

—¿Volverás?

—Volveré a por ti —Se gira hacia mí. Hay un brillo especial en sus ojos—. Walker, mi capitán y yo hemos estado hablando. Por el momento estás suspendida.

—Sé que hice las cosas mal, pero a mí me gusta mi trabajo y yo... Necesito seguir ayudando a las almas perdidas.

—Tranquilízate —Todo mi cuerpo tiembla, aunque hago un esfuerzo por controlarme—. Seguirás ayudando si tú quieres, siendo policía si es lo que te gusta, es solo que...

—¿Qué? Dime, André, ¿qué pasa?

—Walker ha escrito una carta de recomendación para ayudarte en las pruebas para agente del FBI. Un ascenso, Ella. Si tú quieres, claro.

—No lo entiendo —Mis ojos se abren como platos intentando procesar y entender lo que me está diciendo—. Yo... ¿Agente del FBI?

—Sí, aunque... —Esa sonrisa suya, la que me indicaba que algo está tramando, aparece en su rostro—. Estarás bajo mis órdenes. Seremos compañeros.

—No sé —Con dos palabras borré su sonrisa de un plumazo—. Tú, mi jefe... Mezclar amor y trabajo.

—Podemos lograrlo, lo sé. No será fácil, eres demasiado impulsiva y cabezona.

—¡Oye! ni que tú fueras un santo, súper agente sesenta y nueve.

—¿Perdona? —No pude evitar reír—. ¿Ese es el mote que me pusiste?

—No, te lo puso Ari. Yo te llamaba de otro modo.

—Entonces... aceptas la propuesta —Era una afirmación.

—Sí, acepto.

CONTINUARÁ.

Agradecimientos



Estos no son los mismo que la primera vez y con razón. La historia que arrastro desde que entre en el mundo de las letras ha tenido muchas lágrimas y a pesar de que la gran mayoría han sido por pena y llevadas por el dolor otras muchas han sido de alegría.

Muchas personas se han marchado de mi vida y muchas otras han entrado y por la puerta grande y estas palabras son para todas ellas y para las personas que siguen a mi lado caminando junto a mi
¡Gracias a todas!